



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

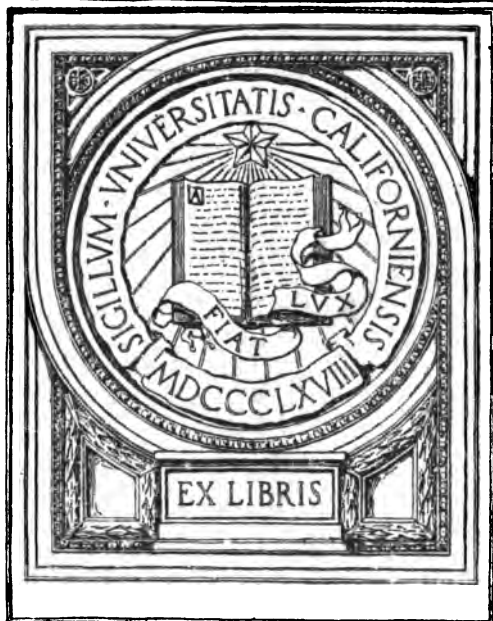
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

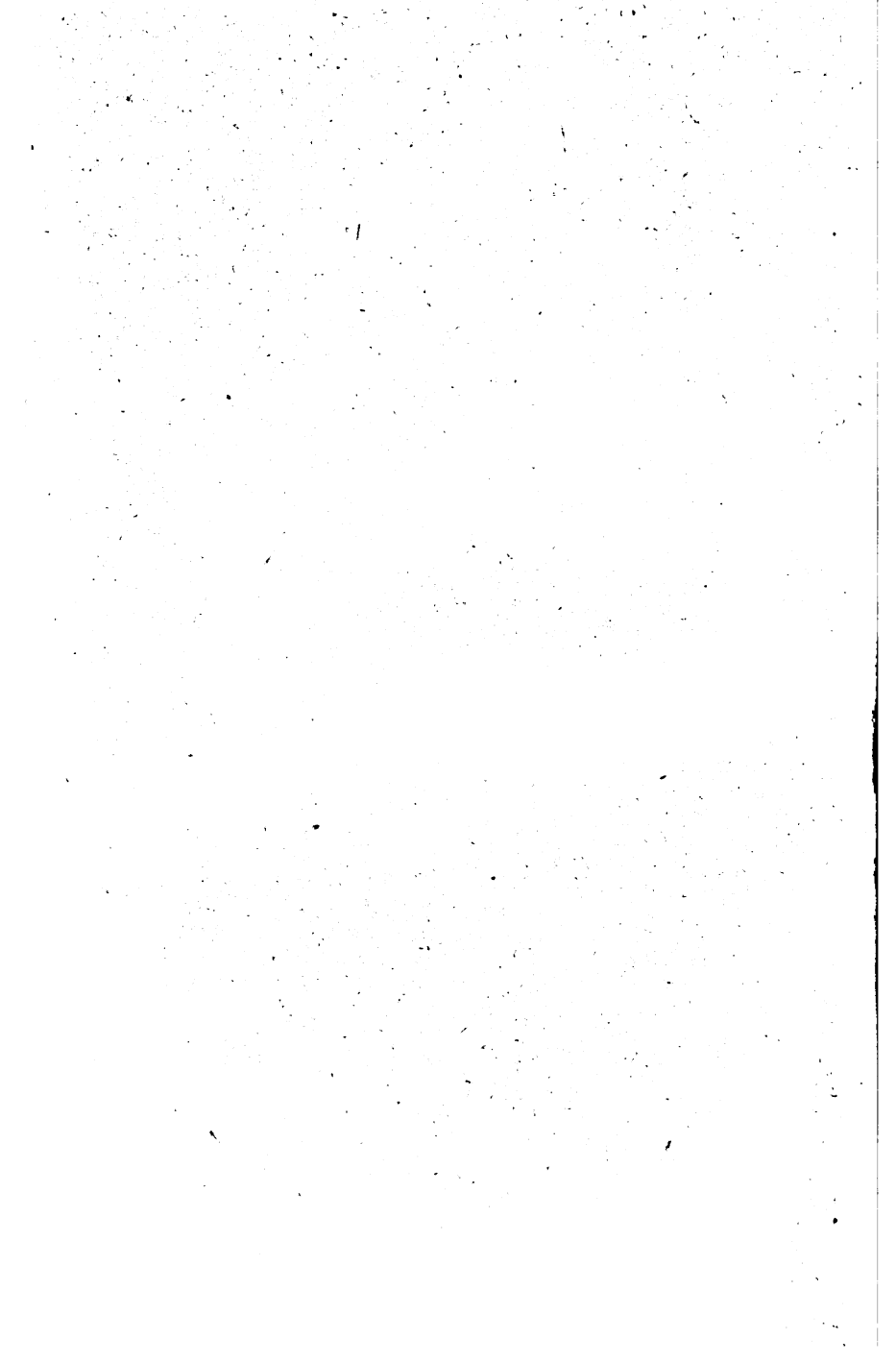


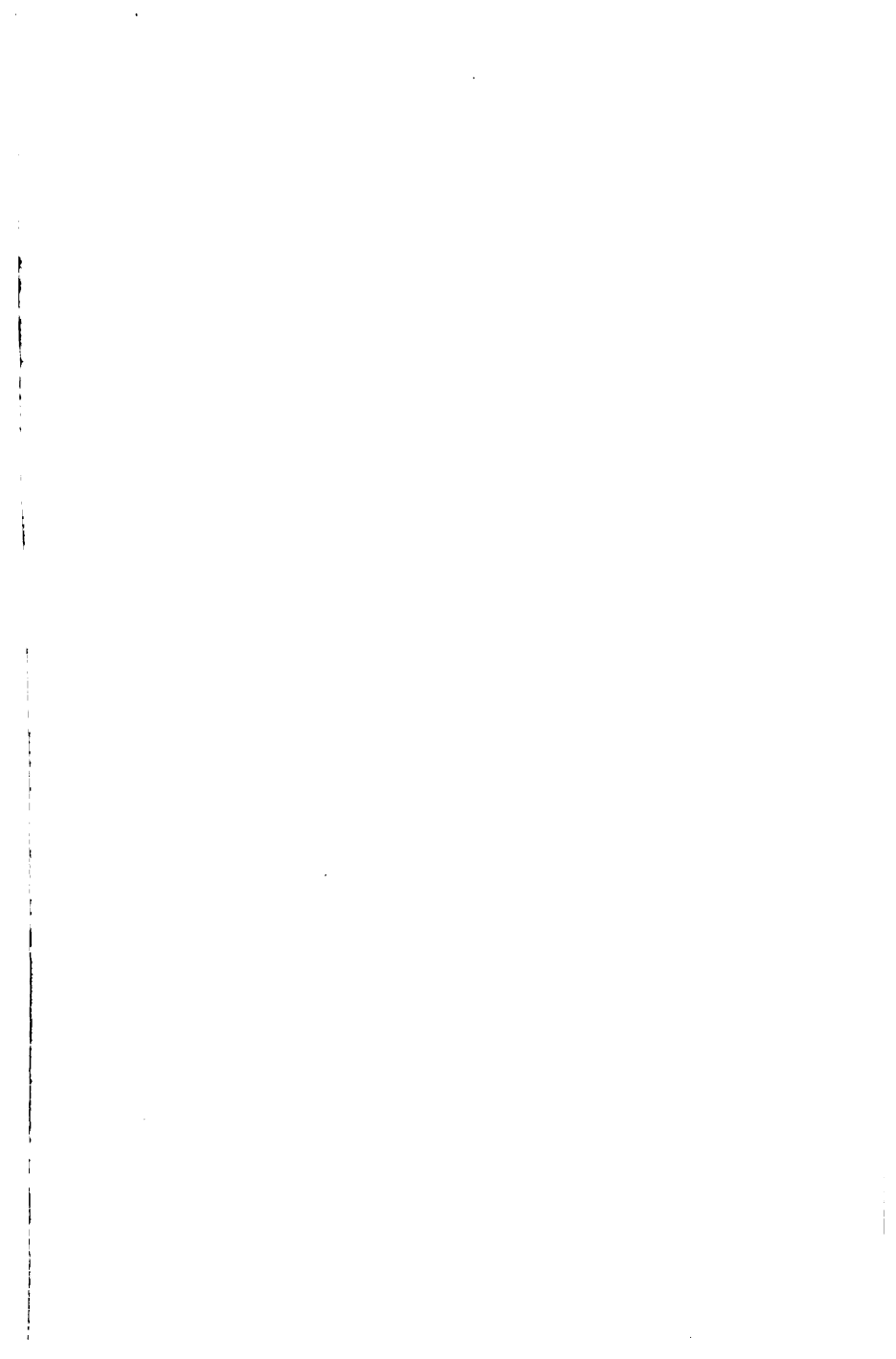
GIFT OF
J.C. CEBRIAN

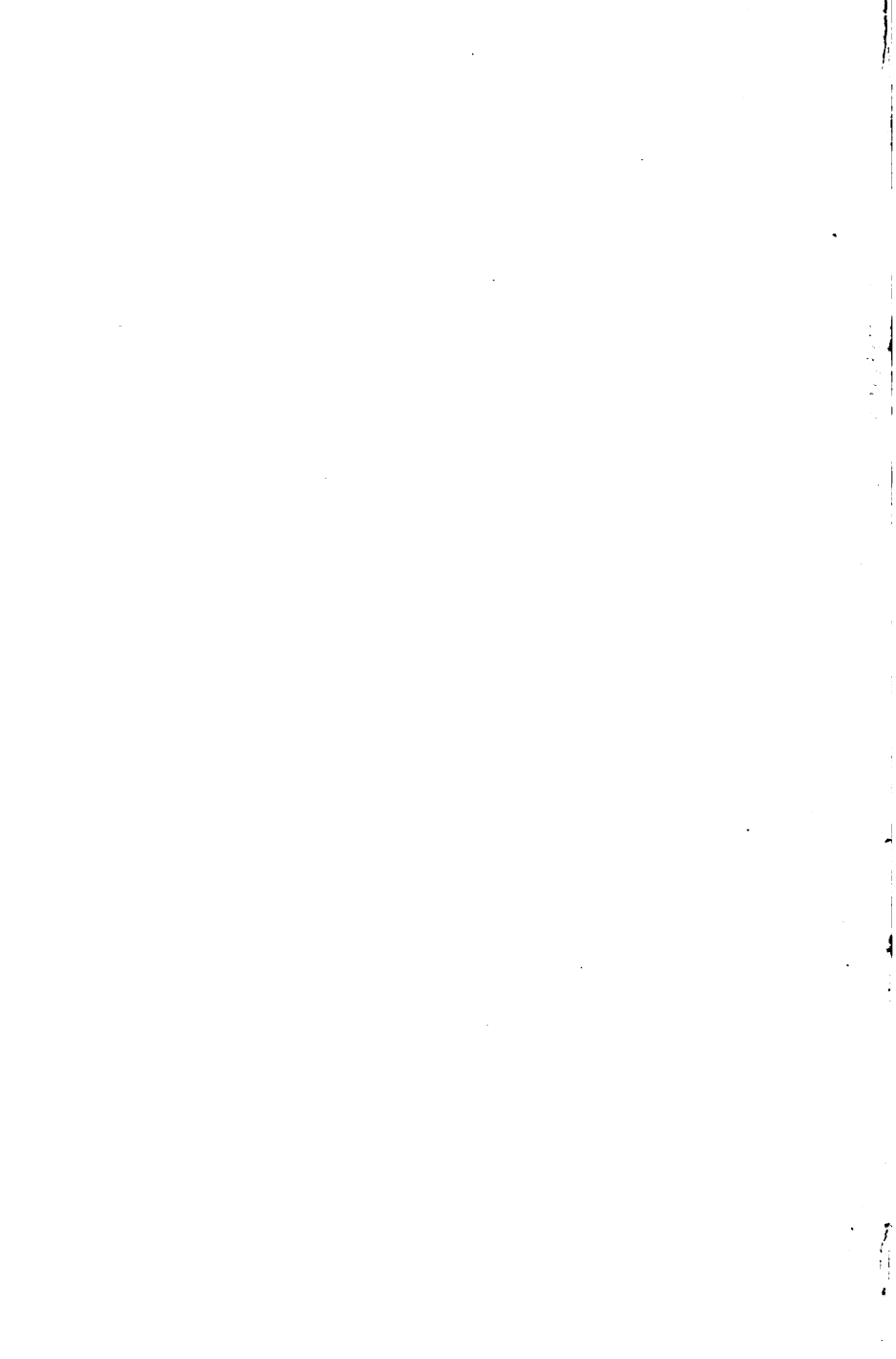


789
C196
e









BIBLIOTECA BASCONGADA

TOMO 4.º

EUSKARIANA

LIBRO 1.º

HISTORIA Á TRAVÉS DE LA LEYENDA

BILBAO

Imp. de la BIBLIOTECA BASCONGADA.—Müller y Zavaleta.

OBRAS DE ARTURO CAMPIÓN

Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en Navarra (agotada).—Madrid, año 1876, Gregorio Juste, imp.

Orreaga, con traducciones á los cuatro dialectos literarios del baskuenze y á diez y ocho variedades dialectales de Navarra.—Pamplona, año 1880, Joaquin Lorda, imp.

Ensayo acerca de las leyes fonéticas de la lengua euskara. — San Sebastián 1883. — Tip. de Baroja.

Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara.—Tolosa, año 1884, Eusebio López, editor.

Víctor Hugo, semblanza.—Tolosa, año 1885, Eusebio López, editor.

Ensayo apologetico, histórico y crítico acerca del Padre Moret y de los orígenes de la Monarquía Navarra.—Tolosa, año 1892, Eusebio López, editor.

Don García Almorabid, crónica del siglo XIII.—Tolosa, año 1889, Eusebio López, editor.

EN PRENSA:

Celtas, Iberos y Euskaros, estudios de etnografía, historia y lingüística sobre el origen del pueblo euskaldun.

EN PREPARACIÓN:

Blancos y Negros, novela de costumbres.

BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMIN HERRAN

EUSKARIANA

PARTE PRIMERA

Historia á través de la Leyenda

POR

ARTURO CAMPION

EUSKAL-ERRIAREN ALDE

UNIV. OF
CALIFORNIA

1896.

TOMO 4.º

J. C. Cebrían,
1801, Octavia St.,
SAN FRANCISCO. - CAL.

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 2191

70 .VMD
ABSORPTIO

AGINTZA.

I.—Gaba dá. Aitor ingurutua dago, bere illobacho maitetaz, zeñi kontatzen die Lekobide, gerratzalle famatsu euskaldunaren kondaira; aurrik chikiena adintsuaren belaunetan eseria dago, ta aren bizarraren ille luze zillarrezkoakin jokatzten da. Arteak, sukaldean chingarrak botatzten ditu; kampoan, ekaitz andi bat ozendutten dá.

II.—Bat batetan, esku batek atean jotzen dú, eta zakur sumina saingaka asten da.—¿Nor dá or?—Aitorek galdetu zuen, eta zakurra etzen isilltzen. —Múnia,—bere errañari Aitorek dio-
tsa,—atea idiki ezazu: Jainkoari onesten etzayo iñork euskaldunen atean alferrik jo dezan.

III.—Muniak atea idiki zuen, eta gizon ubel ta luze bat, oñak odolturnik eta soñekoak urraturik, sartu zan; aren gorputza ikaratua zagon, bearbada otzaz, bearbada bildurrez. Adintsuak, ikusi zuenean, esan zion.—Benedikatu izan dedilla, Jaungoikoak Aitoren echerà dakarren arrotza.

IV.—Muniak aparia prestatzen dú; aur jakinayak bere begi urdiñakin, bidebilleari begiratzen diote. Arteak sukaldean chingarrak botatzen ditu: kampoan, ekaitz aundi bat ozenduten dá.

V.—Apaldurik, eta arrotzaren soñekoak idorturik, Aitorek esaten dio.—¿Nor zerá? ¿Zergatik etorri zerá mendi oetará?—Arrotzak negarrez eranzun zion.—Zorigaiztoko naiz; eche, sorterri, eleizagabe nago; igesi nabilla, ostoen asotsak eta ujolaren dumbotsak diruditzen zaizkit nere etsayen zaldien trostak direla; nere animarentzat pakerik, eta nere begientzat loorrik ez dá. Pelayo, Kantabriako dukea ni naiz.

VI.—Arrotzak Guadaletoko kon-

daira kontatzen duen bitartean, echa-dia asberaka dago, zartaizak mendiko aritz bizkorrenak ateratzen ditu. An España argal ta galgiroz betea Morroak garaitu izan zan.

VII.—Goiza dá..... eguzkiak argitzen dú mendia, choriak zu aitzetan kantatzen ari dire, eta intzak loren artean arturgiak baño gueyago diztiazten dú. Pelayok Aitoren eskuari musu ematen eta esaten dio:—Agur, jauna, ez naiz beñere aztuko zure echean artu nazula, gose ta nekatua nengoenean, arri bat gabe nere burua sostengatzeko, eta nere oñak igesiaaren nekeaz odola zeriotenean. Gaür ez dezaket zuentzat deus ere egin; baño biar, nik esango diet nere seme eta mendekoai, Euskaldunak errespetatu eta maitatu daitzatela.

VIII.—Eskerrik asko, jauna,—Aitoren dio;—guk ezdegu deus ere eskatzen pakean mendi santu oetan, gure fuero ta oitura onakin bizitzea baizik. Zoaz Jainkoarekin, eta oroitu zaite Aitori egin diozun aguintzaz.

IX.—Arrotza dijoa; Aitoren, bere

echadiaz ingurutua, chutik echeko atearen ondoan, Jainkoaren Ama santuari errezatu zion. Pelayo urrun zi-joalarik, bele bat etorri zan echeraño-Aitorek ikusi zuenean, musu bat eman bere illobai, eta tristiró esan zien: «nere semeak, *Erdaldunaren* aguintzak gezurrak dire.»

(Iruñan, 1879-garren urteko Buruillan).

LA PROMESA

(TRADUCCIÓN)

I.—Es de noche. Aitor está rodeado de sus queridos netezuelos á quienes cuenta la historia de Lekobide, inmortal guerrero basco; el más pequeño de los niños, sentado en las rodillas del anciano, juega con los luengos y plateados cabellos de su barba. La encina chisporrotea en el hogar; fuera del caserío resuena la voz inmensa de la tempestad.

II.—De pronto se oyen golpes en la puerta, y el perro ladra furioso.—¿Quién está ahí? pregunta Aitor.—Y el perro continúa ladrando.—Munia, dice Aitor á su nuera,—abre la puerta; acaso sea algún pobre caminante. A Dios no le gusta que nadie llame en vano á la puerta del basco.

III.—Munia abrió la puerta y penetró un hombre alto, pálido, con los piés ensangrentados y las vestiduras desgarradas; su cuerpo entero temblaba, tal vez de frío, tal vez de miedo. El anciano, al verle, le dijo: «Bendito sea el huésped que Dios trae á la casa de Aitor.»

IV.—Munia, en tanto, prepara la cena; los niños, curiosos, fijaron sus grandes ojos azules en el fatigado rostro del extranjero. La encina chisporrotea en el hogar; fuera del caserío resuena la voz inmensa de la tempestad.

V.—Después de la cena, cuando ya las vestiduras del huésped estuvieron secas, Aitor le preguntó.—¿Quien sois? ¿por qué habéis venido á estas montañas?—Los ojos del extranjero se llenaron de lágrimas y replicó: Soy un desgraciado que no tiene ni patria, ni hogar, ni templo; soy un fugitivo á quien el ruido de las hojas del bosque y el estruendo del torrente le parecen el trotar de los caballos enemigos; ya no hay paz para mi alma, ni sueño para mis ojos. Yo soy Pelayo, duque de Cantabria.

VI.—Y mientras la acongojada familia lanzaba tristísimos suspiros, y el huracán rabioso arrancaba los más robustos robles de la montaña, Pelayo narró la lamentable jornada de Guadalete, que entregó la viciosa y enflaquecida España al poder de los moros.

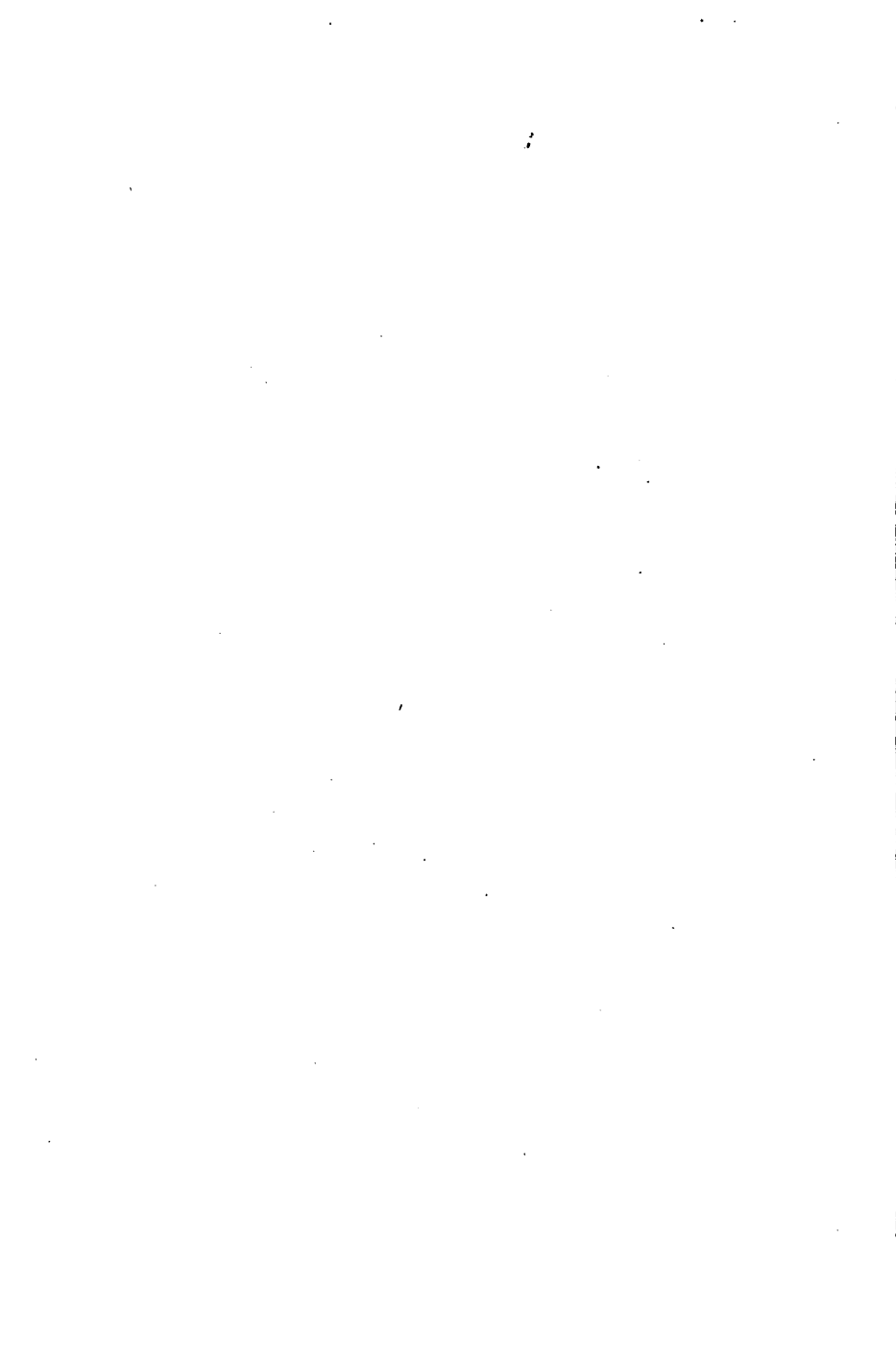
VII.—Es la mañana..... el sol ilumina los montes; los pájaros cantan en los árboles, y las gotas de rocío brillan entre las flores como si fueran diamantes. Pelayo besa la mano pe Aitor y le dice:—Adios, noble anciano; nunca olvidaré que cuando estaba hambriento, cuando ni siquiera tenía una piedra sobre

que apoyar mi cabeza, cuando mis piés, cansados de huir, chorreaban sangre, me has recogido y amparado. Hoy nada puedo hacer por tí y los tuyos, pero mañana, si la fortuna me sonríe, yo les mandaré á mis hijos y vasallos que respeten y amen siempre á los bascongados.»

VIII.—Muchas gracias, señor;—Aitor le dijo.—Nosotros nada pedimos sino que nos dejen vivir en paz en estas montañas con nuestras buenas leyes y costumbres. Id con Dios, y acordáos de la promesa que acabáis de hacer á Aitor.

IX.—El extranjero se fué. Aitor, rodeado de su familia, permaneció de pié junto á la puerta del caserío, rezando á la Santa Madre de Dios. Cuando Pelayo se perdió de vista, un cuervo vino volando hasta cerca de la casa; al verle, Aitor dió un beso en la frente á sus nietos y les dijo con voz triste: «Hijos míos, no nos fiemos de las promesas del extranjero.»

(Pamplona, Setiembre de 1879).



OBREAGA ⁽¹⁾

I.—Gaberdia dá. Errege Carlomano Espinal-en dago bere ekerzitoarequin. Ceru illunean ez da agueri ez illargui, tá ez izarric; urrútira su-gar andiac distiatzen dute menditartean; Frantsesac cantatzen ari dira errian; Altabizcarco inguruetan senti oi dirá otsoaren izugarrizco marruac, eta Euscaldunac zorrotzen dituzte bitartean beren dardo ta aizcorac Ibañeta-co aitz eta arrietan.

II.—Larritazun edo antsiarequin Carlomanoc ezin du loa bereganatú; oyaren ondoan bere pagecho batec iracurtzen du amoriozco condaira bat; urrutichiago, Roldan indartsuac gar-

(1) Esta balada la escribí á los ocho meses de haber comenzado á estudiar el euskara. La reproduzco con sus incorrecciones de lenguaje y su viciosa ortografía.

bitzen du bere Durandarte ezpat famatsua, eta Turpin arzepizpicu onac erreztatzen dio Jaincoaren Ama santubari.

III.—Pagecho nería,—dió Erregue Carlomanoc—cer dá gabazco isilltasuna austen duen ots ori?—Jauna,—erantzuten dio pageac;—Iratico, itsa-soa bañon aundiyagoco basoaren os-toac dira, aiziac muguitubac. Ah! gazte maitía, eriotzaren deadarra diruri, eta nere biotza beldur dá.

IV.—Gaba oso illuna dá.—Ez illar-guic, ez izarric agueri dá cerubetan; urrutirá su-gar andiac diztiatzen dute menditartean; Frantsesac ló daude Espinal-en; Altabizcarco inguruetan otsuac marruaz dira, eta Euscaldunac zorrozten dituzte beren dardo ta aizcorac Ibañetaco aitzetan.

V.—Cer dá ots ori?—galdetzen du berriró Carlomanoc, eta pageac, errendituba loaz, erantzuten ez dio.—Jauna,—dió Roldan indartsuac; mendico ujola dá, Andresaroren ardidia-ren beadia,—Intziri bat diruri,—erantzuten du Erregue Frantsesac.—Eguia

dá, Jauna, dió Roldanec;—erri onec negar eguiten dú gugaz oroitzen danean.

VI.—Larritazunarequin Carlomanoc ezin dú loa bereganatú; lur eta ceruac arguigabe daude; otsoac ai dira marruaz Altabizcarren; Euscaldunaren aizcorac eta dardoac diztiatzen dute Ibañetaco aritz-tartean.

VII.—Ah!—suspiratzen du Carlomanoc. —Ezin loa nereganatu det; su-carrac erretzen nau. Cer dá ots ori?—Eta Roldanec, loari errendituba, erantzun ez cion.—Jauna,—dió Turpin onac,—errezatu zazu, errezatu zazu nerequin. Abarrots au Euscal-Errico alayua dá, eta gaür dá gure aomenaren azquenzco eguna.

VIII.—Eguzguiac arguitzen ditu mendiac. Garaitua Carlomanoc igues dijoa, «bere luma belz, ta bere capa gorriarekin.» Ume ta andreac, dantzán dira pozquidaz beteric, Ibañetan. Erbesteric ez dá Euscal-errian, eta-menditarren deadar ta pozezco irrintziac eltzen dirá cerubetaraño.

(Iruñan, 1877-garren urteko Abenduan).

RONCESVALLES

(TRADUCCIÓN)

I.—Es la media noche. El rey Carlomagno está en Espinal con todo su ejército. No hay luna ni estrellas en el cielo: á lo lejos brillan hogueras en los montes. Los Francos cantan en el pueblo; los lobos ahullan en Altobiscar; los bascongados afilan sus hachas y sus dardos en las piedras de Ibañeta.

II.—Carlomagno, acongojado, no duerme; junto á la cama su pajecillo lee una historia de amor; un poco más lejos el fuerte Roldán limpia la famosa espada Durandarte; mientras tanto el buen arzobispo Tuipín reza á la santa madre de Dios.

III.—Paje mío —dice Carlomagno el rey —qué rumor es ese que rompe el silencio de la noche?—Señor—le responde el paje;—son las hojas del bosque de Irati, más grande que el mar, que se mueven con el viento.—Ay niño querido, parece el grito de la muerte y mi corazón se amedrenta.

IV.—La noche está sin luna y sin estrellas; brillan hogueras en medio de los montes; los Francos duermen en Espinal; los lobos

ahullan en Altobiscar; los bascongados afilan sus hachas y sus dardos en las peñas de Ibañeta.

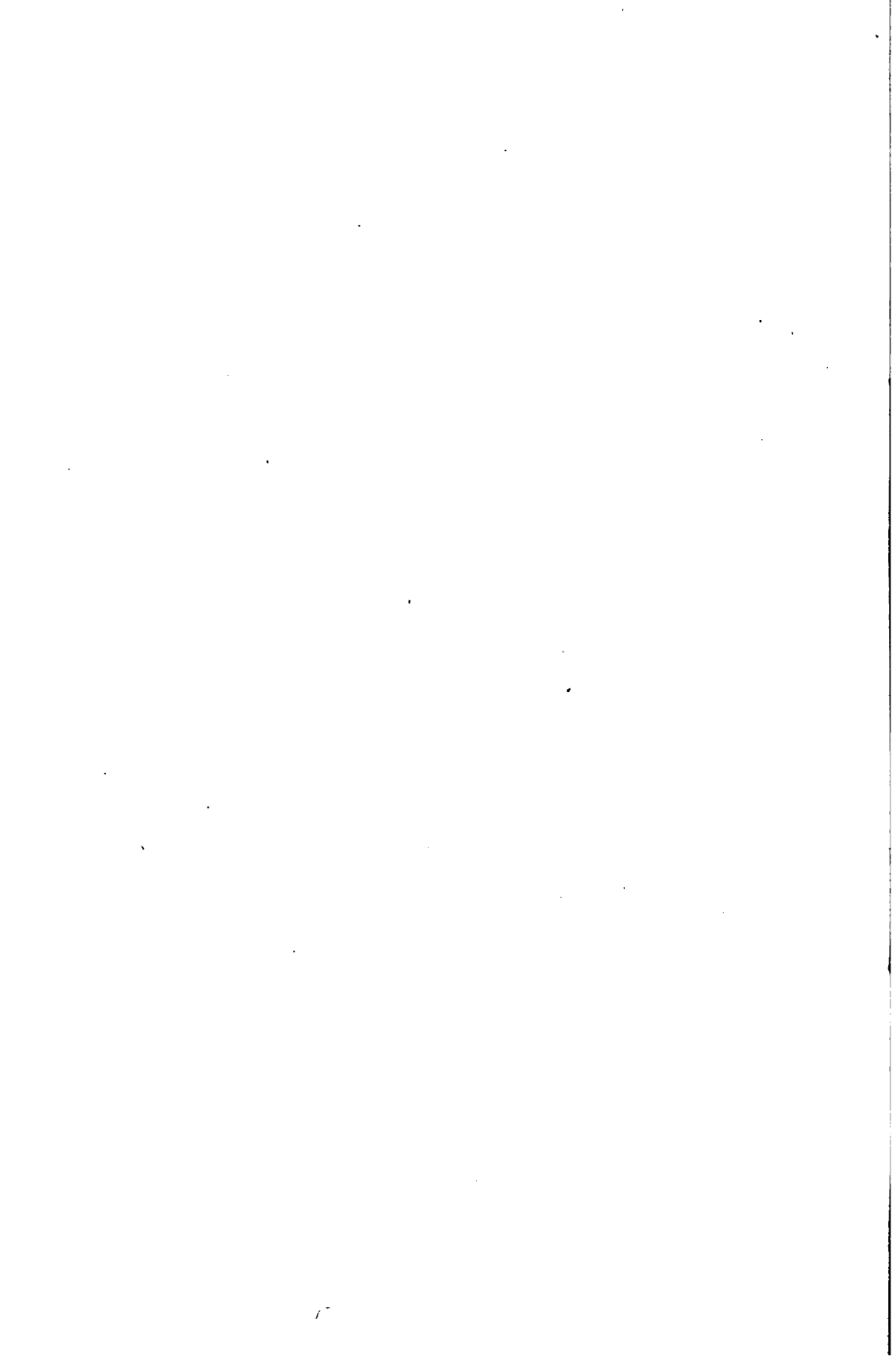
V.—Qué ruido es ese?—pregunta de nuevo Carlomagno—y el paje, ya dormido, no le contesta.—Señor,—dice Roldán el fuerte:—es el torrente de la montaña, es el balido de los rebaños de Andresaro.—Parece un gemido,—dice el rey Franco.—Así es, Señor, le responde Roldán; ésta tierra llora cuando se acuerda de nosotros.

VI.—Carlomagno inquieto no duerme; la tierra y los cielos están sin luz; los lobos ahullan en Altobiscar; las hachas y los dardos de los bascongados brillan entre los robles de Ibañeta.

VII.—Ah!—suspira Carlomagno,—no puedo dormir; y la fiebre me quema. Qué ruido es ese?—y Roldán dormido, no le contestó.—Señor,—dice el buen Turpín,—rezad, rezad conmigo. Ese estruendo es el canto de guerra de Basconia, y hoy es el último día de nuestra gloria.

VIII.—El sol brilla en la montaña; Carlomagno vencido huye «con su capa colorada y su birrete de plumas negras.» Los niños y las mujeres bailan en Ibañeta. Ya no hay extranjeros en Basconia, y hasta el cielo sube el *irrinz* de los montañeses.

(Pamplona, Diciembre de 1877).



GASTON DE BELZUNZE

(LEYENDA HISTÓRICA)

Ay! nacido para la felicidad de la tierra, descendiente de ilustres abuelos, dotado de poderosa fuerza ay! y tan pronto perdido para tí mismo, y segada en flor tu juventud.

GOETHE, *Faust*.

I.

LA PROFECÍA DEL PEREGRINO

ERA una tarde de invierno del año 1392. El norte soplaba húmedo y frío: las nubes se deslizaban rozando casi la tierra, y coronando con sus pálidos vapores la frente de las montañas; desbordados los torrentes, mez-

claban su monotonía voz al silbido del viento; las líneas del paisaje se perdían en los indecisos toques de la luz crepuscular.

El castillo de Belzunze alzaba sus negruzcas moles sobre las descarnadas espaldas de escarpadísima colina; la niebla ocultaba el erguido remate de su torre, en la que de cuando en cuando agitaba el huracán la enorme campana de las señales, arrancándole un tañido, que al brotar de entre aquellas brumas, parecía el lloro de algún espíritu. Todo estaba triste: el cielo con su color de plomo, la tierra con sus pelados árboles, semejantes á esqueletos fantásticos, todo lúgubre, excepto la planta baja del castillo, por cuyas ventanas asomaban los alegres resplandores del fuego, cuya lumbre extendía un reflejo auroral sobre las lívidas charcas de la campiña.

En derredor de una larga mesa colocada en el centro de un salón de bóvedas altas y paredes adornadas con trofeos de armas de caza, iluminado por hachones de cera y por las llama-

radas de enorme chimenea á la que alimentaban sendos y gruesos troncos de haya, se veían sentadas, gran número de personas. Ocupaba la cabecera un caballero de noble y severa fisonomía, viejo ya, cuya derecha guardaba otro de gentil presencia, que por el parecido proclamaba ser su hijo. El más viejo era el señor del castillo, Mosen Pierres de Belzunze, vizconde de Belzunze, conde de Arbe-roa, y el jóven, su futuro heredero, Arnaut de Belzunze, señor de Armen-dáriz. El resto de la reunión componíanla hombres y mujeres de diferentes edades, caballeros los unos, infanzones de abarca los otros, todos deudos ó amigos de Belzunze.

Reinaba animación extraordinaria; crujía la mesa bajo el peso de abundantes viandas; los jarros de vino y de sagardúa se sucedían unos á otros con rapidez suma, y reinaba en la concurrencia aquella franqueza y aquel buen humor tan propios del carácter euskaro; todos los comensales tomaban parte en la conversación á pesar

de la diferencia de sus rangos, con la independencia inherente á un pueblo que todo él es noble.

—Cómo pasan los años,—exclamó un cura viejo sentado á la derecha de Mosen Pierres;—parece que era ayer cuando celebrábamos el nacimiento de Mosen Arnaut, hoy padre á su vez; lo peor es que ya nos será imposible á muchos el ver florecer la nueva rama que acaba de brotar en el tronco de los Belzunze!

—Tantos años han nevado sobre nuestras cabezas—replicó Mosen Pierres,—que comenzamos á sentir el frío de la muerte. Sin embargo, yo no puedo quejarme, pues bajo al sepulcro después de ver la propagación de mi raza.

—Y hasta ahora la raza no decae; corre tan pura la sangre en sus venas como en su principio,—añadió Tristán de Ezpeleta, señor de Baigorri y suegro del de Armendáriz.

—Pero decaerá pronto, si continúan las cosas así,—dijo un hombre de musculatura hercúlea, sentado al otro ex-

tremo de la mesa, llamado Felipe de Ustarroz, Roncalés, y por lo tanto, muy bravo;—desde que ha subido al trono S. A. D. Carlos III, no se oye en Nabarra más ruido que el que hacen las ruecas de las mujeres.

—Mientras haya osos y lobos en la montaña nuestra madre, los nabarros serán valientes.

—Garralda, —contestó Ustarroz irónicamente, —como eres tan diestro en el manejo del hacha y del dardo, y tienes la seguridad de salir bien en todos tus combates con las fieras, no te agrada que suene el clarín de la guerra.

—Ustarroz, —exclamó Garralda con voz vibrante, —los hijos de Aezkoa no conocemos el miedo: pero como cristiano, más gratos son á mis oídos los ahullidos del lobo que las quejas de los moribundos.

—Eso es porque tienes oídos de mujer.

—Silencio! —dijo con entonación grave el cura; —no oís la voz del trueno? Con su voz inmensa que apaga

vuestras agrias voces chillonas, parece decir que las disputas son ociosas.

En efecto: la tempestad rodaba su estruendoso carro sobre la campiña; el huracán giraba al rededor del castillo agitando todas las puestas y despertando todos los ecos, mientras que en las ventanas sonaba el violento chasquido del granizo.

—Alguien ha llamado á la puerta,—dijo una jóven y hermosa montañesa de ojos negros y cabellos rubios, caídos en dos gruesas trenzas sobre la espalda;—deberían abrir la puerta.

—Es el viento,—contestaron varias voces.

—No importa,—dijo Mosen Pierres;—sería un crimen que en noche semejante acudiese en vano á mí hospitalidad algún pobre viajero: que vayan, pues, á abrir. Además basta que así lo desee la hermosa María.

—Gracias, Echeko-Jauna, murmuró la montañesa encendida como una rosa.

Momentos después penetraba en el salón un hombre viejo de aspecto ve-

nerable, de luengas barbas blancas, vestido con una túnica de paño burdo y una larga esclavina adornada con conchas y calzando en los pies sandalias. El peregrino saludó á la concurrencia en bascuence y luego acercándose á Mosen Pierres, le dijo estas palabras:

—Echeko-Jauna, la noche está triste, los caminos solitarios, pero tu palacio se muestra alegre y concurrido: yo, en nombre de la hospitalidad que me concedes, le pido á Dios que aleje de tu persona, familia y amigos todo mal.

Cuando hubo aplacado el hambre y templado el frío, el anciano preguntó:

—Qué fausto suceso os congrega en este lugar? qué victoria de las armas nabarras celebráis? El pendón de Iñiño Arista ondea llevando el terror con su sombra sobre los campos de Castilla?

—No; la paz tomó asiento en el trono de estos reinos con la persona del buen Carlos III; la alegría que ves

en nuestros semblantes obedece á causa más modesta y más personal; celebramos el nacimiento de mi nieto Gastón de Belzunze.

—Oh! bendito sea el día en que florece el tronco de los héroes!

—Peregrino,—dijo Tristán de Ezpeleta,—vienes de muy lejos?

—He andado sobre la dura tierra tanto y tanto, que á veces comparo mis existencia con la de Ahasverus fugitivo bajo la terrible maldición de Dios.

—Pues bien, si no estás fatigado cuéntanos alguno de tus remotos viajes; ya lo ves, aquí vivimos entre estas apartadas montañas y nada sabemos del mundo.

—Ay! han sacudido mi rostro los vientos de tantos países, han tostado mi tez los soles de tantas regiones que casi he perdido la memoria de mis caminatas.

Era muy joven cuando salí de mi pueblo dejando bañados en llanto hirviente los ojos de mi pobre madre. Una tarde pasó el Rey de Navarra de-

lante de mi puerta, y el lujo de su corte envenenó mi alma: al comparar las sedas y terciopelos, las plumas y los armiños de los cortesanos con la ruda estameña de mi traje y los piés descalzos de mis hermanas, miserable de mí! me avergoncé de la pobreza. Deseando, no la gloria, sino el oro, penetré en tierras de Castilla con la intención de ganar cuanto pudiera en la guerra contra los alarbes y me alisté bajo las banderas de Alfonso XI. A las órdenes de este rey asistí á la batalla del Salado donde se reprodujo la victoria de las Navas. El botín que cogimos era tan numeroso como los robles en el monte de Irati, y mientras mis compañeros rezaban, dando gracias á Dios por el triunfo concedido, mis manos temblaban de gozo al tocar aquellas conquistadas riquezas. Después el Rey nos condujo á Algeciras.... Cierta noche estaba yo de centinela á orillas del mar; un viento cálido que meció mis cabellos, recordóme que delante tenía el Africa. El botín del Salado ocupó mi mente con

su recuerdo, y mi fantasía supo pintarme los tesoros de un pueblo que vive entre la magnificencia y los placeres, contraponiéndolos á la miseria de la tierra castellana y á la austeridad de los soldados de la cruz; tendí la vista, tropezaron mis ojos con unas barcas de pobres pescadores y penetrando en una de ellas abandoné mi fé y mis banderas!

El peregrino interrumpió su relato para dar tiempo á que su emoción se calmase; el rostro de todos los circunstantes dejaba ver muy á las claras el horror que aquella acción les inspiraba; luego prosiguió:

—Al arribar al Africa fuí hecho prisionero en la misma orilla por un famoso pirata de Orán. Mi fidelidad, mi astucia, mi valor jamás desmentidos, alcanzároume su confianza primero y su amistad después: murió, y dejome dueño de los tesoros fruto de sus rapiñas del mar. Oh! cuán feliz fuí entonces! Tuve jardines inmensos con enramadas sombrías por donde nunca pasaba el ardor del sol; pájaros de le-

janos países, cuyas tornasoladas plumas eran encanto de los ojos y cuyos ignorados cantos maravilla del alma; perfumes penetrantes, adormecedores como el murmullo del mar, palacios de mármol, rápidos caballos arrancados al desierto, tapices más suaves que el césped de primavera, armas damasquinadas flexibles como culebras, rebaños de hombres esclavos de mi voluntad, y rebaños de mujeres comprados en el país de la belleza, esclavas de mi lujuria! Una vez en alta mar, tomé por abordaje un buque; creía que como otros, conduciría riquezas, pero aquel barco tan sólo llevaba míseros peregrinos que iban á Tierra Santa. Al ver yo que no había nada que robar, la burlada codicia me volvió loco de rabia, y dí la orden de matar á todos aquellos infelices. Entre ellos se hallaba un religioso viejo, muy viejo, de esos que ya casi no pueden vivir, el que moribundo lanzó sobre mi rostro salpicado de sangre cristiana una mirada triste, tristísima, más triste que el niño huérfano en país

extranjero! Así como la caída continua de agua taladra la más dura piedra, del mismo modo, el recuerdo de aquella congojada mirada destruyó la siniestra armonía de mi alma. De día y de noche, rodeado de mis esclavos ó apartado de todo viviente, su recuerdo no me abandonaba, y era, como un rayo enviado por la dulce religión sobre mis tinieblas y como un reproche de mi patria y mi madre transmitido en alas del dolor! Ay! cuántas veces en mi lecho de oro y terciopelo recordé con envidia la indigente cama de mis montañas en la que dormía honrado! Luché, quise olvidar..... oh miseria! el señor de tantos esclavos era, á su vez, esclavo de un recuerdo. Mi conciencia se había despertado y su voz poderosa, incansable, irresistible, me llevó con la fuerza de un torbellino, desde mis corrompidos palacios á implorar el perdón del Padre Santo.

El peregrino interrumpió su relato para enjugarse las lágrimas; en todos los ojos brillaba la compasión. Y prosiguió diciendo:

—Desde entonces no descansé un solo día; para borrar mi culpa he recorrido los santuarios, las ermitas que recuerdan grandes milagros y veneran gloriosos santos en todas las naciones, siempre á pié y solo, viviendo de limosnas y predicando las eternas verdades de Dios. Pero ya soy viejo; conozco que pronto voy á morir, y no he querido cerrar los ojos ¡sin visitar la tierra en que he nacido. Desde las orillas del Rhín he atravesado toda Francia, haciendo largas jornadas, despreciando el cansancio por el afán de llegar. Esta mañana subí por fin á la cima de un monte; la niebla se arrastraba por el valle como un manto de plata caído de los hombros de las montañas; el cielo comenzaba á enrojecerse por el oriente; ante mi vista las sierras se apretaban; en sus laderas dormían numerosos pueblecillos medio ocultos entre espesos bosques; un riachuelo claro como el aire se quebraba entre las peñas; las campanas de las iglesias comenzaban á tocar á misa..... ay! yo me ahogaba!

mil recuerdos borrados, mil olvidadas imágenes brotaban de pronto en mi memoria y en mis ojos..... sí, aquella era mi tierra, aquel su melancólico paisaje, aquellos sus religiosos ecos, y desfallecido, penetrado por la emoción que corría desde la garganta hasta lo profundo de las entrañas, me postré de hinojos bendiciendo á Dios y besando la noble tierra nabarra!

Callose el peregrino y apoyó la cabeza entre sus manos; todos los circunstantes lloraban.

Cuando la emoción causada por el relato se hubo aplacado, Mosen Pierres dijo:

—Gracias, peregrino; tu historia es de esas que mejoran el corazón de los hombres. Ella servirá para aumentar, si cabe, el amor que todos tenemos y debemos tener á la virtud y á la patria. Pero la noche avanza y aun no hemos cumplido con la costumbre de la familia.

Y volviéndose hacia un criado añadió:

—Que avisen á Andre Madalén para que traiga el niño.

Algunos momentos después penetraba por la puerta Andre Madalén de Ezpeleta llevando á su nieto en los brazos. Este era un niño sonrosado y blanco, de ojos azules, que al ir en los brazos de su abuela, parecía un rayo de aurora iluminando á una noble ruina.

—Aquí os presento á mi nieto Gastón de Belzunze, que será vizconde de Belzunze, conde de Arberoa y señor de Armendáriz.

—Dios le bendiga!—exclamaron todos.

El peregrino que hasta entonces había permanecido silencioso y únicamente ocupado en secar sus vestiduras, se puso de pié y fijando los ojos en la fisonomía del niño pronunció con solemnidad las siguientes palabras:

—Dios le ha bendecido. Ese niño está predestinado á grandes hechos; yo veo su gloria en estos mis ojos que muy pronto verán á Dios. Una

corona de luz rodea su dormida cabecita.

—Será un santo, verdad?,—preguntó con entusiasta fervor una vieja montañesa llamada Cataliñ, habitante del caserío Beloso.

—No; será un héroe,—replicó el peregrino, y mientras haya Euskaros vivirá su nombre.

Todos estaban pendientes de sus palabras; en aquella calva y rugosa frente se adivinaba la reverberación misteriosa de las cosas futuras, y su actitud mostraba la grandeza enorme de los profetas. Pero no prosiguió; sus labios se cerraron y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Continuad!, gritó Mosen Pierres.

El peregrino volviéndose hacia su interlocutor contestó con voz áspera:

—Inútil preguntar! he dicho bastante. Lo porvenir es de Dios y el hombre que intenta rasgar sus velos un temerario.

Mosen Pierres bajó la cabeza; su corazón era presa de dos opuestos sentimientos; por una parte los pro-

nósticos del viejo le llenaban de alegría, por otra, su silencio le inquietaba, pero al fin la alegría quedó vencedora, y en aquella noche el abuelo no pudo cerrar los ojos pensando en las futuras heroicidades del nieto.

II.

EL IDILIO DEL VIEJO

La desgracia se detiene largo tiempo en el dintel de las familias felices sin atreverse á entrar, pero una vez que fuerza las puertas hiere y mata sin compasión. Los Belzunze experimentaron en corto espacio de tiempo la implacable repetición de sus golpes brutales. Mosen Tristán de Ezpeleta murió primero, de una inflamación al pecho; después le siguió Mosen Arnaut, señor de Armendáriz, que fué destrozado en una cacería por un oso, y algunos meses después, la dulce, amada y hermosa Andre Leonor, su

viuda, murió al dar á luz el segundo fruto de su tronchada felicidad.

En el castillo de Belzunze á los alegres ruidos, á las sonoras carcajadas, á las perennes fiestas de la familia, sucedió un lúgubre silencio. Mosen Pierres vestido de luto y con la fisonomía ajada por el dolor, parecía un fantasma errante; como el león enjaulado, todo el día se lo pasaba andando con nervioso paso en la galería de la fortaleza. De cuando en cuando penetraba en su aposento, y depositaba un beso en la frente de Gastón dormido en brazos de la nodriza. El otro nieto, llamado Tristán, vivía al lado de su abuela endulzando las amarguras de la pobre Andre Madalén.

Poco á poco el dolor del noble anciano se iba fundiendo en el amor al nieto, y aquel amor era tan intenso, tan profundo, tan dulce, y tan saturado de tristeza, que le encadenaba á la cuna y le hacía pasar la vida contemplando al amado netezuelo entre lágrimas de recuerdo y sonrisas de esperanza.

Y allá, en las calladas noches de invierno, se oía á menudo, después de la fresca voz de la nodriza, la temblorosa y cascada voz de un viejo que entonaba mecedoras con la delicadeza y pasión de las madres.

Otras veces, cuando la blanca luz de la luna bañaba las vetustas almenas del castillo, el viejo solía exclamar:

—Vosotras sois como las groseras conchas de la ostra, que esconden en su seno una perla!

Bendita sea la vejez que protege á la infancia; ella nos hace vislumbrar la santa paternidad de Dios!

Ustarroz, el Roncalés, con la penetración propia de los hombres de su tierra, decía muchas veces:

El abuelo se está volviendo mujer.

Y tenía razón, pero aun se quedaba muy por bajo de la verdad.

Entre las ennegrecidas piedras de aquel castillo feudal se estaba verificando una transformación sublime; el abuelo, encanecido en los rudos ejer-

cicios de las armas, se volvía madre.

Lo primero que hizo Mosén Pierres, fué buscar una nodriza al niño, que había nacido débil, heredando la delicada complexión de su madre. Y para reponer aquella naturaleza quebrantada, el abuelo hizo venir á una hermosa muchacha de Zokoa, robusta y fuerte como los peñascos de la costa, de esas que en lo más crudo del invierno se meten en el agua hasta la cintura para recojer de las barcas las cestas de pescado que traen sus padres y hermanos, y dejan luego el cuidado de secar sus vestiduras al helado viento del Norte.

A pesar de todo, el niño osciló durante mucho tiempo entre la vida y la muerte. El abuelo se aproximaba á la cuna y acercando su inquieta cabeza á la macilenta cara del niño, decía con voz baja y melancólica:

—No te vayas, Gastón, no me dejes solo.

Paulatinamente el niño se fué robusteciendo, y entonces era de ver la alegría del anciano.

—Ahora se nos va á morir él,—
decía el bueno de Ustarroz.

Pero ni uno ni otro murieron; al contrario, parecía que la misma savia circulaba por los dos cuerpos, pues á medida que el niño revivía, el viejo remozaba, y era tan grande el entusiasmo con que Mosen Pierres entonaba sus mecedoras, que más de una vez, Gastón, asustado con aquellas sonoridades de voz, rompía á llorar.

Cuando el niño comenzó á hablar, fué cada progreso suyo una fiesta; animóse el castillo como en mejores tiempos, y en sus espaciosas cámaras resonaban las infantiles exclamaciones de Gastón ahora, sus inseguras corridas más tarde, y siempre los aplausos y risotadas de Belzunze.

De día bajaban nieto y abuelo al parque, y allí cogían frutas, se subían á los árboles, perseguían á los perros, aturdidos ellos también de tanta informalidad, jugaban á la pelota, arrojaban piedras al río cuando alguno atravesaba el vado con objeto de salpicarle, y hasta había ocasiones en

que el venerable anciano se prestó á servir de caballo, mientras el travieso y feliz nieto montado en sus costillas agitaba con aires de triunfo una espada de madera bautizada con el glorioso nombre de Durandarte.

De noche, después de la cena y durante un par de horas, el abuelo hacía que los servidores de la casa contasen algún cuento ó leyenda popular y la velada concluía con una narración de la historia de Nabarra hecha por el mismo Mosen Pierres, en la que aparecían todas las tradiciones y todas las fábulas con que la imaginación del pueblo perpetúa la memoria de lo pasado.

Oh que gran historiador salió Gastón! El niño era inteligente y se sabía de cabo á rabo el canto de Aztobizkar, la vida de Belaz de Medrano, aquel famoso moro á quien el diablo quiso perder y no pudo en Igúzki de Estella, y la historia de Roldán que se murió tocando el *olifant* en el desfiladero de Roncesvalles.

El día en que Gastón cumplió diez

años, Mosen Pierres le cogió la mano y le dijo:

—Ahora que *eres un hombre* te voy á enseñar el tesoro de la familia.

Y enseguida lo llevó á un cuarto, por delante de cuya puerta jamás pasaba Gastón sin miedo.

El cuarto era espacioso, pero oscuro; cuando el anciano encendió una antorcha, de todas partes brotaron reflejos de acero y hierro.

—Gastón—dijo el abuelo—aquí están las reliquias de los héroes tus ascendientes; cada uno de estos ennegrecidos hierros representa una hazaña; si los hacinase verías un monte de gloria!

Y el anciano, con la solemnidad propia del sacerdote comenzó á hacer la historia de todas aquellas reliquias, enseñándole la tosca espada de bronce que perteneció á Untza, fundador de la familia, que al frente de veinte mil montañeses contuvo la invasión celta entre los riscos de la Borunda; y la férrea lanza que blandió Indartsu en la batalla de Canas, teñida con la

sangre del cónsul Paulo-Emilio; y la copa de oro en que bebieron la muerte sobre el monte Médulo, imitando el ejemplo del anciano Burnia, los últimos defensores de la federación cantábrica contra las legiones de Augusto; y la ronca bocina con que el hercúleo Artea, anunció desde la cresta de Mendizuri el avance de las tropas francas á las tribus baskonas escondidas en los oscuros robledales de Ibañeta; y la tizona, que Otsoa, primer señor de Belzunze, arrancó del costado al famoso conde castellano Fernán-González, cuando le hizo prisionero en la batalla de Zirueña, y por la que D. Alfonso el Emperador quiso dar, más tarde, veinte veces su peso de oro en cambio; y el estandarte rojo que Thibaut de Belzunze clavó en los muros de Zaragoza, cuando las tropas nabarras abrieron la brecha, bajo las órdenes de Gastón de Bearn, y de Guillermo, obispo de Pamplona; y la enorme clava que el brazo fornido de Semeno, señor de Belzunze y Arberoa, apellidado *Jaun andia* blan-

dió en los ensangrentados campos de Gallur, que contemplaron la anhelosa fuga del conde Berenguer; y los macizos eslabones que arrancó Amán de Belzunze á la cadena que rodeaba la tienda del sultán Verde en las Navas de Tolosa; y la armadura ecuestre que llevaba Leonel, cuando él y Fortuño Almoravid decidieron en favor de los nabarros con una heroica carga de caballería la hasta entonces dudosa jornada de Filerá; y la daga con que Bertrán de Belzunze, padre de Mosen Pierres y primer vizconde de Belzunze, mató al conde de Beaumont y á Balduino de Aunequín, comandante de los ballesteros de Francia en la luctuosa jornada de Cocherel!

Gastón había escuchado las palabras de su abuelo con atención sostenida y enérgica, como si quisiera aprendérselas de memoria; en su fisonomía inteligente se traslucían los sentimientos que le agitaban el alma, que no eran otros sino el entusiasmo, el orgullo y la emulación.

—De todas estas reliquias—conti-

nuó Mosen Pierres—la más preciosa sin duda alguna es la espada de Fernán-González. Acerca de ella se conserva entre nosotros una tradición que voy á referirte. Después de la batalla de Cirueña, concluída la guerra, nuestro antepasado Otsoa se retiraba á sus tierras, y dicen, que una tarde, al oscurecer y cerca de la cumbre de Belate, salió á la orilla del camino una vieja *aztiya* (1) que agarró las riendas del caballo y dijo: «Salud, Belzunze; esa espada que llevas guárdala bien, porque es la espada del enemigo hereditario de nuestra gente y patria. Pero que no tema Nabarra mientras haya Belzunzes como tú, vigorosos y bravos, que sepan blandir la espada de Fernán-González.»

Y el trueno apagó la voz de la *aztiya*, que después de saludar á Belzunze con la mano, se perdió en las brumas de la montaña. Desde entonces esa espada es la recompensa de las proezas de nuestra familia, pues nadie se hace digno de llevarla al cinto, sino

(1) Aztiya; adivina.

después de haber ejecutado una hazaña que aumente la gloria de los Belzunzes. Ni tu padre ni yo, desgraciadamente,—añadió el viejo suspirando,—hemos alcanzado esa honra.

El anciano calló, enjugando con el revés de la mano una lágrima. Gastón entonces levantó la cabeza, y clavando sus grandes ojos azules en el rostro de Mosen Pierres, dijo con voz resuelta:

—Abuelo, yo llevaré la espada de Fernán-González.

III.

LA EPOPEYA DEL NIÑO

I.

Seis años han pasado.

La hasta entonces erguida estatura de Mosen Pierres se ha encorvado; su voz robusta y sonora se ha vuelto apagada y temblorosa; su agilidad ha desaparecido y únicamente puede dar algunos cortos paseos por el parque,

apoyado en un nudoso y fuerte *makila*.

El anciano ha penetrado en el sombrío período de la decrepitud.

También Gastón ha experimentado durante esta época una profunda transformación. Ahora es un hermoso adolescente de diez y seis años, en quien todos los ojos se fijan con placer. Es alto, esbelto, de movimientos ágiles y elegantes, blanco de color, de carmíneos labios y megillas, de piel tersa y trasparente que deja ver en las sienes la azulada malla de las venas; sus ojos son azules, de un azul clarísimo, en los que se pintan las largas pestañas de sus párpados; los cabellos, de color rubio ceniciento y rizados. Hay algo de femenino en su belleza, algo de delicado y suave que ilumina las líneas puras de su rostro, que ennoblece las actitudes de su cuerpo, y que sin embargo, no excluye la decisión varonil ni la energía del esfuerzo.

El niño ha entrado en el risueño período de la adolescencia.

Y pocas veces la adolescencia se ofreció á la vida con más facilidades y encantos. Su apellido abría á Gastón todas las puertas que conducen á la fortuna; su carácter le predisponía á gozar de todas las dulzuras de la amistad, de todos los deleites del amor, de todos los refinamientos de la civilización que entonces germinaban en Nabarra á la sombra benéfica de Carlos el Noble, cuyo reinado se asemeja en la historia á un vestíbulo radiante, que después de ofrecer mágicas perspectivas á la imaginación, conduce á un abismo lleno de sangre y poblado de monstruos.

Gastón, como todas las almas nobles, era crédulo y confiado; su fisonomía abierta y jovial mostraba siempre la sonrisa en la boca; su voz de timbre argentino, jamás lanzaba modulaciones duras, pero en cambio vibraba como una arpa cuando ensalzaba alguna acción magnánima ó heroica, cuando manifestaba sus simpatías á la desdicha agena, pues sus cualidades dominantes eran la generosidad y el

entusiasmo. Jamás había salido una mentira de sus labios; ni conocía el mal ni era capaz de comprenderlo. Quien veía á Gastón no podía menos de pensar en esos lagos que guardan las montañas en sus pétreas gargantas, cuyas aguas reflejan el azul de los cielos y la blancura inmaculada de los ventisqueros, y en cuyo fondo no existe ni un sólo átomo de cieno.

Una tarde estaban sentados abuelo y nieto á la puerta del castillo; el sol se acostaba tras los sombríos bosques de hayas que cierran por aquella parte el horizonte; la neblina ascendía de los valles borrando las líneas del paisaje... allá, á lo lejos, muy lejos, resaltaban enrojecidos por la luz moribunda, los picachos de Baigorri.

Gastón tenía los ojos clavados en la tortuosa corriente de la Nive, en dirección á los Pirineos; al lado del río y en diversos trechos se alzaban espesas nubes de polvo.

—*Aitona*, (1)—dijo Gastón,—algo

(1) *Aitona*, abuelo.

sucede; veo grandes grupos de gente que baja de las montañas; parece que viene huyendo.

—Hijo mío,—replicó Mosen Pierres,—es imposible que sea lo que tú dices; ¿por qué han de huir los montañeses? Nabarra está tranquila; ningún motivo de alarma existe.

—Tenéis razón, aitona, pero también es cierto que veo mucha gente por los campos, que se dirige hacia este lado; si vinieran como guerreros, ó algún motivo de fiesta los guiara, el viento nos traería el eco de sus *irrinziis* (1); no lo dudéis, aitona, los montañeses vienen huyendo.

El abuelo hizo un movimiento de impaciencia y permaneció silencioso; Gastón no quitaba los ojos de las orillas de la Nive.

—Ahora distingo perfectamente—añadió Gastón después de una larga pausa—veo hombres, mujeres y niños, unos á pie, otros á caballo, otros en carro; vienen cubiertos de polvo y avanzan con la mayor rapidez; dentro

(1) Grito especial de los Baskos.

de poco llegarán algunos de ellos á la puerta del castillo; la mayoría se dirige hacia el camino de Bayona.

Con efecto; antes de un cuarto de hora se detenían ante el castillo algunos grupos de gente.

—¿Qué tenéis?—les preguntó Belzunze—¿quién os acosa?

Entonces, de aquellos oprimidos pechos brotaron suspiros y lamentos. Verdaderamente, daban compasión los fugitivos; muchos de ellos tenían los piés chorreando sangre y se apoyaban en los árboles para sostenerse, ó se sentaban en el suelo; algunos, jadeantes, caían á tierra sin fuerzas ni para quejarse. Había mujer que traía dos niños en los brazos, y también se veía un carro arrastrado por un robusto mancebo de veinte años que conducía á una pobre mujer, con la cabeza reclinada en un fajo de hierba, de fisonomía amarillenta y ojos brillantes como dos carbones encendidos.

—Habéis perdido todos el habla,—

continuó Mosen Pierres;—decidme, qué sucede?

Entonces el mancebo de que acabamos de hacer mención, se adelantó y dijo:

—Señor, sucede que el país está perdido, que Dios sin duda nos castiga y no hay remedio para nosotros.

Una explosión de sollozos interrumpió las palabras del joven; éste, después de una pausa continuó:

—Dos meses hará, Señor, que comenzó á notarse en el país que algunas personas que subían á la sierra á cortar leña ó á apacentar las ovejas, no volvían más á su casa. Me acuerdo muy bien..... el primero que faltó fué Chimún, el del caserío Zubizar, muy buen hombre, que tiene, ó mejor dicho, tenía, pues ya él no existe, y ójala esté en gloria, una pieza de trigo en Larrazketa, y además seis vacas, y cien ovejas merinas, traídas de Castilla el día de San Fermín, hace cinco años, cuando hubo aquella tronada tan grande, que cayeron granizos como nueces, y murió junto á La-

rrundegui el pobre Ichebe Janáriz, que era muy amigo de mi padre, y como decía, Señor.....

Y aquí el zagalón se quedó pensativo, sin poder encontrar el hilo de su relato: Mosen Pierres devorado por la impaciencia, le hizo una seña con la mano, cuando vió que iba á proseguir, diciendo á la vez:

—Basta, basta, amigo mío, haces muy bien de arrastrar la carreta..... pero no prosigas, serías capaz de no terminar en un año. A ver quien me cuenta pronto lo que ocurre.

El mancebo se retiró colorado hasta las cejas, y se adelantó un viejecito de fisonomía inteligente que tomó la palabra.

—Señor, como decía Jakes, se notó que faltaban algunas personas que subían al monte, y todo el mundo estaba en la mayor ansiedad. Un día, dos carboneros de Orzaize encontraron en el bosque huesos de hombre. Ay ene Jaungoicoa! (1) entonces si que fué grande el miedo, Señor..... Unos de-

(1) Ay Dios mío.

cían que eran las brujas y otros que eran los ladrones que andaban en el monte los que hacían aquellas muertes, y nadie se atrevió á subir más. Hace cinco noches se oyó un ruido que parecía, en parte á un trueno, y en parte á un ahullido de lobo; todos los que oímos aquello nos quedamos fríos; el fin del mundo viene, decía la gente, pues las peñas principian á gritar. Antes de anoche, cuando estaban durmiendo los vecinos de Anhauze, sintieron un estrépito como de cadenas, y vieron en la calle una especie de culebra muy grande, con alas, que iba dando saltos hacia el monte; cuando se alejó la culebra, los vecinos salieron á la calle y supieron que la culebra había roto la puerta de la casa de Bittor Kurutzaldearena, y que había cogido con la boca á su hijo Premiñ, llevándoselo, á pesar de sus gritos y esfuerzos. La noticia ha corrido ayer mañana de casa en casa y de aldea en aldea; se conoce que el mónstruo, no teniendo ya qué comer en la montaña, se ve obli-

gado por el hambre á bajar á los pueblos. Los hombres de Aldudes é Irulegi, bien armados, se han ido hacia Larramendi, donde dicen que tiene la fiera su caverna; pero toda la gente de los pueblos ha huído despavorida.

—¿Y cómo es esa culebra?—preguntó Belzunze.

Todos los circunstantes, mudos hasta entonces, comenzaron á hablar, describiendo al monstruo.

—Tiene tres cabezas.

—Su mirada deja sin movimiento y yertos á los hombres.

—Su lengua es de fuego.

—Sus alas hacen una sombra que agosta la tierra.

—Sus uñas son de acero, y lanza babas que dejan ciego.

—Su fuerza es tan grande, que derriba los robles con un sólo coletazo.

Y hubieran continuado tres horas hablando del monstruo, que ninguno de ellos había visto, y añadiéndole atributos, órganos y cualidades extraordinarias, con la facilidad portentosa del pueblo para crear leyendas, si

el galope furioso de un caballo no les hubiera interrumpido, renovando todos sus terrores.

Era Ustarroz que llegaba; el hercúleo roncalés echó pié á tierra, y dejando suelto al caballo que venía cubierto de espuma exclamó:

—Dios del cielo! es la primera vez que he huído.

—Te has huído!—dijo Belzunze—no puede ser.

—Creedlo, Señor; ayer acompañé á los hombres de Irulegi y Aldudes, mis amigos; llegamos á Larramendi, y al poco rato, oímos unos espantosos rugidos; todos temblamos; con nosotros estaba Zaro, el alcalde con su ballesta..... ya sabéis, un buen tirador..... después sentimos ruido de maleza, un ruido extraño, ensordecedor y apareció la hidra..... el pobre Zaro disparó la ballesta que resbaló sobre los córneos anillos de la serpiente..... ésta se lanzó sobre Zaro que momentos después quedaba convertido en una masa de sangre machacada y sangrienta..... los demás, aun-

que con miedo, intentamos hacer frente..... fué inútil..... el monstruo con sus rápidos y violentos movimientos introdujo el desorden en nuestras filas..... otros tres hombres fueron aplastados ó ahogados entre sus anillos, y entonces. ... todos corrimos. Maldita sea mi madre, si alguna vez creí que nadie fuera capaz de verme las espaldas en la lucha!

El Roncalés calló y penetró en el castillo blasfemando.

Mosen Pierres ofreció hospitalidad á los desdichados fugitivos, y todos juntos entraron en la sala, donde vimos celebrarse el nacimiento de Gastón.

Aquella noche, como es natural, no se habló de otra cosa más que de la hidra de Larramendi, y todos los circunstantes convenían en que el país estaba perdido. «Contra ese monstruo nadie puede, decían; será preciso emigrar.»

Gastón permanecía pensativo sin desplegar los labios, oyéndolo todo con suma atención. Después de haber

cenado y cuando se iba á acostar, llamó á su paje y le dijo:

—Ojer, mañana, á las cinco, ten preparados tu caballo y el mío, y ay de tí! si hablas á nadie de esta orden.

II

A la hora señalada de víspera, Gastón ponía el pie en el estribo, y momentos después, seguido de Ojer, salía del castillo por la poterna que conduce á las orillas de la Nive. El joven Belzunze iba montado en su caballo, blanco como la espuma de los torrentes del Pirineo; consistía su traje en birrete y dalmática de terciopelo granate, calzas de seda gris perla, tahalí y borceguíes de cuero cordobés rojo; sus armas eran un cuchillo de monte, un arco inglés y dos flechas.

El niño se encaminaba á la trágica aventura contento y vestido como si hubiese de asistir á su boda; la petulancia candorosa de sus pocos años, el temple heroico de su alma y la confianza caballeresca en el éxito de

las empresas nobles, le habían movido á desdeñar las armas defensivas. «Un tejido de seda vale tanto como una malla de acero cuando se combate por el bien:» he aquí lo que pensaba Gastón.

Las aves gorjeaban ocultas entre el tupido follaje de los árboles; las montañas, entreabriendo los pliegues de su plateado manto de nieblas, mostraban el color de sus ricos vestidos de esmeralda. Gastón y el escudero Ojer, precedidos del fidelísimo Arín, que agitaba los ecos de la campiña con sus alegres ladridos, avanzaban por la pradera al galope de los caballos, cuyos cascos hacían saltar las gotas del rocío, que brillaban á los rayos del sol, como un polvo de diamante.

¡Cuántas otras veces había paseado á caballo Gastón por aquellos lugares, distrayendo de sus faenas á las jóvenes labradoras, que le miraban alejarse, envidiando secretamente á la noble doncella que un día hubiese de unir su existencia á la de tan gentil adolescente! Pero aquella mañana los

campos estaban desiertos, y lo que es más triste aún, los pueblos: bien se veía que el Terror, montado en su lívido caballo, había cruzado el país ahuyentando á sus moradores.

—¿Pero, señor, adónde vamos? — preguntó tímidamente el escudero Ojer, cuando hubo transcurrido una hora de aquel galopar furioso.

—Tú eres de la montaña, verdad, de Alduides, sino recuerdo mal?

—Sí, señor.

—¿Sabes cuál es Larramendi?

—Ya lo creo; cuando estaba en el pueblo subía muchísimas veces allá, para cortar leña, en compañía de mi difunto padre.

—Pues bien, vamos á Larramendi, vamos á combatir con esa serpiente, con ese monstruo y á vencerle.

Ojer palideció.

—Señor,—dijo—es una locura; no oísteis anoche lo que decían los fugitivos? ¿Olvidáis lo que les ha sucedido á Zaro y á sus compañeros? ¿No reparáis que sois un niño?

—Sí, soy un niño, pero también

soy Belzunze. Los míos han sido siempre los protectores de la comarca. Los aldeanos, cuando ven las almenas de nuestro castillo, se descubren y dicen: «Hé ahí nuestra defensa; la sombra de esas torres se llama paz.» ¿Y quieres ahora porque el pobre abuelo esté ya viejo y carezca de fuerzas, que el país sea víctima de tan terrible azote? ¡Eso nunca! Lo que el abuelo no puede, lo hará el nieto. Dentro de tres días es San Juan; ya verás cómo todos los fugitivos aquella noche, al bailar en derredor de las hogueras, aclamarán mi nombre, agradeciéndome el regreso á sus hogares.

Ojer le hizo nuevas observaciones para disuadirle de su empresa; Gastón no admitió ninguna.

—Sea como vos queráis—dijo entonces Ojer—mi único deber es la obediencia. Pero os advierto, señor, que Larramendi está muy lejos, y que es preciso marchar al paso: de lo contrario reventaremos los caballos mucho antes de llegar.

Cerca ya del medio día se detuvie-

ron con objeto de dar descanso á los caballos que se encontraban estenuados de fatiga. Hacía un calor sofocante; la tierra mojada por las persistentes lluvias de los días anteriores, caldeada ya, exhalaba un vapor denso y ceniciento; la naturaleza parecía sumida en torpe letargo; no se oía el canto de ningún pájaro, ni el chirrido de ningún insecto, ni el susurro de ninguna brisa.

Los caminantes echaron pie á tierra á la sombra de unas cuantas hayas que alzaban sus ramas no lejos del río; pero era tan grande la sofocación que el caminar bajo los rayos del sol les había causado, que no tuvieron ganas de comer un solo bocado de los alimentos que Gastón había traído consigo del castillo. Después de beber muchísima agua, Gastón y Ojer, tendidos sobre la hierba, se quedaron profundamente dormidos.

Cuando el sol perdió parte de su fuerza se pusieron nuevamente en marcha. El terreno comenzó pronto á tornarse áspero, fragoso; los cami-

nantes iban ya subiendo las vertientes del Pirineo.

—Señor—dijo Ojer—es imposible llegar hoy á Larramendi; la noche se acerca, y con ella, me lo temo, la tempestad también. Aquí, en esta *chaola* (1) podremos dormir, y mañana, cuando raye el alba, proseguiremos.

A Gastón le pareció buena la idea, y se desmontó del caballo imitándole su escudero.

En seguida cenaron, y después se acostaron en unas camas de hierba, por ellos preparadas. Pero Gastón no pudo conciliar el sueño; la idea de su futura lucha, la proximidad de tan gran peligro, la esperanza de la victoria y el temor de la muerte, agitaban su espíritu; por otra parte, el cansancio de aquella larga y calurosa jornada se traducía en su organismo por un profundo malestar general. Sus músculos temblaban, la sed le apretaba la garganta como un muelle de acero, los oídos le zumbaban, y cuando cerraba los ojos veía muchas

(1) Cabaña.

y menudas manchas luminosas bailando en las sombras. Cansado de revolverse en el lecho, Gastón abrió la puerta de la *chaola* y salió afuera.

Desde el sitio que ocupaba Belzunze se descubría una inmensa extensión de terreno, cortado por montañas que iban perdiendo su elevación hacia el Norte, hasta convertirse en pequeñas lomas que interrumpían con su color oscuro la amarillenta línea de las landas aquitánicas. El paisaje, por aquella parte, presentaba un carácter de placidez admirable no exenta de melancolía, debida á la influencia de la creciente noche. El verde y quebrado terreno se veía cruzado por numerosos hilos de agua, entre los que se distinguía la Nive, cuyas orillas se poblaban blancos pueblecillos que parecían bandadas de palomas sedientas. Al Sur cerraba el horizonte la ciclópea cordillera de los Pirineos, surcada por profundos, angostos y tortuosos valles, abierta por lóbregos abismos, erizada de graníticos picachos, vestida de salvaje male-

za y cubierta de inacabables selvas.

Hacia las landas, el cielo tenía un color azul oscuro, jazpeado de manchas rojas, en el que culebreaban de cuando en cuando los relámpagos; hacia el Pirineo, y sobre el fondo de negros vapores que se extendían como un velo en toda la parte Sur, avanzaban densas nubes de formas redondeadas, grises en su centro y lívidas en sus bordes, semejantes á monstruosas pústulas próximas á reventar. De los remotos valles, de las escondidas hondonadas, de las tenebrosas simas ascendía la niebla, aquí brillante como manto de plata, acullá opaca como humo de incendio, tomando sus formas de los caprichos del viento.

Gastón con la vista fija en el abismo, contemplaba absorto aquel continuado mudar de los blanquecinos vapores, en los que su imaginación perturbada hallaba mágicas figuras y majestuosas imágenes. Sus ojos veían guerreros de diferentes trajes y edades que le saludaban; eran los héroes sus abuelos, eran los famosos eus-

kaldunes que le animaban al combate, y que sin duda, le aclamaban como futuro vencedor. Entre ellos descollaba, iluminada por los esplendentes rayos de la gloria, la altiva y varonil figura de Otsoa, primer señor de Belzunze, que apoyaba la enguantada mano en la tizona de Fernán-González, y parecía decir: «este es el premio de las hazañas portentosas.»

Gastón sentía dentro de su pecho el rudo golpear de los latidos de un corazón de león; fascinado por la contemplación de aquellos aparecidos, aspiraba con delicias las primeras ráfagas del huracán. Mientras, las nieblas, agitadas por el viento, tomaban múltiples colosales formas, iluminadas ó sombrías, según las nubes velaban ó dejaban limpio el plateado disco de la luna. Aquel combate de la luz y las sombras, le parecía á Gastón el combate de su raza contra sus múltiples enemigos. Llegó un momento en que la luna espléndida brilló en todo su apogeo, libre completamente su faz de oscurecedores vapores, y bri-

llaron con ella las verdes copas de los árboles, y las peladas rocas, y los tersos ríos, y sobre todo, las nieblas de los remotos valles, de las escondidas hondonadas y de las tenebrosas cimas. Y entonces aquel niño, héroe ya, cayó de rodillas, y fijando los ojos en el cielo exclamó:

—Dios santo, con tu ayuda, yo salvaré el país basko!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras y retirarse á la *chaola*, se vió envuelta en densa nube la montaña; todos los objetos desaparecieron de la vista en un instante; el viento se convirtió en huracán; silbó en las estrechas gargantas de los montes, mugió entre las ramas de los árboles, rugió al barrer la espantada faz de las llanuras; los rayos desgarraron las nubes, y los truenos agitaron todos los ecos del Pirineo. Y á pesar de aquel estrépito, ó mejor dicho, dominándolo, se dejaba oír un grito prolongado y estridente, ora triste, ora rabioso, que parecía brotar de las entrañas mismas de la montaña.

—La hidra de Larramendi!—exclamó Ojer santiguándose y palideciendo.

—Sí—contestó Gastón; y alzando la voz como si quisiera ser oído fuera de la *chaola*, añadió:—Aulla monstruo ahora, que mañana yo ahogaré en sangre tu voz horrenda.

III

Apenas comenzó á clarear el día, Gastón se despertó del sueño, que ya muy entrada la noche le había vuelto á coger, y asomó la cabeza por la puerta de la *chaola*. El cielo continuaba cubierto de nubes, pero la niebla solamente ocultaba algunos elevados picachos de los montes.

—Vámonos, Ojer,—dijo Gastón sacudiendo vivamente á su dormido escudero.

Este abrió los ojos y se incorporó diciendo:

—Señor, volvamos al castillo; contentos nos podemos ver de que haya transcurrido la noche sin novedad; no tentemos la paciencia de Dios.

Gastón se encogió de hombros, y lanzándole una mirada despreciativa, preguntó:

—¿Sabes si se puede andar á caballo por este monte?

—Aquí no hay más remedio que andar á pie.

—En marcha, pues.

Ojer suspiró tristemente y siguió á su amo, mostrando en su empalidecido rostro el gran temor que le cohibía el ánimo.

Momentos después amo y criado, precedidos del fidelísimo Arín, se internaban por un tupido bosque de hayas, cuyo suelo á la sazón estaba convertido en verdadero lodazal.

El terreno era sumamente quebrado y pendiente, así es que á pesar del frío amanecer, Gastón y Ojer sudaban.

De pronto, el perro que iba brincando delante, se detuvo, y después de olfatear, comenzó á escarbar la tierra; Gastón se aproximó, y vió, medio ocultos por el barro, restos de un cuerpo humano.

—Dios mío, dadme fuerza, prestadme auxilio,—murmuró el joven levantando los ojos al cielo.

Y prosiguió su camino.

Al fin de mucho andar, llegaron al límite de aquel extenso bosque. Arín que siempre iba delante volvió á detenerse, ladrando furiosamente, pero sin avanzar un sólo paso, antes bien permaneció inmóvil, agazapado sobre las patas traseras y las delanteras tendidas y fijas como dos barras de hierro.

Gastón dió unos cuantos pasos y salió fuera del bosque. En frente la montaña hundía en las nubes sus pelados riscos, cuyo color parduzco resaltaba sobre el fondo de otras montañas cubiertas de espesos hayales y robledales, que se amontonaban por todas partes y formaban á mano izquierda una angosta cañada, por cuyo fondo corría un rápido y caudaloso torrente. La montaña de Larramendi estaba cortada á pico en toda la parte lamida por el torrente, sin que una mata de hierba ni un ar-

busto ocuparan un punto de aquella descarnada vertiente. A pocas varas del abismo aparecía en la peña una gran abertura lóbrega y siniestra: aquella era, sin duda, la caverna del Dragón.

Gastón se santiguó y se acercó á la caverna; Arin temblaba y continuaba ladrando sin moverse de su sitio; Ojer se mesaba los cabellos, presa de la desesperación.

El joven se aseguró de que la espada salía fácilmente de la vaina, sacó una flecha de la aljaba y preparó el arco; en seguida cogió unas piedras del suelo y las lanzó con toda su fuerza adentro de la caverna, haciendo resonar al mismo tiempo un agudo y prolongado *irrintz*.

De dentro de la cueva respondiòle un rugido espantoso, manifestación de cólera y ferocidad inauditas, y de entre las sombras surgió el monstruo, el gigante bestial é implacable, con las fauces abiertas y manchadas de pestilente baba; la lengua, aguda como un puñal, colgante; los ojos inyec-

tados de sangre, azotando el suelo con su cola cubierta de córneas y resonantes escamas, arrastrando sobre cuatro patas, armadas de retorcidas y cortantes uñas, su enorme cuerpo, acorazado como el de los galápagos, dentado en todo lo largo del dorso como una sierra, de color verdoso oscuro y salpicado de manchas negras.

Ojer, loco de miedo, volvió las espaldas y se lanzó á todo correr monte abajo; el perro, más fiel que el hombre, se acercó resueltamente á su amo; Gastón tendió el arco, vibró la cuerda y partió la flecha silbando, pero para embotarse en las impenetrables escamas de la fiera; entonces sacó Gastón la espada y dobló una rodilla en tierra, á fin de herirle en el vientre, única parte del cuerpo desprovista de armadura. El Dragón se acercó al mancebo y se alzó sobre las patas traseras para caer con incontrastable fuerza sobre su víctima, lanzando violentos resoplidos; Gastón sintió en su rostro el cálido y

nauseabundo aliento de la alimaña, y al ver aquella enorme masa oscilando sobre sí en el espacio, se consideró irremisiblemente perdido. «Pobre abuelo», exclamó, pero la idea de su deber le sostuvo, y sin pérdida de tiempo, extendió su cuerpo, se apoyó sobre la mano izquierda, y con la derecha hundió en el amarillento vientre del Dragon la espada hasta la empuñadura.

El monstruo se tambaleó breves instantes, atronando el espacio con feroces aullidos de dolor; por la ancha herida, caían á tierra, empapadas en sangre, sus entrañas; Gastón comprendió perfectamente el inminente peligro que corría, y no era otro, sino que el pesado cuerpo se desplomase sobre el suyo: quiso esquivar el golpe, pero no tuvo tiempo suficiente para ello, pues una de las patas del dragón en su rápido desplome le pegó con tal fuerza en el dorso, que le rompió la columna vertebral.

El pobre Gastón quedó muerto sin exhalar un quejido. El Dragón en las

convulsiones de su rabiosa agonía, rodó por el abrupto despeñadero, abismándose en las espumosas aguas del torrente.

IV.

LOS QUE EN LA TIERRA SE AMAN, EN EL CIELO SE REUNEN

La mañana en que Gastón salió del castillo para realizar su noble y desgraciada empresa, Mosen Pierres se levantó de la cama á la hora acostumbrada de invierno y verano, es decir, á la siete.

A la misma hora acostumbraba casi diariamente entrar Gastón á darle los buenos días; y hemos dicho casi diariamente, porque esta respetuosa costumbre sufría incumplimiento en las raras ocasiones que Gastón tenía pendiente con sus amigos alguna carcería por la madrugada.

Mucho le sorprendió á Mosen Pierres que aquel día dejara de presentarse Gastón, porque ni remotamente podían ocurrírsele los proyectos de su nieto, ni por otra parte sabía que hubiese pendiente partida alguna de caza, poco propia de la estación, y además imprudente por las terribles circunstancias que atravesaba el país; así es, que, apenas entró en la gran sala del castillo que servía de comedor, preguntó á uno de los criados:

—¿Dónde anda Gastón?

—Señor, le respondió éste,—vuestro nieto ha debido salir del castillo muy temprano, porque para cuando se ha levantado Arnaut, que es el ma-drugador de la casa, ya no estaba aquí.

Mosen Pierres pegó una patada en el suelo y exclamó colérico:

—¡Qué imprudencia! ¿Y se ha ido solo el chicuelo?

—No, Señor, con Ojer.

No contestó una palabra el anciano, y se puso á pasear por todo lo largo del salón, dejando ver en su fisono-

mía contraída y nerviosos movimientos la gran cólera que le removía el pecho.

Aquella mañana los criados tuvieron que aguantar muchas impertinencias al noble castellano, que parecía buscar pretextos para exhalar su creciente mal humor.

A las doce se sentó á la mesa, aquel día muy bien guarnecida de gentes; comían todos los refugiados, que no eran pocos.

El Abad del castillo, hombre bonachón y de suyo jovial, que no podía contemplar caras tristes sin que intentase dar algún consuelo, le dijo:

—Vamos, Señor, no os incomodéis por tan poco; cierto es que el mancebo no ha pecado de prudente al salir del castillo, ahora que todo el mundo se refugia en seguro; pero al fin y al cabo su acción no pasa de ser falta leve, hija de la irreflexión propia de su edad; á estas horas estará comiendo tranquilamente, á buen seguro, sin caer en la cuenta del disgusto que os

proporciona, en compañía de sus primos.

—¿Y por qué decís eso?

—Porque antes de ayer le oí decir que tenía intención de visitar uno de estos días el castillo de Ezpeleta.

Todos los congregados apoyaron las palabras del Abad, deseando hacer cesar aquella situación violenta, pues tampoco concedían importancia á la ausencia de Gastón; el buen anciano, que por otra parte nada deseaba más sino encontrar un motivo plausible para explicársela, se tranquilizó bastante y comió con buen apetito, aunque menos que de costumbre.

Pero conforme se iba acercando la noche, iban reproduciéndose, asimismo, sus inquietudes, y cerca ya de oscuro, no pudiéndolas dominar, dió orden á Ustarroz de que montase á caballo y fuese á Ezpeleta, con objeto de traer noticias seguras y positivas de Gastón.

Cuatro horas después regresaba el

Roncalés, calado hasta los huesos, pues había tenido que caminar durante la tormenta, con la cara triste y preocupada. Al anciano le bastó verla para adivinar las malas noticias que traía.

—No está, verdad?—preguntó con voz sorda.

—No, Señor, no está,—repitió Ustarroz, sin atreverse á levantar los ojos.

El anciano nada contestó, y se metió en su cuarto; las personas que dormían en las habitaciones inferiores, toda la noche estuvieron oyendo su paso agitado.

El día siguiente fué muy triste en el castillo de Belzunze; hasta las personas menos aprensivas experimentaban inquietud; en cuanto al anciano, no se le oyó decir ni una palabra siquiera; la mayor parte del día lo pasó asomado á una ventana, contemplando la campiña.

La mañana del tercer día el abuelo bajó muy temprano al gran salón, con ánimo de organizar una pesquisa ge-

neral en los contornos; al poco rato y cuando la gente del castillo estaba ya de pie, sonaron en la puerta principal algunos golpes fuertes y precipitados.

Varias personas gritaron «ahí está, ahí está,» y se adelantaron á abrir. El anciano se puso pálido como un muerto. Momentos después penetraba Ojer en el salón, desencajado, con los vestidos hechos girones y manchados de lodo.

—Sólo?—preguntó el anciano con voz de trueno.

El escudero se puso á temblar como las hojas del árbol sacudido por el viento, y cruzando las manos y cayendo de rodillas exclamó:

—Perdón, Señor..... tuve miedo..... salió un monstruo..... estábamos solos..... no me pude contener..... el corazón se me saltaba del pecho.....

—¿Pero qué dices, desdichado, qué hablas, qué palabras son esas, que me dejan adivinar desgracias hasta aquí inconcebibles? ¿Por qué tartamudeas?

—Señor, perdón..... ya lo veis.....

lanzó un ruido que aún no han oído otro igual los humanos.....

—Me estás haciendo perder la paciencia con tus lamentos. ¡Fuego de Dios! ¿Dónde está tu amo, dónde está mi nieto?

—Se quedó en la montaña, luchando con el monstruo..... y yo.....

—¡Ah! tú huiste,—exclamó Mosen Pierres, dando un grito estridente;—tú pusiste tu innoble piel en salvo, y lo dejaste allá sólo, sólo á un pobre niño..... ¡Infame! ¿y te atreves á ponerte delante de mis ojos? ¿te atreves á implorar mi compasión? ¡Oh! si tuviera fuerzas te despedazaría con mis manos!

El anciano se acercó á Ojer, terrible, á pesar de su impotencia. Ojer dobló su cuerpo hasta poner la frente en tierra, y gritó con acento desgarrador:

—Matadme, Señor, soy indigno de vivir.

El anciano desenvainó la espada, é iba con ella á atravesar el cuerpo del

cobarde escudero, cuando el Abad le agarró del brazo, diciéndole:

—Señor, desde cuándo en las tierras de Belzunze se mata á los hombres sin confesión?

El anciano quedó inmóvil al oír estas palabras, y arrojó lejos de sí la espada. En seguida se encaró con Ojer y le dijo:

—Habla tú; quiero saberlo todo.

El escudero, con mal segura voz, contó lo que ya saben nuestros lectores. Cuando hubo terminado, el anciano se volvió hacia sus criados y les dijo:

—Quitádmelo de enfrente; dadle de palos hasta que muera. Padre, id á cuidar de su alma.

Ojer fué sacado de la estancia entre cuatro hombres, acompañándole el Abad; todos los circunstantes estaban aterrados.

—Ustarroz,—dijo el anciano lanzándole una ardiente mirada,—el niño nos ha dado lecciones de valor. Vámonos en su busca; corramos á vengarle.

—Vamos, Señor,—replicó con aire resuelto el Roncalés que estaba rojo de vergüenza.

Nadie más se movió; Mosen Pierres se encontró en el dintel de la puerta, acompañado de Ustarroz.

—Ah!—exclamó--tenéis miedo? No importa, ya que los hombres no sirven para nada, los viejos y los niños darán ejemplo. Adios; rogad por vuestros amos.

Mas la lealtad de los servidores venció al temor y todos gritaron:

—Vamos, Señor, moriremos juntos.

Bajaron al patio, prepararon los caballos y las armas y se animaron mutuamente. Cuando todo estaba dispuesto, Mosen Pierres puso el pie en el estribo, pero no tuvo fuerzas para montar; le ayudaron, echó el caballo á andar al paso, y el anciano, decrepito, por poco rodó á tierra: su espíritu era grande, sus fuerzas nulas. Desmontado del caballo por los servidores, el anciano se sentó y se echó á llorar diciendo:

—No sirvo para nada..... pobre,

pobre Gastón, pobre niño de mi alma!

Aquel dolor era inmenso y á todos conmovia; pero Ustarroz no quiso perder tiempo, y después de saludar con afectuoso respeto al desgraciado anciano, se marchó afuera seguido de su gente, dejándole rodeado de varias mujeres y de dos ó tres escuderos.

Aquellas buenas mujeres intentaron conducir al anciano á su aposento, pero en balde; de aquel sitio no se quería mover.

—Véis estas lágrimas?—decía—pues son las primeras de mi vida; aun mis ojos no sabían lo que era llorar; pobre, pobre Gastón!

Y se mesaba la lengua barba y blancos cabellos.

Después de una pausa continuó diciendo:

—Dios mío, estos dolores no son para los viejos como yo. Crees que no basta la ancianidad para acabar con la vida de los hombres? qué daños te he causado para que me arre-

bates mi consuelo? qué falta te hacía ese pobre niño? no tienes bastantes ángeles en el cielo, que aun les robas á los ancianos los que viven en el mundo, poniendo un poco de luz en la noche de sus años? por qué respetas al roble centenario, y al tierno arbolillo lo cortas por el pie?

En aquel momento uno de los servidores que habían sacado preso á Ojer, se acercó á Mosen Pierres y le dijo:

—Señor, ya ha muerto.

El anciano ni remotamente se acordaba de su anterior sentencia, primer acto cruel de su vida, dictada á impulsos de gran dolor; así es que al oír «ha muerto,» como no tenía pensamientos mas que para su nieto, creyó naturalmente que á él se refería la infausta nueva, y al oirla, se levantó de su asiento lanzando grandes alaridos.

—Yo, yo su asesino..... yo tengo la culpa..... yo le he privado de la vida..... yo durante diez años he estado sugestionando su imaginación para

hacerle héroe..... Imbécil de mí, qué importa el heroísmo, qué vale la fama, qué representa el valor? Devolvedme á mi nieto, á mi dulce nieto, á mi idolatrado Gastón, aunque viva oscuramente, aunque tiemble, como las mujeres, cuando vea el resplandor de la espada..... la vida es el supremo bien.

Trabajo les costó á los circunstantes hacer comprender á quién se referían las palabras del escudero; el anciano había recibido un rudo golpe, y la verdad de los hechos únicamente consiguió acallar sus clamores, pero sin enjugar sus lágrimas, y encerrarle en un silencio, si cabe, todavía más aterrador.

A la tarde llegó al castillo uno de los hombres que salieron con Ustarroz, trayendo la noticia de que las aguas del río habían arrastrado el cadáver del Dragón hasta cerca de Biddarrain.

Oirse esta noticia, y resonar una inmensa aclamación, todo fué uno; eran los fugitivos que con aquella noticia

veían llegado el momento de regresar sin miedo á sus hogares; pero, en honor de la verdad y de aquellos honrados montañeses, también debemos decir que en aquella explosión de alegría, entraba, y por mucho, la idea de que Gastón no había muerto. Asimismo la noticia causó buena impresión en el ánimo de Mosen Pierres, que abrió su corazón á la esperanza; y debido á la noticia y al gran cansancio que le dominaba, durmió algo aquella noche.

Antes de rayar el alba, Mosen Pierres y demás moradores del castillo estaban de pie muchos de los refugiados abandonaron en seguida el castillo, deseosos, unos, de saber noticias; otros, de volver á sus casas, y otros, de ir á recibir á Gastón.

El día trascurrió lento para aquella inmensa angustiosa impaciencia que palpitaba entre las piedras del castillo; en el cielo, durante todo el día se fueron amontonando nubes, y al anochecer quedó completamente cubierto de negros vapores: parecía de luto.

Mosen Pierres, acompañado del Abad, estaba sentado en el banco de la puerta, desde donde días pasados él y Gastón vieron llegar á los fugitivos; ni uno ni otro hablaban. De pronto, el viento les trajo confuso sonido de voces humanas y de cánticos.

—Ahí, ahí viene Gastón, exclamó anhelante el anciano; digo que viene!.. quién sabe, tal vez me lo traen.

Y rompió á llorar.

Poco á poco se fué acercando el sonido y creciendo; lo que era al principio un débil murmullo tenue como el jugueteo del aire entre las flores, retumbó más tarde como el violento chocar de las olas contra las peñas; parecía la voz de la naturaleza entonando la plegaria de los mundos y narrando la misericordia infinita de Dios. Aquel cántico, triste como la noche, era un canto funeral.

Y al poco rato aparecieron numerosísimas antorchas oscilando en la oscuridad, fantástica procesión de claridades en las tinieblas, serpiente de fuego de mal unidos anillos; y á su

resplandor incierto se distinguieron un grupo de ginetes con la cabeza descubierta precedido por Ustarroz, y detrás ocho robustos montañeses que llevaban sobre unas parihuelas un cuerpo muerto, cubierto de flores y de hojas, y detrás varios sacerdotes con cruces, y el triste Arín ladrando lúgubrementemente, é inmenso tropel de gente de todas edades, cantando los hombres y gimiendo las mujeres, eco religioso y compasivo de la tierra euskara.

Mosen Pierres se aproximó tambaleándose á las parihuelas; en presencia del anciano todo el mundo calló; tan sólo se escuchaba el lastimero ladrado de Arín; el anciano, blanco como un espectro, levantó el lienzo que cubría el rostro de Gastón, marcado con el horrible sello de la muerte, y lanzó uu gemido sordo, cayendo de rodillas.

—¡Muerto, muerto—murmuró con estupor, —muerto!

Y elevando la cabeza hacia el cielo,

dijo con voz trémula:—Ya voy, querido mío.

Y cayó desplomado. Varias personas acudieron en su auxilio; Mosen Pierres había dejado de existir. (1)

(Pamplona 6 de Febrero de 1879).

~~~~~

---

(1) La ciudad de Bayona, queriendo mostrar su agradecimiento á la memorable hazaña del joven Gastón de Belzunze, regaló á su heredero unos terrenos en San Pedro de Irube, para que edificase en ellos su casa, y el buen rey Carlos el Noble le concedió el derecho de llevar en uno de los cuarteles de su escudo un Dragón de tres cabezas, que aún hoy ostentan sus ilustres descendientes. La piel del monstruo muerto por Gastón se conservó según cuentan, hasta fines del siglo pasado en la Catedral de Bayona, de donde desapareció en la época de la Revolución.



---

## EL CORONEL VILLALBA

---

(TRADICIÓN NABARRA) <sup>(1)</sup>

Es la tarde de un caluroso día de  
Agosto de 1516.

(1) Esta leyenda es una página arrancada á la historia de la invasión castellana; todos los elementos constan en la historia; la quema de aldeas, el arrasamiento de fortalezas, el proyecto de llevar los habitantes de Nabarra á Andalucía, la muerte desastrosa y casi sobrenatural de Villalba constan allí; la blasfemia del coronel castellano fué proferida contra San Miguel, pero en las confusas tradiciones que aún hoy quedan acerca del suceso en el pueblo de Estella, se cree que fué dirigida contra la Virgen del Puy, á causa sin duda de la gran veneración que se le profesa. Mío, pues, no hay aquí más que la parte *esterna*, la *mise en scene*, el agrupamiento de los hechos y los personajes de Luz, Baquedano, fray Alonso de Leiza y compañeros de Villalba. Esto lo digo, para que no se crea que calumnio á nadie é invento hechos tan tristes como los que forman el asunto de la leyenda; fué tan infame el proceder del extranjero en aquellos tiempos, que no hay que inventar nada para hacerlo aborrecible.

El coronel Villalba, seguido de doscientas lanzas, baja las ásperas vertientes del valle de Yerri con dirección á Estella.

Villalba es hombre de cincuenta años, de color moreno cetrino, ojos negros y ardientes, barba rala, cara larga y huesosa. En sus labios delgados y descoloridos aparece perpétuamente una sonrisa que hiela, porque es de aquellas que sólo se muestran en fisonomías viles ante los grandes infortunios.

A su lado cabalgaba otro castellano, Pedro Hernández, que es para Villalba lo que este para el duque de Nájera, virrey de Navarra, un lacayo sin entrañas.

Todos aquellos hombres avanzan silenciosos; no se oyen cantos ni carcajadas; la varonil alegría de los campamentos falta entre sus filas. Es que no son soldados; son verdugos.

El cielo se muestra cargado de negros nubarrones, especialmente en dirección á la sierra; un pálido rayo de sol ilumina la pelada cumbre de

Monte-Jurra. Hacia el Norte se alzan inmensas espirales de humo con lentitud trágica: son las aldeas de Arizaleta, Iruñela, Riezu, Arizala, Azcona y Eraul que están ardiendo. Villalba avanza dejando las huellas de Atila.

Cuando los castellanos penetraron en Zábal, los habitantes habían huído. Villalba se volvió hacia un soldado y le dijo fríamente:

—La tempestad se acerca; quemadme el pueblo antes que el agua del cielo pueda apagar el incendio. Sería lástima que cuando los habitantes volviesen de su paseo se encontrasen con que aún tenían casas.

Los soldados no tardaron en cumplir las órdenes de su jefe, incendiando varias casas, la mayor parte de tablas, en los cuatro lados del pueblo.

—Qué buena es la madera de Nabarra!—decía riéndose Villalba—qué bien arde!

En el mismo momento que los incendiarios iban á salir del pueblo, en la puerta de una de las casas entregadas á las llamas apareció un

hombre viejo, riéndose á carcajadas. Varios soldados le apuntaron con sus mosquetes.

—Alto,—gritó Villalba—es un hombre que se alegra del daño de su país: que viva.

Los soldados acogieron con aplauso estas palabras de su jefe. Mientras, el viejecito se iba acercando, sin dejar la risa. Sus miradas privadas de expresión indicaban que era idiota. Con la montera en la mano izquierda saludaba lleno de entusiasmo.

—¡Viva Erregue, viva Erregue!

—Pero cuál?—le preguntó Hernández—¿el vuestro ó el nuestro?

El anciano se calló, fijando los ojos en el castellano.

—No me entiendes, eh, ¡voto al diablo! —añadió Hernández—grita conmigo ¡viva Castilla! ¡Abajo Labrit!

El viejecito continuó callado.

—Grita,—exclamó Hernández—grita, ¡viva Castilla! ¡Muera Labrit!

En la mirada del anciano brilló un reflejo de razón, y agitando con vio-

lencia la montera y dando brincos, exclamó:

—Ez, ez; aurrera, Napartarrak, aurrera.....

Pero no pudo terminar; la lanza de Hernández le taladró la garganta y cayó bañado en sangre.

Momentos después, en medio de la desierta calle de Zabal quedaba el cuerpo del anciano asesinado.

La atmósfera se ponía cada vez más sofocante; la tierra despedía un calor denso como el que exhala una plancha de hierro candente; hacia los montes de la Amézcoa algunos relámpagos desgarraban de vez en cuando las nubes iluminando con su cárdeno serpiente la lobreguez del cielo.

De pronto resonó un extruendo inmenso; era que el huracán se desencadenaba tronchando árboles, levantando espesas masas de polvo, que se parecían en sus rápidos torbellinos á un ejército de fantasmas huyendo á favor de la noche.

—Es imposible llegar á Estella,—dijo Villalba—; el nublado nos impedi-

rá avanzar. Al menos tenemos la suerte de estar cerca del castillo de Eguiarte; le pediremos hospitalidad á ese viejo rebelde de D. Tristán de Baquedano, y mañana le ahorcaremos en el roble más alto de su parque.

Momentos después Villalba y sus gentes echaban pie á tierra delante del castillo, sobre cuya puerta principal se veía un gran escudo de piedra cubierto con crespón negro.

—Si hoy llevas luto por tu rey narro, mañana llevarás luto por tu amo,—murmuró entre dientes Hernández, mostrando el puño á las altivas almenas del castillo.

Al oír el ruido de los caballos, el mayordomo se presentó en el dintel de la puerta.

—Necesito enseguida raciones para doscientos hombres y otros tantos caballos; colocad donde mejor os parezca, pero bajo techo, á mi gente, y á mí y á mis capitanes llevadnos á donde está Baquedano.

—Señor, lo último es imposible; mi amo vive retirado desde la muerte de

sus dos hijos y no vé á nadie, ni siquiera á sus parientes.

—Cuando yo mando es para que se obedezca,—replicó Villalba con voz dura—; haz lo que te digo ó te mando matar como un perro.

El mayordomo bajó la cabeza y dijo:

—Seguidme, señor, contra la fuerza no hay razones.

Y el mayordomo hizo penetrar á Villalba y sus capitanes en un salón adornado con trofeos de armas, en cuyo centro se veía una mesa, á la cual estaban sentados un caballero anciano, vestido de luto, un monje clunicense de Irache, muy viejo también, y una hermosa niña de quince años, vestida de luto como el caballero.

Este se puso de pié al ver entrar á los reciénvenidos.

—Esta noche tenía intención de dormir en Estella,—dijo Villalba—pero la maldita tormenta se nos ha echado encima, y me veo precisado á pedir os hospitalidad. Ya sé que me la concederéis con gusto; el señor de Eguiarte

es muy amigo de los castellanos, según cuenta la fama.

Don Tristán de Baquedano se mordió los labios, como si quisiera cerrar el paso á algunas amargas palabras que pugnaran por salir de su boca, y con la cabeza mostró la puerta á su hija Luz.

—Oh! que no se vaya la niña,—añadió Villalba—después de una caminata de ocho leguas por entre bosques y barrancos, la contemplación de un rostro hermoso es lo menos que pueden pedir los hombres de guerra.

Don Tristán repitió el mismo expresivo gesto.

—Voto á Cristo,—gritó Villalba colérico—he dicho que la niña no se marcha.

—Soy su padre—dijo con dignidad D. Tristán.

—Pero qué, —replicó Villalba, soltando una carcajada insultante—creéis que esta noche mandáis en vuestra casa?

Las venas de la frente de D. Tristán se hincharon como si fueran á esta-



llar; llevó la mano á la empuñadura de la espada y en sus ojos brilló la llama de la rabia. Pero enseguida, agoviado sin duda con la idea de la impotencia, inclinó la noble cabeza sobre el pecho.

Oh alma agusta de Nabarral cómo debiste sufrir entonces!

La pobre niña, llorando, se refugió al lado de su padre, y entonces, parecía paloma moribunda al pié de un roble destrozado por el rayo.

Los castellanos se agruparon en torno de la mesa; cuando les sirvieron la cena comenzaron á beber copiosamente, como si quisieran excitar con el vino todas las malas pasiones de sus pechos.

—Gran jornada ha sido la de hoy, —dijo el capitán Fulgosio—catorce aldeas quemadas y las murallas de Puente la Reina destruídas. Se me figura que el cardenal Cisneros estará contento de nosotros.

—No hay que hacerse ilusiones, —replicó Hernández— estos nabarros

son tercos y duros, y la dulzura no sirve de nada para con ellos.

—Tenéis razón,—exclamó el capitán Villaseca—¿no llevan cadenas en el escudo? Pues pongámoselas en los pies y en las manos.

Todos los castellanos aplaudieron estas palabras.

—Además, es preciso hacer un escarmiento,—añadió Fulgosio—; de lo contrario todo lo perdemos y el ejemplo de la marquesa de Felces en su castillo de Marcilla, encontraría muchos imitadores. ¿No os parece, coronel?

—Tenéis más razón que un santo,—contestó Villalba—yo os juro que dentro de diez días no quedará una sola fortaleza en Navarra: todas serán arrasadas. Respecto á los habitantes, el Consejo de Castilla tiene una gran idea.

—¿Cuál es?—preguntaron todos gritando.

—La de hacerlos llevar á Andalucía; son tan bárbaros los nabarros,

que únicamente pueden estar bien cerca de los moros.

Numerosas carcajadas de aprobación acogieron estas palabras.

—Mañana es el aniversario del combate de Isaba—dijo Villaseca.

—Es verdad,—contestó Hernández,—¡aquel sí que fué gran día! ¡Cuántos rebeldes murieron á nuestras manos!

—Me acuerdo—dijo Villalba volviéndose hacia D. Tristán—que entre los muertos se contaron dos jóvenes que llevaban el apellido de Baquedano é iban en la escolta del Mariscal de Nabarra. ¿Eran acaso parientes vuestros?

Al escuchar estas palabras el noble anciano se puso de pié y llorando exclamó:

—¡Infames! Nada hay sagrado para vosotros, ni la agonía de un pueblo, ni el dolor de un padre. Sois vencedores, pero no á la manera de los magnánimos que imponen respeto, sino de los viles que encienden la indignación. A veces Dios se vela la faz

y consiente el triunfo de los perversos. Os aborrezco.

—Silencio, viejo,—gritó Hernández—y con su mano mercenaria y cobarde azotó la mejilla de Baquedano, poblada de canas.

El pobre viejo cayó á tierra: Luz, loca de dolor, se arrodilló lanzando profundos quejidos.

Entonces el monje de Irache se acercó á la ventana, y extendiendo sus brazos hacia el negro espacio, exclamó:

—¡Santa Virgen del Puy, ten compasión de nosotros, ten compasión de Nabarra!

La lluvia caía á torrentes; el trueno retumbaba entre las apretadas gargantas de Andia y Urbasa: los relámpagos iluminaban de cuando en cuando toda la campiña con sus lívidos reflejos.

El monje, puestas las manos en cruz y con acento acongojado, volviendo el rostro hacia el monte, cuya cima ocupa la ermita de la venerada imagen, continuó:

—Reina del cielo, aplaca los rencores en el corazón de este pueblo; cubre con tu manto sus funestas discordias: ayudanos á arrojar al extranjero.

Villalba, frenético, se abalanzó á la ventana, y gritó amenazando con sus puños á la ermita, perfectamente visible á la luz de los relámpagos.

—Juro á Dios, que aunque estás alta, Virgen de los rebeldes, mañana te haré yo bajar á tierra, y atada á la cola de mi caballo te arrastraré por las calles de Estella.

Apenas acababa de pronunciar esta blasfemia, rasgáronse las nubes con el rayo, resonó un espantoso trueno, y varios árboles cercanos, heridos por la exhalación, comenzaron á arder.

No hubo hombre en aquella reunión de capitanes valerosísimos, que no temblara. En cuanto á Villalba, desencajado, con los ojos inyectados de sangre y fijos en el incendio, la frente cubierta de sudor frío, la boca espumosa y los cabellos erizados, parecía haber perdido completamente el sentimiento del mundo exterior.

—Aparta... aparta...—murmuró con voz ahogada—demasiado la veo... sus ojos irritados me anonadan... brilla pura é incandescente entre las llamas... ¡ay! ese fuego me quema la sangre... la mirada de esa Virgen corta como una espada... socorro... socorro... yo me ahogo... me muero... socorro... capitanes, defended á vuestro coronel.

Y el miserable rodó por el suelo aullando como lobo herido.

Los capitanes le rodearon; Fulgoso le sostuvo la cabeza mientras Hernández le hacía beber un poco de vino para reanimarle. Villalba abrió los ojos, y con expresión de terror indecible, exclamó, tendiendo sus manos temblorosas hacia el monje:

—Padre, dadme la absolución; de lo contrario, ese fuego que ahí arde me quemará eternamente. Mi alma está negra de crímenes é infamias... tengo miedo... mucho miedo... ¡por Dios! la absolución, que me estoy muriendo.

El monje, con los brazos cruzados

sobre el pecho, contemplaba con mirada implacable la horrible máscara que el terror y la muerte habían puesto en el rostro de Villalba.

—¿No me oyes, fraile infame?—prosiguió sollozando—la absolución pronto, pronto, y te daré riquezas sin cuento... la absolución ó te mandaré matar.

Y el omnipotente azote de Nabarra rompió á llorar como un niño.

—Padre, padre, la absolución—exclamaron los capitanes suplicando.

El monje pareció vacilar; la compasión, la compasión alteró su rostro hasta entonces inmóvil, de rigidez marmórea; pero fué pasajero el movimiento compasivo, é instantáneamente recobró su fisonomía inexorable.

—No,—contestó con voz implacable y lúgubre, como el bronce que dobla á muerto;—que se hunda en los infiernos tu alma execrable!

—Cometes un crimen espantoso!—exclamó Fulgosio.

El monje salió del salón tambaleándose; al verle desaparecer por el din-

tel de la puerta, Villalba lanzó un alarido y quedó inmóvil.

Había muerto.

.....  
Pocos meses después, en la sierra de Aralar, vivía un anacoreta, cargado de cadenas, renovando las asperísimas penitencias de D. Teodosio de Goñi, el parricida involuntario. Dicho anacoreta era el monje de Irache fray Alonso de Leiza.

*(Pamplona Noviembre de 1879).*




---

---

## LOS HERMANOS GAMIO

---

A mi respetable y distinguido amigo D. Fidel de Sagarminaga

---

### I.

Triste está el caserío de Fayatz con sus puertas desvencijadas, su tejado lleno de grietas, sus paredes cubiertas de oscura yedra y su puerta convertida en cascajal, donde crecen hortigas y serpean víboras; pero aun más triste se muestra la *echeko-andre*, junto al hogar, cuyas escasas llamas iluminan las lágrimas que ruedan lentamente por sus mejillas.

La puerta de la cocina se abre y por ella penetra una hermosa muchacha de diez y ocho años, con un fajo de ramas secas sobre la cabeza.

La andre (1) sonríe suavemente y dice:

—Siempre tan hacendosa! Qué buena eres, hija mía.

—He visto que escaseaba la leña y he salido al monte á recoger un poco. Mañana es domingo; no se puede trabajar.

—Has visto algo?

—Nada, andria. Desde las once callaron los cañonazos, según dicen los pastores.

—Dios auxilie á los buenos.

—Así sea. Pero quiénes lo son?

—Lo ignoro, hija mía, y una de las mayores miserias del tiempo corriente, es no saber quién tiene razón. Los nabarros han perdido el seso; unos andan con los castellanos..... otros con los franceses: todos con extranjeros. Mientras, el país se arruina. Esto es lo único que veo claro. Ay! si sólo se perdiese dinero! Pero los hijos que se mueren, cómo resucitarlos? Y á los que quedan impedidos, como tus her-

---

(1) *Andre* «señora,» *andria* «la señora,» *«heko-andria* «la señora de casa.»

manos Pello y Machín, quién les volverá las piernas y brazos que perdieron? Y el odio insensato y criminal, que sobrevive á tanta catástrofe, quién lo apagará? A veces, me parece que lo que tú y yo llevamos hasta ahora sufrido, es poca cosa; un presentimiento me delata males mayores. Me espanta la conclusión del sitio de Amayur (1).

—También á mí me infunde miedo. Machín y Pello cada día se vuelven más vehementes y reñidores.

La andre se acercó á la ventana, y dijo después de una pausa:

—Es ya tarde. La niebla comienza á ocultar la cumbre de Mendaur. Vamos á la puerta á esperar á esos infelices.

Madre é hija se sentaron á la puerta del caserío sobre unos derruídos escalones de piedra. El cielo estaba cubierto; la bruma borraba rápidamente los perfiles de las montañas, substituyendo graníticas moles por informes vapores; el viento silbaba en los robledales.

---

(1) Nombre oficial castellanizado, Maya.

Al poco rato sonaron pasos precipitados y apareció un hombre entre los árboles.

—Es Pello—dijo Ana.

—Albricas, madre, albricias,—gritó el recién venido con voz alegre.—Somos vencedores. Cayó, por fin, ese nido de agramonteses en poder de los imperiales. Belaz de Medrano preso, su hijo, herido; Jassu, preso, igualmente; Ezpeleta, Donamaría, Zolina, muertos. ¡Nabarra por el Rey Carlos! Pero qué es eso, andria, lloras? Eres agramontesa? eres partidaria del borracho Enrique de Labrit y sus cobardes franchutes?

—Qué me importan á mi Labrit y Gante! Lloro porque no puedo compartir tu alegría en el triunfo de una causa que vertió tu sangre; lloro porque el motivo de júbilo para tí, será de desesperación para tu hermano, tan valiente y desinteresado como tú... Ante una madre, las opiniones de sus hijos son iguales.

—No estoy conforme; hay opiniones y opiniones. Vamos adentro.

Quiero celebrar la toma de Amayur con unos cuantos vasos de vino.

—Por Dios, Pello! Acuérdate que tu hermano es de los vencidos. Respeta su dolor.

—Mi hermano hará bien en callarse —replicó Pello con voz áspera;—harto sufrí sus insolencias y bravatas durante ese largo sitio. Mientras hubo esperanzas, todo fué galleo por su parte. Ni como á hermano mayor me guardó respeto! Justo es que ahora aguante mis desahogos.

—Dios mío, ten piedad de nosotras! —murmuró la madre, mientras el hijo, sentado á la mesa, echaba mano al jarro.

Era Pello hombre de treinta años, alto, fornido, sonrosado, rubio, de fisonomía resuelta y varonil, tipo perfecto de esos montañeses euskaros nacidos para la práctica de puras y pacíficas virtudes sociales, á quienes la horrible guerra civil transforma en implacables banderizos. Lástima de joven arrancado á las honrradas faenas del campo! Faltábale el brazo de-

recho, cortado casi de raíz, á consecuencia de una herida recibida en los campos de Noain, tumba de tantos egregios nabarros.

Ana sirvió la mesa y Pello empezó á comer con excelente apetito, remojando los toscos manjares con amplios tragos de vino.

La andre estaba muy inquieta, temiendo, á cada paso, que Machín llegara. Y como á toda costa deseaba evitar que aquella noche los dos hermanos se hablaran, dijo muy afectuosamente:

—Mira, Pello, estás cansado; acuéstate; mañana es domingo y hay que madrugar.

—Yo cansado, andria? Cá! un par de leguas de ida y otro par de vuelta en busca de noticias, no es jornada que cansa, cuando las noticias son buenas, sobre todo.

Y dando rienda suelta á la alegría se puso á cantar.

En uno de los intervalos silenciosos de canción á canción, la andre percibió un ruido de palo sobre el

suelo y se puso pálida. Casi en seguida, la puerta de la cocina se abrió, y entró un joven sumamente parecido á Pello, más guapo todavía, cojo, y andando dificultosamente con el auxilio de una muleta. Durante el cerco de Logroño una bala de cañón le había llevado la pierna derecha.

Si pálida estaba la andre de Fayatz, no lo estaba menos su hijo Machín. La madre le besó en la frente. Ana le sirvió la cena. El joven se dejó caer sobre un banco, arrojando al suelo la muleta.

—No quiero cenar, andria, gracias; un poco de vino y basta.

Después de remojar los labios, Machín apoyó la frente en entrambas manos, y permaneció silencioso, meditando.

Pello, sin hacer caso á su hermano, cantaba sin parar, al principio canciones de amores; luego otras menos inofensivas. Pello estaba ya un poco ébrio. Al fin les llegó el turno á las coplas que los beaumonteses cantaron al Rey Juan, cuando las fiestas de la

coronación en Pamplona. Mas al entonar las palabras *Labrit eta Errege*, Machín levantó la cabeza, y pegando un terrible puñetazo que dió con vasos y jarro en tierra, dijo con voz vibrante de clarín guerrero:

—Gracias á Dios, nuestro padre, el capitán Piarres de Gamio, pasó á mejor vida. Si en día como este te oye cantar, á nuestra honrada madre le hubiese pedido cuentas de fidelidad.

—¡Hola! ¿tu lengua insolente turba mi alegría? Seis meses he aguantado las peripecias de la insensata defensa de Amayur, que tú celebrabas. Ahora es la mía. Los principales rebeldes han muerto. Pronto sufrirá el viejo traidor Medrano la pena de Padilla y Baroa.

—¿Pena, dices? Martirio, con palmas de oro y coronas de laurel. Los que á sus órdenes murieron, serán los últimos nabarros, y vosotros, infames, los primeros castellanos.

—Ni merecen, ni les dará nadie tan glorioso dictado. Esos hombres funestos han encendido, de nuevo, la



guerra civil. Han roto el lazo de fidelidad entre Nabarra y la corona de Castilla, felizmente anudado en las Cortes de Burgos.

—¡Calla, calla! ¿no te quema la boca la palabra fidelidad? ¿Cómo no se te hincha la lengua y te ahoga? Vosotros entregásteis el Reino á Fernando el Falsario. Vuestro jefe, el conde de Lerín, es de la misma estirpe que don Julián; pero el godo vengaba ofensas á su honra; el beaumontés mordía la mano que le colmó de beneficios.

—Habéis abierto el Pirineo á los franceses, para convertir á Nabarra en feudo de Francia.

—Amigos vuestros son esos alemanes borrachos, sanguinarios y ladrones que hasta en la misma Castilla produjeron un Villalar.

—Todas las traiciones anidan en vuestras almas, como los buitres en las áridas rocas. Enemigos de España y enemigos del Rey Con la mano derecha acariciáis á los franceses, con la izquierda á los comuneros.

—El hijo de la Loca no es nuestro Rey. ¡Cuán grande es Dios! da reyes orates á hombres insensatos.

—Insensatos son los que ponen en peligro los Fueros, por restaurar á la dinastía que se dejó la corona en la canasta de la ropa sucia, cuando huyó, ¡cobarde! de Pamplona.

—Los Fueros, los Fueros! ¿Qué mayor ni más precioso Fuero que la independencia? ¡Y habláis de ellos vosotros, vosotros que los habéis violado todos! ¿Dónde están los muros de las fortalezas nabarras? ¿Dónde los millones de las contribuciones de guerra? ¿Dónde la inmunidad de los Diputados? ¿Dónde la integridad de las Cortes? Yo te lo dire; ¡oh!, no te tapes los oídos. Los muros arrasados; los millones en el bolsillo de los flamencos; la inmunidad en las cárceles, donde atormentan á los Diputados agramonteses. Ocupados los escaños por los beaumonteses, las Cortes son la antesala del Rey de Castilla, llena de lo que hay en los palacios, de lacayos. ¿Dónde lucen los bienes de la

incorporación á Castilla? Respondan los campos yermos, las cosechas destruídas, las aldeas quemadas, la sangrienta figura del Duque de Nájera, rodeado de asesinos é incendiarios.

¡Dios mío, tened mi mano, refrenad mi cólera! ¿Cuál es la podrida entraña que exhala esas palabras pestíferas? dignas, empero, de un bando capaz de renovar cien veces impotentes guerras civiles! ¿Cuya es la culpa de los males que me echas en cara? Hubiéraos aquietado con la dinastía castellana, y á estas horas reinarían la paz y la ventura en Navarra. Pero los magnates que os seducen, los paniaguados del Mariscal, no quieren renunciar á sus sueldos, honores y cargos palatinos; hé ahí por qué corre la sangre nabarra á torrentes; hé aquí por qué se verifica esa expedición desastrosa que empieza en el cerco de Logroño y acaba en los torreones de Amayur.

—Arroja tu baba sobre los héroes; la ocasión es propicia; ahora no pueden defenderse. Acabo de contemplar

al noble Belaz de Medrano, cargado de cadenas, á pesar de las cláusulas de la capitulación; infeliz, caído al final de su vida en poder de los verdugos del Mariscal de Nabarra! Esta pierna que me falta, me impidió combatir en las filas leales. Pero otra vez, mutilado y todo como estoy, saldré al campo.

—Si cumples tus propósitos, habrás de echar de menos la pierna, no para el combate, sino para la fuga. A vosotros siempre os toca huir; como huísteis en los campos de Barbatatin. Yo era de los que os pinchaban los riñones.

—En cambio á tí, si sales á campaña, te faltará la mano para robar, como robásteis en Garés y en el valle de Yerri.

—¡Si yo hubiese sido la bala que te hirió en Logroño, á Dios se lo juro, te arranco las dos piernas.

—Ojalá todos los agramonteses se escondieran dentro de tu cabeza..... la cortarías de un tajo.

Y entre los dos hermanos se cruzó

la mirada de Caín, y rápidos como el pensamiento, desenvainaron las espadas.

La andre, inmóvil hasta entonces, muda espectadora de escena demasiadas veces repetida, al ver que á la violencia de las palabras seguía la violencia de los actos, quiso interponerse.

La pobre Ana se desmayó de espanto.

Entonces las ennegrecidas paredes de aquella cocina, á la vacilante luz que despedían los troncos del hogar, presenciaron una escena horrible, una lucha abominable, imagen de otras durante setenta años reñidas en los montes de Nabarra. Los dos hermanos, cojo el uno, manco el otro, esgrimían sus espadas con frenesí y las mutilaciones contrapuestas establecían una trágica compensación de medios agresivos y defensivos. La andre, con sus débiles fuerzas de anciana, no podía poner coto al satánico combate; es más, su instinto maternal le advertía que cualquier movimiento suyo, al embarazar la libertad de

alguno de sus hijos, inexorablemente sería aprovechado por el otro. Por fin el hierro de Pello penetró en el pecho de su hermano; pero éste, antes de caer, todavía tuvo fuerzas para asestar á Machín tremenda estocada en el vientre. Ambos jóvenes rodaron por el suelo, mezclando su sangre.

## II.

Al día siguiente, Machín y Pello ofrecían pocas esperanzas de vida. Habían recibido el Santo Viático con gran arrepentimiento de su crimen. La andre y Ana no se separaban de la cabecera, acongojadas por el más amargo dolor. La casa y los moribundos no tenían otros guardianes que dos flacas mujeres. En otra ocasión compasivos vecinos les hubieran ayudado y acompañado, pero aquel día las bordas del contorno estaban desiertas. Corrían malas noticias: el Virrey, después de apoderarse de Amayur, había licenciado parte de

las tropas, y éstas se retiraban divididas en grupos, cometiendo mil atropellos. Unos atribuían el licencia-miento á falta de dinero, otros á la irrevocabilidad de la paz; los más avisados sospechaban que era una medida de política pérfida, para aumentar las penalidades del país.

De los heridos el más grave era Pello. Sus dolores durante la noche fueron cruelísimos, pero en las primeras horas de la mañana se había apoderado de él un sopor profundo y de mal agüero. Machín, aunque postrado por fiebre muy alta y por frecuentes accesos de sofocación, conservaba toda su lucidez.

A eso de las tres, Ana dijo á su madre:

—Andria, no hay agua en la cocina. Voy á la fuente á llenar un par de herradas.

—Bueno, pero anda lista. Si oyes pasos ó voces vuelve corriendo. Andan muchos soldados errantes por las montañas. Ni siquiera en casa estamos seguras.

Ana salió del cuarto. La andre se acercó al lecho de Pello que estaba ya en la agonía. Con un pañizuelo le remojó los labios. Enseguida le limpió el sudor frío de la frente.

La andre contempló la cara descompuesta del herido.

—¡Pobre hijo de mi alma; se me muere!—exclamó sollozando.

Resonó entonces un alarido penetrante, al que siguieron voces de hombre, ruido de pasos, como de varias personas que corren unas en pòs de otras, y luego más cercana, casi en la misma puerta del caserío, se alzó la voz de Ana gritando desesperadamente:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Jesús! ¡otra desgracia!—gimió la andre, y se lanzó por la escalera, dejando solos á los enfermos.

Al oir los gritos de su hermana y notar la huída de su madre, Machín se incorporó trabajosamente.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritaban confundidas en lastimero tono las vo-



ces de la hermana y de la madre.—  
¡Socorro!

Y otras voces de hombres pronunciaban horribles blasfemias y torpes palabras.

—Oyes, Pello?—gritó Machín.—Nos llaman, necesitan de nosotros. ¿No respondes? Vamos, no me guardes rencor. Delante de Jesús Sacramentado nos perdonamos ayer nuestras culpas. Volemos á defender á nuestra madre. No tengo á mano la muleta; me arrastraré como una culebra. Sangre villana lavará la mancha de mi acero.

Con esfuerzo sobrehumano, Machín se deslizó de la cama, y saltando torpemente como pájaro herido, se aproximó á Pello, que tenía los ojos vueltos y la boca abierta.

—¡Murió! — exclamó horrorizado Machín, mesándose los cabellos.—Y soy yo el asesino. ¡Ah, perdón! ¡Cuán infame soy! Pello, Pello, hermano, despierta, mira cómo lloro y beso tus manos, despierta; que asesinan á nuestra madre, que deshonoran á nues-

tra hermana. ¿Has oído? He dicho *nuestras*. Escucha cómo gimen ellas, cómo amenazan ellos. Maldición sobre nosotros. Ayer, por los partidos, nos matábamos; hoy no podemos defender á nuestra madre. ¡Despierta, Pello, levántate! Permanece inmóvil; por qué mi garganta no es la trompeta del juicio? ¡Labrit! ¡Gante! ¡auxiliad á estos pobres soldados! Nadie acude; estoy sólo; la muerte es mi única compañera. ¡Dios mío, una espada y fuerzas! ¡Ah! ya tengo la espada. Desesperación, préstame tu energía. Aún puedo matar á alguno.

Y el infeliz mozo, lanzando agudos ayes de dolor, se acercó serpeando á la escalera y se precipitó cabeza abajo, rodando como una piedra por la montaña. Cuando concluyó de rodar, notó que la herida se le había abierto, que la sangre saltaba á borbotones y con ella la vida. Ya no se oía la voz de la madre; en cambio percibíanse los sollozos convulsivos de la hermana y los gritos de júbilo de los hombres.

—¡Beaumont!... ¡Agramont!... ¡Cas-

---

tillal!...—murmuró Machín, levantando el puño, crispado por los espasmos de la muerte, en señal de suprema é impotente amenaza.

Aquellas palabras y aquel gesto fueron los últimos de Machín de Gamio.

*Irún 31 de Octubre de 1880.*





---

## DENBORA ANCHIÑAKOEN ONDO-ESANAK

---

*(Leyenda premiada en los Juegos florales  
de San Sebastián con la escribanía ofrecida  
por la Excma. Diputación).*

Octaviano,  
Munduko jauna,  
Lekobidi  
Bizkaikoa.  
(LELO KANT).

Nere ama eta amona andre A. de J. eta C. de I. maiteai

---

**G**ABA zan. Egun artan berean  
lege gogor, kaltegarri eta bide-  
gabe batek, zoriontasun eta onorea  
Euskaldúnai kendu izan ziezten. Ni,  
eche-balkoyan sostengatua, Kastilla-  
ko zelai latzari begira nengoen. Ne-  
gar malkoak nere aurpegiya bustitzen  
zuten eta biotz gaisoak, miñaren ezpa-

ta zorrotzaz zulatua, ojuka eta ayezka bere aserre biziya agertzen zuben. Ah! zein ederrak ikusten ziran illargi ta izarrak zeru garbi urdiñean, eta bitartean, zenbat suspiriyo, atsekabe eta illuntasun euskal-erri maitiarentzat! ¡Ay!—nigan esaten nuben tristiró—gaur dena galdu da; danbolin-soñuak, artzai-irrintziak, neskach-panderoak, erromeri-tuntunak, ola-dunbotsak, betiko isildu dira euskal-erriko mendietan. Onen ordeztu, ama guziyak ikustean beren seméak urteoro lapurtu dizayeztela, esango dute:—¿Nun dira orain fueroak?—Eta nik, orregatik, galdetzen det orain:—¿Nola salbatuko gera, Jaun-Jaungoikoa, gu euskaldunok?

Bat batetan, zuriz jantziya, lorez koroatua, eguzkia baño dizdizariagoa, etorri zan aingeru bat, zeruko usoa bezala, nere alderá, esanaz:—Ez ikaratu; atoz nerekin; denpora anchiñakoen Aingerua naiz; nik erakutsiko dizut tranze estu ta larrietan zer egin oi zuten zure asabak. ¿Nai dezu, ori ikustera, nerekin etorri?

—Bayetz,—nik eranzunik, ainge-ruak, ama batek bere auchoa artzen duen bezala, artu ninduen, eta zabal-  
durik bere egal zuriak asi zan egaka,  
autsirik zeru urdiñaren zabaltasuna.

Goiz errañuak mendi tontorrak  
urreztatzen dituztenean, choriandra,  
lur illuna utzita, igotzen da zeruraño  
argiaren billa; eta gu ere, choriandra  
baño ariñago, ginjoazen anchiñako  
denporai bere goarpea (1) ateratzera.  
Ez det iñoiz aztuko Aingeruak nera-  
man bitartean ikusi nubena! Nere  
buru-gañean, zeru izarratua, Jaungoi-  
ko almentsuaren lanik ederrena; azpi-  
yan, lurra, gizonen ziega eta glori  
betikoerako bide negargarriya. Emen  
zillarezko ibai bat; an mendi goi ba-  
tzuek; piska bat urrutichago arkaiz  
idórrak, baso larratsúak, ujol apar-  
tsúak, ibar beltzak eta beste asko  
gauza naspillatúak, eta urruti urrutia-  
go ere ichaso zabal, ekaizdun eta mu-  
gikorra.

Bost ordu eta geyago egatu ezkeru,  
chimista odoyetatik erortzen dan mo-

---

(1) *Goarpea*, secreto. Vide Larramendi, *Dicc. tril.*

duan, jechi giñan gu ere lurrera. Lambro lodi batek iguruko leku guziyak estaltzen zituen, baño aize mee, garbi eta lurrinduak esaten zidan:—Poztu zaite, Euskal-errian zaude.

Aingeruak, bere bi eskuak zerura alchaturik, ots egin zuben:—Euskaldun illak esna zaitezte; zuen obietatik jaiki zaitezte; atozte kanporá.

Itz óyek esan bezain láster, lambroa urratu eta bereala agertu zan zelai bat basoz eta mendiz ingurutua. Orra orduan ikusi nubena!

Jende talde batek, aritz adartsu eta azkar bat ingurutzen zuben; an gizon, emakume, mutill, neskach eta aurrak ikusten ziran, denok abere basatarren larruz estaliyak. Gizónak, Kantabroen ezpatak zinzilika soñeko beltzen gañean, ille luzea lotugabe bizkargañean, eta oñ zabalak abarkaz estaliyak; emakumeak, berriz, soñeko zuriyakin, ille chirikordatuak bizkaretik bera eta oñ utsetan.

Gizon eldu batek arbolaren sustraiyak eserlekutzat zituen. Bere soñeko, zai-makil eta abarkak artzayénak zi-



ran, baño bere aurpegi eta era jakintsuarenak.

Agurearen aurrean, Erromatar gerrari bat beste azkoz ingurutua, zegoen zutik, beren urrezko arma eta lantzak distiatzen zutela. Gizon arrotz ayek, beren jantzi eta arma baliotsoakin Erregeak ziruditen Euskaldunen ondoan.

Agure eta gerrari ark luzaro mintzatu zuten latinez elkarrekin, eta azkenean, arrotzak bilorruski bat agertu zuen, esanaz:—«Ara, Erromako buruak zer dion,» eta asi zan irakurtzen bereala era onetan:

«Octaviano, Munduko Jabe eta Erromako Enperadoreak, Uchin-Tamayo, Begaiñ-Arrakill, Lekobidi, Lartaun, Zara, eta euskaldun buruzagi eta andizki gañerakoai, osasuna. Jano jainkoaren eliz-ateak beindik betiko ichitzeko ordua etorri da. Jainkóak naidute Enperadore jainkozkoen agintepan bizi dedilla mundu osoa. Asia, Afrika, Europak, badaramate erromatar uztarria, baño Hispaniako bazter urrutietan, berari zor diona pagatu

eta emangabe, dierri chiki bat batek bakarrik betirauten du. Ni, jainkóen gogóak betetzeko jayo naiz. Orretarako, soldadu talde oñezko eta zaldizko aundi bat bildu det Kantabriako ichas-kostetan. Ala ere, mundu osoari agertu nayeán nere kupida, guda asi baño len bialtzen dizutet oliboaren erramua.

»Luzio Sergio, gizon argi eta chit jakintsu, nere mandatariak, esango dizute nola irichi daiteken Erromaren adiskidetasuna. Nik eskeintzen dizutet bakea; ar zazute bada, ¡oh Euskaldunak! Bestela, ez dira ikusiko Euskal-errian ilkintz izugarri eta ondamen negargarriya baizik.

»Jupiter Kapitolinok gorde ditzala zuen biziya. Portu-Victorian Marchoaren iduetan, gure Konsuladoaren zortzigarren urtean. Cesar Augusto, Enperadoreak.»

—Zer? Uchin-Tamayo, eskutitz zital ori irakurtzeko bildu gaituzu?—otsegin zuben gizon azkar batek.—¡Chimist eta turmoyak! Ni eta nere guraso eta aurrekoak beti bizi izan gera

uztarririkgabe mundua mundu danetik, eta nik, era berean, nai det ill.

—Bai, bai, Begaiñ Arrakill. Guk ere zuk bezala uztarririkgabe nai degu bizi ta ill,—deadar egin zuten batzarrekóak.

Uchin-Tamayok, keñu bat esku eskuikoarekin eginda, esan zuben:

—Adi nazazute, anayak: oraindik ez det bukatu. Euskaldun gaiztoa ote naiz?

—Ez, jauna, ez; barka zaguzu.

—Nik itzegin det Erromako mandatariyarekin, etr orrá zer dion:

Euskaldúnak Erromako Enperadoreari emango dizkiote urteoró zortzi-reun mutill azkar eta berreun neskach eder: mutillak, indartsuak diralako, Enperadore jainkozko gorputzaren soldadu zaitzat, eta neskáchak berriz, Enperadorearen emaztearen serbitzaritzat. Batzuek, Erromako nagusiaren bizi eztimagarriya gordetzen, besteak jauregiko zikinkeriak garbitzen, artuko dute,—Erromatarrak dionez,—lurrean dan onorerik aundiena. Nola

bada, Euskaldúnak, ¿ez zerate poztu-  
tzen berri onekin?

Orduan iskanbill aundi bat sortu  
zan jendeartetik, eta denak ojuka,  
irrintzika eta chistuka asi ziran. Jen-  
dea isildu zanean, Uchin-Tamayok itz  
egin zuben onela:

—Adi zazute, arren, anáyak, Erro-  
matarrak diona. Orrez gañera, Enpe-  
radoreari eman bear dizkiogu, urteo-  
ró ere, sei milla zillarezko diru eta  
bosteun idi, eta bi milla ardi, eta lau-  
reun bei, eta zortzireun urde eta...

—Eta illargirik edo eguzkirik ez?—  
galdetu zion artautsirik Begaiñ Arra-  
killek.

—Geyago, geyago ere, anaya, (eta  
au eskatzen du beindik betiko); eman  
bear diogu gure arbola beneraga-  
rriya.

—Zergatikan gizon bidegabe orrek  
ez dizkigu eskatzen gure bularreko  
biotzak eta gure sabeleko errayak?—  
esan zuben Lekobidik.

—Kanpora Erromatarra, kanpora!  
—deadar egin zuten batzarrekóak.

—Oraindaño entzun dituzute leoya-

ren itzak: orain datoz azeriarenak; aurki, otsoarenak. Gu, Erromatarren agintepEAN jarri ezketo, izango gera chit zorionekóak, mandatariyak dienez. Gaur bizi gera basurdeen gisan mendietan, bigar biziko gera aberats eta aldúnak urietan: gaur larruz jantzizyak gabiltza, bigar ibilliko gera sedaz ederki apainduak; gaur chaboletan bizi gera, bigar jauregietan; gaur jakiñezak gera, bigar jakintsuak. ¡Sar gaitezen, bada, urrezko kayol orren barruan!

Bestela, Cesar Augusto etorriko da bere soldadu-talde aundiakin, eta gizon-emakumeak illaz, aur-neskachak salduaz, chaolak erreaz, landariak ateriaz, Euskal-erri guziya ondatuko duela bere izena borratu arteraño! Esan zadazute oraiñ, lagun maiteak, zer egin bear degun.

--Ill, ill!--denak deadar egin zuten, eskuak zerura alchatuaz.

Itz au zartatu zan turmoi burrunbarenden antzean; oyarzúnak esnatu, mendiak dardaratu, arriak zarrakatu, basóak ikaratu eta ibáyak Pirineo zu-

rietatik ichasoronz saltoka amildu ziran, esanaz: «Ill, ill, Euskaldúnak.»

Uchin Tamayok, alchaturik orduan, latíñez esan zion Erromatarri:

—Erdalduna, zoaz emendik ta esan zayozu zure nagusiari, mutill, neskach, diru, idi, ardi, bei, urde eta gañera-koen billa etorri daitekela; guk ichedoten diogu gure mendietako burniak eskuetan arturik.

Erromako mandatariyak, bizi-ero aserraturik, orzkatu zituen bere ezpañak, eta.

—Itzuliko gera, oh zorigaiztokoak—esanik,—joan zan bere soldaduaz jarraitua.

Ez da errazik esatea zenbat euskaldúnak poztu ziran Erromatarren joatearekin; Ordea, Uchin Tamayoren bekokia illundu zan.

—Agintari ohoragarriya, esan zagu zu zerbait; danok nai degu zure boza aditu,—esan zuben Begaiñ-Arrakillek.

—Ene seméak, —erantzun zion Uchin Tamayok,—ez dezaket, nastua nago; atsegiñak itotzen nau ta oñazeak

biotza erdiratzen dit. Badakit Euskaldun onak zeratela.... baño Euskal-erri doakabea!

Eta agureak, itz oyek esanda, bere soñekoak urratu zituen.

—Esan zaguzu, arren, zerbait,—askok berriz esan zioten.—¿Zergatik zure begiai malkoak dariote?

—Nigar egiten det, ikusten dedalako Euskal-erriaren ondamena datorrela. Elkarterikgabe indarrrik ez da. Kanpotikako etsaya chit aundiya izanik, oraindikan ere eche barruan besterik daukagu. Denbora batean, Euskaldun guztiyak anáyak ziran, bake gozoa bizitzen zan gure mendietan; gaur etsayak gera, ura eta sua bezala. Eta nik, zartu ta erdi-illik, ikusiko det nere erri maitearen galera, ala nola artzai argal batek ikusten duen bere artaldea otso lapurrak triskatua.

—Ez orrelakorik, ez, jauna, ni bizi naizen artean;—esan zuen agure urtetan chit aurreratutako batek, irtenik jende talde artatik eta joanik Uchin Tamayoren ondorá. Gorputz makurra eta bizar luze zuri-zuri gerrirañokoa

zituen; segurki etzan Euskal-erri osoan beste gizon bat hura bezin zarra eta tristiagorik.

—Atoz, atoz, Zara, baldiñ badezu biotza,—ots egin zuben.

Itz óek adituta, denak ikaratu eta isildu ziran.

—Salba gaitzazu, Jaungoikoa! —ezan zuben beregan Uchin Tamayok.

—Zara, Zara, atoz!—ots-egin zuben berriró agureak;—nik Lekobidi, Leloren aítak, itz egin nai dizut erri guziaren aurrean.

Orduan, gizon alai eta ornitu bat, ogei ta amar urtekoa bezelatsu, alde-ratu zitzayon, eta besoak gurutzetaturik, esan zion:

—Emen nago, itz-egin zazu, jauna.

Lekobidik, Zara ikusi zubenean asizan ikaratzen, eta lurrera ez bazan eroriko, Uchin Tamayoren zaimakillan bere gorputza sostengatu bear izan zuben; baña gero doidoia zuzperturik, itz-egin zion onela:

—Anchiñako oroipen beltzak, atoz-te laster gogora, ez lurrak izutzeko,



ezpada etorkizunaren onerako! Adi nazazu, Zara.

Lelo nere seme kutuna eta zu, adiskidetasun aundían bizitzen ziñaten. Bein batean, joan ziñaten biak Urbasako mendietara eizera, eta gabea, agitz nekatúak eta elurrez bustiyak, Arañazko gazteluaren ateetan jo zenduten ostatu eske. Begaiñ-Arrakillek gazteluko jaunak agindu zuben atea idiki zizazkizutela, neguko gau ots hura estalpean igarotzeko. Sartuta sukaldean, nun arbola osoak erretzen zeuden, ezagutu zenduten Begaiñ-Arrakill jauna chit altsu eta aberatsa zala, jende asko an zalako. Menditar ayen artean, neskach eder lirañ bat, illargiya baño zuriago eta eztiya baño gozoagoa, zcgoen iruñten. Eseri ziñaten su alboan soñekóak legortzeko, ta orduan neskachak, ontzi bat arturik, alderatu zitzaizuten, eta—«ongi etorriak, jaunak,»—esanaz, garbitu zizkizuten oñak.

Begien ichi-idiki batean, biak erokiró maitatu zenduten. ¡Amore negar-

garriya, ainbeste ondamen ekarri zubenena!

*Usoa* zeritzon neskach ark Lelori eman ziozkan bere biotz eta eskua.

Orduan, orduan bai, Zara zure animan gorroto eta inbidiya sortu ziran. Estayen pesta aundiak bukatu baño len, gabaz nere semearen echean sartu ziñan, eta bera lo zegoela, ill zenduena eta ebatsi ziñion bere emaztea. ¡Legautsi izugarriya!

Lelo Bizkaiko (1) Jauna zan orduan bi urterako, eta Batzarrak kondenatu zinduen iltzera; baña zuk, aide eta adiskidearen laguntzarekin, mezprezatu ziñituen Batzarrearen lege guztia. Ordu ezkeroztik etorri dira gure gain ainbeste kalte.

Nik menderatzeko Lelo nere semearen eriotza, bildu nituen nere zerbitzariyak, eta zure echea erre, zure artaldeak lepomoztu, zure alórrak desegia, zure basóak ebaki, eta azke-

---

(1) Perdónese al autor el empleo de los nombres actuales de las provincias basco-nabarras, en gracia de evitar confusas y pesadas perífrasis. Además tampoco existen razones que prueben categóricamente que estos nombres no se usaban en tan remota antigüedad.

nean, zure bost anai itsasita urkatu nituen bere amaren eche-aurrean. ¡Egite negargarriya, zurea baño chi-kiagoa, aundia ezanik ere!

Berri oyek aditurik, Euskal-erri osoa nastu zan. Zure alde Araba, Ipúzcoa eta Bizkai-erdia; nere alde, beste Bizkai-erdi, Naparroa eta gañerako euskaldunak, armak artu zituzten. Orduandanik, gure artean alkar-arteke gorrák badirau. ¡Madarikatua izan zaite Leloren erallea!

Baña ez; eroa nago. Barka nazazu, arren! Euskal-erriaren onerako aztu ditzagun egun igarotakoak. Nik ere, bidegabéak egin dizkitzut..... barka nazazu, arren, Euskal-erriaren izenean. Eman zadazu eskua; musu eman nai dizut, eta nere semearen odola badu, nere negar malkóak garbituko dute.

Eta Lekobidi belaunikatuta asi zan Zararen eskuari musu ematen.

Batzarreko guztiak negar egiten zuten, eta zerua, odoyez illundu zan, hura ez ikusteagatik.

Zarak, bere bi eskubaz aurpegiya estali zuben; bere bularra zizpuruka

gora eta beerá zebillen, ola baten auspoa bezela. Azken azkenean, deadar egin zuben:

—Barka nazazute, Euskaldúnak. Ni errudunik aundiena naiz. Baño zu, aita gaisoa, jaiki zaite autsetatik; ez da ori zure lekua, eta utzi zadazu zure oñai musu ematen.

Zara makurtu zan auspez jartzeko, baño Lekobidik, alchaturik, eragotzi zion, esanaz:

—Atoz nere besoetara, ene semea! Elkar gaitezen dénok Errromatarren kontra.

Eta bi etsayak laztandu ziran.

—Elkar gaitezen dénok, elkar gaitezen,—pozez beterik ots egin zuten batzarrekóak, eta etsaitasunari azken agurrak emanda, baita ere laztandu ziran.

Ber-berean, emakume eder gazte bat arkaitz gañera igo zan, eta urrezko arpa bat jotzen asj zan:

—Iso, iso,—esan zuben Uchin Tamayok:—adi dezagun Aitorren alabaren kantua.

## I.

—“Otsoak—Aitorren alabak kan-  
»tatu zuben—otsoak basoetan biltzen  
»dira; gosetiak datoz janariaren billa,  
»eta beren marruaz inguruko oyarzú-  
»nak esnatzen dituzte. Gaur gabean,  
»arzáyak lo egingo balute, artalde  
»guziyak ondatúak izango lirake. Ba-  
»ña *echeko-jauna bere atearen aurrean*  
»*zutik* ernai dago, *iriki ditu bela-*  
»*rriak*, eta zorrozten ditu aizkor eta  
»geziak Gorbeako aitz eta arrietan  
»otsóak iltzeko. Ez dira, ordea,  
»otsóak eldu diranak, ezpada Erro-  
»matarrak.»

## II.

“*Zer nai dute gizon arrotz oriek*  
»*gure mendietan?* Etortzen dira gure  
»ondra eta libertadea apurtzera. Ayek  
»diote gure neskáchak ederrak eta  
»gure mutillak indartsuak dirala; orre-  
»gatik Mundu jabearen serbitzorako  
»eraman nai dituzte. Euskal liberta-  
»deen arbolak munduaren esaten dio:

»—«agitz beldurtia zera;»—orregatik  
 »nai dute ebaki. ¡Atzera Erromata-  
 »rrak! *Jaungoikoak mendiak egin zi-*  
*»tuztenean nai izandu gizonak etzitza-*  
*»tela irago.»*

### III.

*«Eldu dira! eldu dira! zer lanzazko*  
*»sasía! Ayen kontatzea denboraren*  
*»galtzea litzake! Gu gichi gera, baño*  
*»batasun egiñezkeroztik, ez diogu*  
*»iñori bildurrik.»*

### IV.

«Erromatarrak burniz estaliyak gor-  
 »putzak dakarzkite, gureak billosak  
 »daude. Igo gaitezen goyetará. *Erro-*  
*»tik atera ditzagun arkaitz oriek;*  
*»amildu ditzagun mendien beera, be-*  
*»ren buruen gañera. Lertu ditzagun,*  
*»eriotzaz jó ditzagun. Eta gero, Erro-*  
*»matarrak iges egiten dutenean, jachi*  
*»gaitezen zelayetara eta jo ditzagun*  
*»gure ezpata laburraz zabelean, gogor*  
*»zabelean!»*

## V.

«Begira, Euskaldúnak; illargiya,  
»bere argi zillarreztua dariola ageri  
»da zeru urdiñean; eska dizayogun  
»Jaun Jaungoikoari salba dezala Eus-  
»kalerriya elkartasunaren bidez.»

Belaunikatu ziran denok eta auspez  
jarririk, igo zan zeru goitsueteraño  
otoitz bat, ichasoaren surmurraren  
gisan.

.....  
.....

Orra emen, Aingeruak erakutsi di-  
dana.

*«Aditzeko belarririk dituenak, adi-  
tu dezala.»*

*Iruñian, Abenduaren 14-garren egunian, 1881-garren urtian*



## LOS CONSEJOS DE LOS TIEMPOS PASADOS

---

(TRADUCCIÓN)

Octaviano  
Señor del mundo,  
Lekobidi  
de Vizcaya.  
(CANTO DE LELO.)

A mis queridas madre y abuela doña Amalia de  
Jaime-Bon y doña Cayetana de Iñarra.

---

Era de noche. En aquel mismo día una ley dura, perjudicial é injusta les había arrebatado á los baskongados la honra y la felicidad. Yo, apoyado en el balcón de casa, estaba mirando la áspera llanura de Castilla. Las lágrimas me mojaban el rostro, y el pobre corazón agujereado por la aguda espada del dolor, manifestaba su viva cólera con gritos y suspiros. ¡Ah! cuán hermosas se veían en el puro azulado cielo, la luna y las estrellas! y mientras tanto, ¡cuántos suspiros, disgustos y tinieblas para la querida Euskal-Erría!— ¡Ay!—tristemente decía para mí,—hoy todo se ha perdido; los sonidos del tamboril, los



*irrinzis* de los pastores, las panderetas de las muchachas, las dulzainas de las romerías, el estruendo de las fiagnas, se han callado para siempre en los montes de Baskonia! En lugar de esto todas las madres dirán cuando vean que anualmente les roban sus hijos:—¿Dónde están ahora los Fueros?—Y yo, por eso pregunto ahora:—¿Cómo nos salvaremos, oh Dios, nosotros los baskongados?

De repente, un ángel, vestido de blanco, coronado de flores y más brillante que el sol, semejante á una paloma celeste, vino á mi lado, diciendo:—No tiembles; ven conmigo; yo soy el ángel de los tiempos pasados; yo te enseñaré lo que tus abuelos solían hacer en trances apretados y difíciles. ¿Quieres venir conmigo á ver eso?

Habiéndole respondido que sí, el ángel me tomó en sus brazos como una madre lo hace con su hijito, y extendiendo sus blancas alas principió á volar, rasgando la inmensidad del cielo azul.

Cuando el rayo del sol dora las cumbres de los montes, la alondra, dejando la oscura tierra, sube hasta el cielo en busca de la luz; nosotros también, pero más rápidos que la alondra, íbamos á arrancar su secreto á los tiempos antiguos. ¡No olvidaré nunca lo que ví mientras el ángel me llevaba! Encima de mi cabeza el cielo estrellado, obra la más

hermosa del poderoso Dios; debajo la tierra, cárcel del hombre y camino lacrimoso de la eterna gloria. Aquí un río de plata; allá algunos elevados montes; un poco más lejos áridas rocas, espinosos bosques, espumosos torrentes, negros valles y otras muchas cosas revueltas y confusas, y más lejos, más lejos aún, el ancho, tempestuoso y movable mar!

Después de volar más de cinco horas, bajamos á tierra de igual manera que los rayos caen de las nubes. Una espesa niebla cubría todos los lugares de nuestro alrededor; pero un aire sutil, puro y perfumado me decía:— Alégrate, estás en la Euskal-Erria.

El ángel, levantando hacia el cielo las dos manos, gritó:

—¡Euskaldunak muertos, despertad; levantaos de vuestras tumbas; venid afuera!

Tan pronto como dijo estas palabras, la niebla se rasgó. y en seguida se descubrió una llanura rodeada de montes y de bosques. Hé aquí lo que ví entonces!

Un tropel de gente rodeaba á un roble copudo y vigoroso; allí se veían hombres, mujeres, mozos, muchachos y niños, cubiertos todos de pieles de animales salvajes. Los hombres llevaban la espada cantábrica colgando sobre el negro vestido, los cabellos largos y sueltos por la esqalda y los anchos piés calzados con abarcas; las mujeres, á su

vez, tenían trajes blancos, trenzas colgando y los pies descalzos.

Un hombre anciano estaba sentado á la sombra del roble sobre sus raíces. Su traje, cayado y abarcas, eran de pastor; pero su fisonomía y aspecto, de un sabio.

Delante del anciano, un guerrero romano, rodeado de otros muchos, estaba de pie; sus armaduras de oro y sus lanzas brillaban. Estos hombres extranjeros, con las armas y vestidos valiosos que llevaban, parecían Reyes, comparados á los baskongados.

El anciano y el guerrero hablaron largo rato en latín, y finalmente el extranjero sacó un pergamino diciendo:—Hé aquí lo que dice el Señor del Mundo,—y comenzó á leer de esta manera:

—«Octaviano, Señor del Mundo y Emperador de Roma, á Uchin Tamayo, Begaiñ-Arrakill, Lekobidi, Lartaun, Zara y á los demás jefes y próceres baskongados, salud! Ha llegado la hora de cerrar para siempre las puertas del templo de Jano; los dioses quieren que todo el mundo viva sometido á las órdenes de los divinos Emperadores. Asia, Africa y Europa llevan el yugo romano, pero en las apartadas regiones de España, un pequeño pueblo solamente permanece sin pagar ni dar el tributo que debe. Yo he nacido para cumplir los deseos de los dioses. Para eso he

reunido en las costas de Cantabria un gran ejército, compuesto de peones y caballos. Aun así y todo, queriendo demostrar á todo el mundo mi piedad, antes de principiar la guerra, os envío el ramo de olivo.

»Lucio Sergio, hombre muy diligente y sabio, embajador mío, os dirá cómo se puede alcanzar la amistad de Roma. Yo os ofrezco la paz; acogeos á ella, ¡oh baskongados! De lo contrario no se verán en la Euskal-Erria más que matanzas y destrucciones espantosas.

»Que Jupiter Capitolino guarde vuestra vida. Portu-Victoria, en los idus de Marzo y octavo año de nuestro Consulado. César Augusto, Emperador.»

—¿Cómo, Uchin Tamayo, nos has reunido para oír ese vil mensaje? gritó un hombre robusto. ¡Truenos y rayos! Desde que el mundo es mundo, yo y mis padres y mis antepasados hemos vivido sin yugo, y de igual manera quiero morir.

—Sí, sí, Begaiñ-Arrakill, nosotros también, como tú, queremos vivir y morir sin yugo,—gritaron los congregados.

Uchin Tamayo, después de hacer un gesto con la mano derecha, dijo:

—Oidme, hermanos; todavía no he concluido. ¿Acaso soy mal baskongado?

—No, señor, no; perdonanos.

—Yo he hablado con el Embajador de Roma; y hé aquí lo que ha dicho:

«Los baskongados le darán anualmente al Emperador ochocientos mozos robustos y doscientas muchachas hermosas; los mozos, como son fuertes, formarán parte de la guardia del Emperador, y las muchachas de la servidumbre de la Emperatriz. De manera que los unos guardando la estimadísima vida del Amo de Roma, y las otras limpiando las inmundicias del palacio imperial, recibirán,—según dice el Romano,—el honor más grande que hay en la tierra. ¿Cómo, baskongados, no os alegráis con esta noticia?

Entonces, de entre aquella gente brotó un ensordecedor estrépito, y todos comenzaron á lanzar gritos. *irrinzis* y silbidos. Cuando se calló la muchedumbre, Uchin Tamayo habló de esta manera:

—Escuchad, por favor, hermanos, lo que dice el Romano. Además le debemos dar al Emperador, y anualmente también, seis mil dineros de plata, y quinientos bueyes, y dos mil ovejas, y cuatrocientas vacas, y ochocientos cerdos, y...

—¿Y la luna ó el sol?—preguntó incomodado Begaiñ-Arrakill.

—Mucho más que eso, mucho más pide, hermano, (y esto lo pide de una vez para

siempre) puesto que le debemos de dar nuestro *árbol* venerable.

—¿Por qué no nos pide ese hombre injusto los corazones de nuestros pechos y las entrañas de nuestro vientre? dijo Lekobidi.

—Afuera el Romano, afuera, gritaron los de la asamblea.

—Hasta ahora habéis oído las palabras del león; ahora vienen las del zorro, luego las del lobo. Según dice el Embajador, después de ponernos bajo la jurisdicción del Romano, seremos nosotros muy felices. Hoy vivimos en los montes á manera de jabalíes; mañana viviremos ricos y poderosos en las ciudades; hoy andamos cubiertos de pieles, mañana andaremos adornados con riquísima seda; hoy moramos en cabañas, mañana moraremos en palacios; hoy somos ignorantes, mañana seremos sabios. Entremos, pues, dentro de esa jaula de oro. ¡De lo contrario, César Augusto vendrá con su gran ejército, y matando á los hombres y mujeres, vendiendo á los niños y muchachas, quemando las cabañas y arrancando los sembrados, destruirá toda la Euskal-Erria hasta borrar su nombre! ¿Decidme, pues, ahora, queridos compañeros, qué debemos de hacer?

—¡Morir! ¡morir! gritaron todos, levantando á lo alto las manos.

Esta palabra estalló como el estampido del

trueno; los ecos se despertaron, los montes oscilaron, las piedras chocaron, los bosques temblaron y los ríos desde el blanco Pirineo se precipitaron á saltos hacia el mar diciendo: «Morir, morir, baskongados.»

Uchin Tamayo, levantándose, le dijo entonces en latín al Romano. —Extranjero, vete de aquí y dile á tu Amo que puede venir á buscar los mozos, muchachas, dinero, bueyes, ovejas, cerdos y demás cosas que pide; nosotros le esperamos con el hierro de nuestras montañas en las manos.

El Embajador de Roma, vivamente encolezado, se mordió los labios, y diciendo:

—¡Volveremos, infelices!—se fué, seguido de sus soldados.

No es fácil decir cuánto se alegraron los baskongados por la marcha de los Romanos. Sin embargo, la frente de Uchin Tamayo se oscureció.

—Jefe venerable, dínos alguna cosa; todos queremos oír tu voz,—dijo Begaiñ-Arrakill.

—Hijos míos,—le contestó Uchin Tamayo, —no puedo, estoy agitado; el júbilo me ahoga y el dolor me parte el corazón. Sé que sois buenos baskongados... pero ¡ay de la Euskal-Erria!

Y el anciano, habiendo pronunciado éstas palabras, desgarró sus vestiduras.

—Dínos, por favor, algo—nuevamente le

suplicaron.—¿Por qué les manan lágrimas á tus ojos?

—Lloro porque veo que llega la destrucción de la Euskal-Erria. Sin unión no hay fuerza. A pesar de ser muy grande el enemigo de fuera, todavía tenemos otro dentro de casa. En algún tiempo todos los bascongados eran hermanos; la dulce paz vivía en nuestras montañas; hoy somos enemigos como el agua y el fuego. Y yo, viejo y medio-muerto, veré la perdición de mi querida tierra, de igual manera que un paster débil ve á su rebaño destrozado por el lobo ladrón.

—De ninguna manera, señor, mientras yo viva,—dijo un anciano muy entrado en años, saliendo de entre la gente y yendo junto á Uchin Tamayo. Tenía el cuerpo encorvado y las luengas blanquecinas barbas hasta la cintura; seguramente no había en toda la Euskal-Erria otro hombre tan viejo y triste como aquel.

—Ven, ven Zara, si tienes corazón—gritó.

Al oír estas palabras, todos temblaron y se callaron.

—¡Sálvanos, oh Dios!—dijo para sí Uchin Tamayo.

—Zara, Zara, ven,—gritó nuevamente el anciano;—yo, Lekobidi, padre de Lelo, te quiero hablar delante de todo el pueblo.

Entonces, un hombre rozagante y fornido,



de unos treinta años de edad, se le acercó, y cruzándose de brazos, le dijo:

—Aquí estoy; habla, señor.

Lekobidi, cuando vió á Zara, comenzó á temblar; y para no caer á tierra, tuvo que apoyar su cuerpo en el cayado de Uchin Tamayo; pero despues, recobrando poco á poco las fuerzas, le habló de esta manera:

—Negros recuerdos del pasado, llegad pronto al pensamiento, no para espanto de la tierra, sino para bien de lo porvenir! Oyeme, Zara.

Lélo, mi hijo adorado y tú, en grande amistad viviais. Una vez marchásteis de caza los dos á los montes de Urbasa, y cierta noche, encontrándoos muy fatigados y empapados de nieve, pegásteis en las puertas del castillo de Arañaz pidiendo hospitalidad. Begaiñ Arrakill, señor del castillo, mandò que os abrieran las puertas, á fin de que pasárais bajo techado apuella fría noche de invierno. Cuando entrásteis en la cocina, donde árboles enteros ardían, conocisteis que Begaiñ Arrakill era un señor muy rico y poderoso, porque había allí mucha gente. Entre aquellos montañeses, una hermosa y esbelta muchacha, más blanca que la luna y más dulce que la nieve, estaba hilando. Os sentásteis junto al fuego para secar vuestras vestiduras, y entonces la muchacha, después de coger una va-

sija, se os acercó, y diciendo—bienvenidos, señores,—os lavó los piés.

En un abrir y cerrar de ojos los dos la amásteis. Amor lamentable y que tanta destrucción ha traído!

Aquella muchacha, llamada *Usoa*, dió su corazón y su mano á Lélo. Entonces, entonces, sí, penetraron en tu alma el odio y la envidia. Antes de que terminaran las fiestas de la boda, asaltaste de noche la casa de mi hijo, y mientras él dormía, lo mataste y le robaste la esposa. ¡Crimen espantoso!

Lélo era entonces Señor de Bizcaya para dos años, y la Junta te condenó á la pena de muerte. Pero tú, con la ayuda de tus amigos y parientes, despreciaste todas las leyes de la Junta. Desde aquel momento han venido sobre nosotros tantos y tantos perjuicios.

Yo, para vengar la muerte de mi hijo Lélo, reuní á mis servidores y quemé tu casa, degollé tus rebaños, arranqué tus sembrados, corté tus bosques, y finalmente, habiéndome apoderado de tus cinco hermanos, los ahorqué delante de la casa de tu madre. Acción lamentable, pero más pequeña que la tuya, aun con ser muy grande!

Al saber estas noticias, toda la Euskal-Erria se conmovió. Alaba, Gipúzkoa y media Bizkaya tomaron las armas en tu favor; en el mío, la otra mitad de Bizkaya, Navarra

y los demás baskongados. Desde entonces dura entre nosotros la guerra civil. ¡Maldito seas, asesino de Lélo!

Pero no; loco estoy. Perdóname, por favor. Para el bien de la Euskal-Erria olvidémonos de los días pasados. Yo también te he causado injusticias...; perdóname, por favor, en nombre de la Euskal-Erria. Dame la mano; te la quiero besar, y si tiene sangre de mi hijo, mis lágrimas la lavarán.

Y arrodillándose Lekobidi, comenzó á besar la mano de Zara.

Todos los de la Asamblea lloraban, y el cielo se cubrió de nubes por nó ver aquella escena.

Zara se tapó el rostro con las dos manos; su pecho andaba de arriba á abajo suspirando, semejante al fuelle de una fragua. De pronto gritó:

—¡Perdonadme, baskongados! Yo soy el mayor culpable. Pero tú, padre infeliz, levántate del polvo; no es ese tu puesto, y déjame que te bese los piés.

Zara se inclinó para ponerse de bruces; pero Lekobidi, levantándolo, le detuvo diciéndole:

—¡Ven á mis brazos, hijo mío! Unámonos todos contra Roma.

Y los dos enemigos se besaron.

—Unámonos todos, unámonos todos,—gri-

taron los congregados llenos de júbilo, y dando el último adiós á las enemistades se abrazaron también.

En el mismo momento, una mujer joven y hermosa se subió á encima de una peña y comenzó á pulsar una arpa de oro.

—Silencio, silencio,—dijo Uchin Tamayo; —oigamos el canto de la hija de Aitor.

## I.

—«Los lobos—cantó la hija de Aitor—los lobos se reunen en los bosques; hambrientos, vienen en busca de comida y despiertan los ecos de los alrededores con sus aullidos. Hoy á la noche, si los pastores se durmieran, todos los rebaños serían destruidos. Pero *el Señor de casa, de pie delante de su puerta* está vigilando, *abre los oídos* y para matar á los lobos afila las hachas y los dardos en las peñas y rocas de Górzea.»

## II.

*¿Qué quieren esos hombres extranjeros en nuestras montañas?* Vienen á pulverizar nuestra honra y nuestra libertad. Dicen que nuestras muchachas son hermosas y nuestros hombres valientes; por eso los quieren llevar al servicio del dueño del Mundo. El árbol de

las libertades euskaras le dice al Mundo:— «eres muy cobarde;» —por es) quieren cortarlo.—¡Atrás Romanos! *Cuando Dios hizo las montañas no quiso que los hombres las franquearan.*»

## III.

*¡Ya llegan! ¡ya llegan! ¡Qué zarzal de lanzas! ¡se perdería el tiempo contándolas! Nosotros somos pocos, pero después de realizar la unión á nadie le tememos.*

## IV.

Los romanos traen el cuerpo cubierto de hierro; los nuestros están desnudos. Subamos á las cumbres. *Arranquemos de raíz esas peñas; precipitémoslas del monte abajo, sobre las cabezas del invasor.* Y después, cuando los romanos huyan, bajemos á las llanuras é hirámosles con nuestras cortas espadas *en el vientre, fuertemente en el vientre.* (1)

(1) Las palabras subrayadas están tomadas del *Canto de Aztobizkan*, excepto las finales de esta estrofa. De estas se cuenta que fueron pronunciadas en uno de los combates de la guerra cantábrica. Como los romanos llevaban en el pecho coraza, los cántabros no conseguían causar bajas en las filas de sus contrarios y comenzaban á desanimarse. Entonces le ocurrió á uno de ellos gritar «*en el vientre, fuertemente en el vientre*» (*sabelean, gogoe sabelean*) y puesto en práctica el consejo, dió la victoria á los montañeses.

## V.

«Mirad, baskongados; la luna que derrama su luz plateada aparece en el cielo azul; pídamosle al Señor Dios que por medio de la unión salve á la Euskal-Erria.»

Todos se arrodillaron y se pusieron de bruces, y hasta el alto cielo subió una plegaria, semejante al murmullo del mar.

. . . . .  
. . . . .

Hé ahí lo que el ángel me mostró.

*«El que tenga oídos para oír, que oiga.»*

*Pamplona 10 de Mayo de 1882.*

---

---

# LA VISIÓN DE D. CARLOS PRÍNCIPE DE VIANA

---

Leyenda premiada en el certamen literario  
de Pamplona celebrado por Julio de 1882 y dedicada  
á la patriótica sociedad bilbaina  
la «Euskal-Erria».

*Euskal-erriaren alde.*

## I.

**A**PENAS acabó de sonar en el reloj del Palacio Real de Olite la undécima campanada de la noche del día 16 de Mayo de 1452, un caballero joven, esbelto y de bizarra apostura penetró en la Cámara de la Reina, así llamada porque era la más espléndida de todas las del alcázar de los monarcas nabarros.

Un paje, niño aún, le seguía, llevando una hacha de cera blanca, El

caballero, sin volver la cabeza, con voz ligeramente temblorosa, como de persona conmovida, le dijo:

—Piarres, déjame solo y dí al capitán de guardia que hasta después de las tres de la mañana á nadie consienta penetrar en la Cámara.

El paje saludó profundamente y salió afuera.

El caballero, después de pasarse la mano por la nacarada frente para enjugar el sudor que de ella brotaba copioso, se dejó caer, lánguido y desfallecido, en un banco de madera de altos respaldos, junto á una de las cuatro ventanas de la Cámara, colocado.

Era la Cámara espaciosa; su pavimento, formado con ladrillos de esmaltes de diferentes colores, semejaba un sol irisado que se enorgullece al ver su acompañamiento de numerosos planetas y estrellas; las paredes, revestidas hasta la altura de una vara, de maderas primorosamente esculpidas, se ocultaban tras de riquísimos tapices que representaban la historia



de Sansón y Dalila; una gigantesca chimenea, capaz casi de recibir árboles enteros, estaba recubierta de fresca y verde enramada, por entre la que se descubrían algunos capiteles de puro estilo ojival; el techo, de áurea madera artesonada, tenía colgando innumerables cadenillas, á las que servían de remate unos pequeños y delgados discos de cobre. El aire, que con discreto y pausado movimiento penetraba por la ventana del Norte, ponía en conmoción aquella extraña y desusada maquinaria, arrancándole ténues y dulcísimas armonías, que en aquel instante, misterioso aleteo de pájaros celestes semejaban.

El caballero lanzó un suspiro intensamente doloroso y tendió la vista por la campiña. A lo lejos, las sierras de las Merindades de Estella y Pamplona cubrían sus cerúleos hombres con el velo de plata que la luna en el remoto firmamento teje: mas aquí, por la parte Nordeste, apretadas masas de bravías encinas cerraban el horizonte, semejantes á formidables avanzadas del

selvoso Pirene; la feraz llanura que entre Tafalla y Olite muestra la múltiple abundancia de sus árboles frutales, exhalaba como un gigantesco ramillete, las balsámicas emanaciones de millares de arbustos en flor. La azulada línea de las montañas; el verdor sombrío de las florestas; el centelleo de las estrellas; el inmenso esparcimiento de los aromas y de la luz lunar; el quejumbroso rumor de las auras, todos los accidentes y las circunstancias todas de aquella noche daban al alma paz y á los sentidos deleite; tan solo causaba una impresión siniestra la negra torre de San Pedro, que, rompiendo bruscamente la transparencia del espacio, se elevaba por encima de los tejados de Olite.

Sin duda alguna, al caballero le daba también la torre motivos de tristeza, porque no apartaba de ella los ojos, que revelaban en su expresión suprema angustia; y de tal manera le traían absorto y pensativo sus cavilaciones, que no oyó el ruido que hizo uno de los tapices al caer, después de

haber dado paso á una mujer que penetró en la estancia por una puerta secreta.

Tendría la recién venida veinte años de edad á lo sumo y era gallarda en el andar, como pocas. Alta y de formas estatuarias, presentaba ese admirable conjunto de vigor y de gracia propio de las grandes razas montaÑesas, de los iberos y de los georgianos. Su frente tersa sostenía, á manera de regia corona, el triple círculo de una gruesa trenza de cabellos de ébano; sus ojos eran asimismo negros, adornados de largas y rizadas pestañas, y en su fondo brillaba como una aurora el fuego de la pasión; su tez, blanca como el reflejo de la luna en los ventisqueros; sus mejillas, rojas como nubes espléndidas al acostarse el sol; sus dientes, asomando diminutos entre los húmedos labios, como dos hileras de ricas perlas en un estuche de raso granate; y su cuerpo alardeaba en sus diversas actitudes de más flexibilidad y donaire que los cimbreantes juncos.

La joven se acercó de puntillas al

caballero, y poniéndole la mano derecha sobre el hombro, con voz más limpia que el sonido de una campana de plata, le dijo:

—Y bien, Carlos, ¿qué habéis resuelto?

El caballero se estremeció; sus grandes ojos azules se iluminaron con la claridad del júbilo, y estampando un ardoroso beso en la mano de la dama.

—Bien venida seas, María,—exclamó.

—De veras, tienes gusto en verme?

—Esa es una pregunta que no merezco me dirijas. Ya conoces mis penas, mis amarguras, mis aflicciones siempre renacientes. Si alguna vez asoma la sonrisa á mis labios, tú la provocas; tus tiernas canciones euskaras ahuyentan mi melancolía. Tienes para mí la dulzura del rayo de sol que seca la colina después de la tempestad.

—No obstante, esa Brianda.... pero no he venido con ánimo de hablar de mis celos, sino de tu persona. ¿Habeis celebrado la Junta?

—Sí.

—¿Quiénes han acudido?

—La mayor parte de los convocados.

—Dime sus nombres, si en ello no hay inconveniente.

—Estaban mi tío don Juan de Beaumont, Prior de San Juan de Jerusalem, á quien he nombrado mi canciller y capitán general; el Arcediano de la Tabla, don Carlos de Beaumont; don Juan Martínez de Uriz, señor de Artieda; Floristan de Agramont; don Carlos de Ayanz, señor de Mendiñeta; Mosen Charles de Echauz, vizconde de Baiguer; el capitán Semen de Eguía; Joanicot Ezquerria, señor de Laboa; Mosen León de Garro; Arnalt Remírez de Arellano, señor de Amatriain; Pero Périz de Rada, señor de Bidaurreta; Lanzarot, señor de Ciórdia; García de Birto; don Gracián de Luxa, señor de Saint-Pe; Yenego Erripa de Jaureguizar; Miguel de Ustariz; el capitán Martín Ximénez de Monteagut; don Juan de Ursua, gobernador del castillo de Amaya; Charles de Alzate, señor de Zalain; Pedro

de Eslava; don Francés de Jaca; Miguel de Mutiloa y tu padre Godofre, señor de Armendáriz.

—¡Bien por los leales! ¿Y qué tratáis-teis?

—Yo les expuse la situación sin ocultarles, disimularles ni alterarles la verdad en lo más mínimo, ya recordando hechos de todos conocidos, ya aduciendo otros nuevos y recientes. Les dije cómo hace diez años que entregó su alma al Criador mi madre la muy amada reina y temida señora doña Blanca; cómo según las capitulaciones matrimoniales concertadas con mi padre el Rey don Juan (que Dios guarde muchos años) y renovadas en testamento, debía yo de heredar la corona de Nabarra y el ducado de Nemours, apenas mi señora madre la reina muriese; cómo mi padre, contra justicia y Fuero, y en agravio y deslibertad de las leyes del Reino, retuvo para sí la autoridad suprema, dejándome la lugartenencia del mismo; cómo contrajo segundo matrimonio con doña Juana Enríquez, poniendo

en el lugar de mi amada madre á la Rica-hembra castellana, que únicamente odios y recelos contra mí abriga; cómo desde el mismo día de esas segundas nupcias, se me han ido mermando continuamente las escasas atribuciones que se me encomendaron; cómo cuando concerté las paces con el Rey de Castilla, el Rey, mi padre, desaprobó lo hecho, dejando mi real palabra muerta y sin virtud de obligar, cual si fuese el juramento de un jugador; cómo no contento con esto, é infiriéndome nueva ofensa, nombró Gobernadora del Reino á la castellana; cómo los pueblos han protestado contra esa violación de sus Fueros, exenciones, leyes, privilegios y libertades, sin alcanzar del Rey, mi padre, otra cosa que indiferencia y olvido; y cómo doña Juana Enríquez, aliviada de las dolencias de su parto, y ensoberbecida por haber dado descendencia al trono de Aragón, me ha escrito una carta desabrida y seca, diciendome que dentro de ocho días se trasladará á este su Palacio Real de Olite,

acompañada de su hijo, y tomará el supremo mando; atenta á lo cual, de antemano declara nulo y de ningún valor y efecto cuantas medidas, provisiones y órdenes que sin llevar su firma yo dicte, para bien del Reino y su regimiento.

—¡Ah! eso ha hecho la hiena castellana,—exclamó María de Armendáriz;—yo no lo sabía.

Sus ojos negros chisparon, semejantes al hierro candente golpeado por el martillo.

Luego preguntó:

—¿Qué dijeron los infanzones cuando te oyeron?

—¡Vana pregunta la tuya! ¿Qué hace el tizón que cae en el árido rastrojo? Producir un incendio. ¿Qué hace el huracán que sopla sobre el irritable Océano? Producir una tempestad. Así los infanzones nabarros fueron paja de mi fuego y oleaje de mi viento; de sus pechos brotaron rugidos de cólera, y en sus empalidecidos labios clavó su siniestro estandarte la cólera.



—Benditos sean mil y mil veces esos nobles defensores de tu derecho.

—También dejaron oír sus acentos la razón y la prudencia. Tu buen padre espuso los peligros de una sedición.....

—¿Dices que habló de esa manera y todavía le crees mi padre?

—Calla, María, estás loca y locos estuvimos nosotros. Se entregó la resolución del problema á la aleatoria sentencia de los votos, y éstos, casi en su totalidad,—menos el mío y el de tu padre—decidieron la guerra. Mi tío, el de Beaumont, obrando en previsión de ese acuerdo, según nos dijo, había de antemano dado órdenes oportunas á las fuerzas de que dispone; á estas horas, entre Olite y Tafalla, habrán acampado ya Ochoa de Eulate, Machín Martínez de Dicastiei-llo, Bertrán de Beraiz y Domenjón de Esparza, con sus mesnadas. Yo, pensando la gravedad del acuerdo adoptado, suspendí para dentro de algunas horas su ejecución, á fin de consultar con Dios y mi conciencia.

Si de aquí á las tres de la mañana, ni Dios sobrenaturalmente obrando, ni mi conciencia dejando oír su voz imperiosa, reprueban el acuerdo de mis consejeros, cuando suene dicha hora, pondre una luz en la ventana sur de esta cámara, y don Juan de Beaumont, que en compañía de otros caballeros está atento en la torre de la iglesia de San Pedro, lanzará á vuelo las campanas, haciendo la señal convenida á las mesnadas de que te hablé. Estas, entonces, entrarán en Olite, y puesto yo al frente de esas fuerzas, iré, si así conviene, á atacar el castillo de Peralta, que está bajo el mando de Mosen Pierres, á la vez que parten correos con la orden de guerra para que secunden el movimiento á mis partidarios de la Amézkoa, de Val de Lana, de Yerri, de Orba, de Ilzarbe, de Aibar, de Sangüesa, al conde de Lerín, que está en Pamplona, y á los Merinos de las Montañas y de Ultrapuertos.

—La Santísima Virgen de Ujué se sonreirá en el cielo cuando pongas la

luz en esa ventana,—dijo María señalándola.

—Es que no sé si la pondré, necesito pensarlo.

—Se habla de guerra y dudas, tú, tú, Príncipe y descendiente de héroes! ¡Hay quien espera una seña de tu mano para desenvainar el hierro, y tu corazón no es un volcán?

—Mi corazón es un puñado de cenizas. Mi existencia es lóbrega, bien lo sabes, María; en sus tinieblas solo brilla la luz de tu amor, no se si semejante á una antorcha de ventura ó á un cirio funeral.

—Pero, qué es lo que temes, Carlos mío?

—Temo la guerra civil. Es muy fácil incendiar un bosque, pero es muy difícil apagarlo. Las rivalidades de las casas de Agramont y de Luxa, han convertido en un infierno los placidos valles de la Baja Navarra; Butrones y Múgicas, Oñazes y Gamboas han desangrado y empobrecido á Guipúzcoa, Alaba y Bizkaya. Si aquí, en este pequeño reino, salvado mila-

grosamente del siempre inminente naufragio, se produce la guerra civil, seremos devorados después de enflaquecidos ó por el castellano ó por el francés. Acuérdate del mote de mis armas. «*Utrínque roditur.*» ¡Dios mío, estaré destinado á ser causa de la ruina de Nabarra, como justo castigo á mi escasa piedad filial?

—Tu extremada circunspección paraliza constantemente tus movimientos y te inutiliza para la vida. Aquí no se trata, Carlos, de las relaciones de padres é hijos; aquí están en juego la suerte de un Reino, las leyes de un pueblo, los derechos incuestionables de un Príncipe usurpados por un mal Rey. La razón que te asiste es tan clara, que no habrá seguramente en Nabarra, quien se atreva á contradecirla.

—Conoces muy poco á los hombres, hermosa María, y hablas con el corazón, no con la cabeza. Tú que vales mucho más que yo para adoptar la determinación propia del momento,

no sirves tanto para vislumbrar las consecuencias de los hechos.

Nuestra monarquía está minada por la inextinguible rivalidad de dos casas de origen real, poderosas, ricas, unidas á todos los infanzones nabarros por el vínculo del parentesco ó del patronato. Mil veces ha estado próxima á estallar la guerra entre ellas y es de tan torcida índole y perversa condición la animosidad que las separa, que basta que la casa de Beaumont opine en un sentido para que la de Nabarra lleve la contraria; y por lo tanto bastará que el conde de Lerín levante mis pendones para que el Marichal tremole los de mi padre. Y el Rey y el Marichal no están solos, bien lo sabes, que si á mi lado forma gente granada y principal, al suyo también hay nata y flor de la infanzonía nabarra. Y cuando el Rey D. Juan diga «á las armas, caballeros,» le seguirán los Peralta, Ezpeleta, Lacarra, Baquedano, Sarasa, Mauleón, Donamaria, Azpilcueta, Jasso, Agramont y otros no menos buenos, metiendo al

Reino en tales angosturas que sospecho no ha de lograr salir de ellas sin pérdida de miembro, como no sobrevenga total aniquilamiento. Pero dejemos estas pláticas, demasiado graves y enfadosas para los oídos de una mujer, y recojamos el espíritu durante algunas horas. A las tres menos cuarto despiértame sin falta. De aquí á entonces veré lo que tengo de hacer.

Y diciendo esto, el Príncipe de Viana pasó á la cámara inmediata, mientras su manceba la hermosa María de Armendáriz, apoyando los codos en la ventana, dejaba volar sus ojos é imaginación por los espacios infinitos de la noche y de la fantasía.

## II.

El Príncipe permaneció sumido durante algunos instantes en honda meditación, y al cabo de ellos se acostó en la cama, pero sin desnudarse. Experimentaba los prodromos de la fiebre. Apenas se hubo tendido en el lecho, le pareció que una mano de

hierro se le posaba encima del estómago, causándole una angustia indefinible. Más de una hora anduvo revolviéndose, hasta que disipado el desasosiego cayó en una gran postración, acompañada de somnolencia. Veía todos los objetos como al través de la niebla y se le figuraba que una innumerable multitud de manchas de color de fuego bailaba en el espacio. La cámara no tenía más luz que la que entraba por una ventana, y al través de los vidrios de ésta el Príncipe descubría las copas de los árboles plateadas por la luna y movidas por el viento. Fijos los ojos en el balanceo de las ramas, la imaginación del Príncipe acabó de trastornarse y comenzaron á surgir en su cerebro, ora plácidas, ora terribles, pero siempre grandiosas, las visiones de la alucinación febril.

Primeramente vió una estensa llanura tendida á los piés de una sierra gigantesca; castillos, ciudades, villas, aldeas y caseríos que en los llanos y montes se posaban, estaban rodeados

de tierras fértiles, bien labradas y cultivadas; en los bosques y praderas brincaban los rústicos al son de la *chirola* y del tamboril; en otras partes numerosos grupos de caballeros y damas cubiertos de seda y terciopelo cabalgaban por los campos, con el halcón sobre el puño; de las iglesias y ermitas salían devotas procesiones precedidas de relucientes cruces; el aire estaba cuajado de diversos y pacíficos ruidos; cantos de aves, *ujujús* de pastores, panderetas de villanas, martinetes de ferrerías, tic-tac de telares, estrépitos de molinos, armonías de órganos, bañado todo ello en una luz pura, diáfana, ligeramente azulada, que suavizaba los tonos de los distintos colores y los fundía.

De pronto, por detrás de las más empinadas crestas de las montañas, apareció una nube; aquella nube tenía la color del plomo y avanzaba rápidamente; detrás de la primera nube llegó otra mayor todavía, lívida y de bordes cárdenos; después otra de tinte vinoso jazpeada de manchas rojizas, después



otras y otras mil. Los vapores, impulsados por las altas corrientes aéreas de la atmósfera, rodaban á los valles semejantes á las avalanchas del caos; todo se borraba en el pálido desvanecimiento de los limbos; los palacios y las cabañas, las rocas y los árboles se disolvían en las sombras, como un terrón de sal caído en el agua; á la niebla seguía la nube y á la nube la oscuridad. El abismo vomitaba todas sus negruras sobre la tierra. La montaña, coloso de piedra, luchaba con la bruma, ese otro gigante y la montaña era vencida; en vano oponía su muralla de roca á la lúgubre inundación vaporosa; el proteo se agarraba á las ramas de los árboles, se colgaba de los picachos de las cumbres, se pegaba á los peñascos, se extendía entre los barrancos, y ya desplomándose como un águila, ya rastreando como una serpiente, la diluía en un informe desvanecimiento sepulcral. En meons tiempo que el necesario para contarle, sierra, pueblos, ciudades, villas, caseríos, castillos, tierras labra-

das, caballeros, clérigos y villanos quedaron envueltos en los pliegues de las nubes, que concluyeron por amalgamarse y fundirse en una sola, negra y sin límites. Entonces brilló un relámpago en el cielo; parecía que el gigante tenebroso había desenvainado su espada para herir al mundo. Sonó un trueno seco, y á su áspero rugido contestó la horrisona gritería de la tempestad. Al propio tiempo la nube se abrió como un vientre herido, dejando escapar de su seno un haz de rayos; retumbó el firmamento como si sobre él rodaran los carros de guerra de los ejércitos angélicos; los bosques crujieron, saltaron bramando los torrentes, como caballos que se encabritan espantados, y el huracán entonó su inmenso y monotonó lamento en el ronco y destemplado clarín del abismo.

Al poco rato, en el fondo negro de aquellas espantosas tinieblas comenzaron á dibujarse nuevas figuras; el Príncipe vió pasar ante sus ojos ejércitos numerosos de nabarros, castella-

nos, aragoneses y catalanes, á cuyo frente iban figuras de él muy conocidas, el Rey D. Juan, el Marichal de Nabarra, Mosen Pierres de Peralta, el conde de Lerín y su propia imagen; y vió nuevamente sierras y castillos y aldeas y ciudades y ermitas y campos, pero no sirviendo de cuadro á tranquilos y jubilosos labradores ni á complacidos caballeros ni á sonrientes damas ni á fervorosas procesiones, sino entregados al saqueo, á la matanza, á todas las abominaciones de la bárbara guerra; y escuchó lamentos, suspiros, rechinar de dientes y blasfemias, como si la tierra se hubiese convertido en tornavoz de los infiernos; y entre otras amargas y aterradoras escenas, contempló el cadáver de un obispo asesinado en medio de los campos, con las entrañas abiertas y la faz crispada por el dolor, mientras á lo lejos y en polvorienta fuga se alejaban varios caballeros que en sus escudos lucían las cadenas de Nabarra; y se vió á sí propio cargado de hierros, y á su dulce y hermosa hermana Blan-

ca agonizando en una lóbrega cámara guardada por centinelas de vista; y tras los primeros ejércitos mandados según se ha dicho, por personas á quienes conocía, vinieron otros de distintos trajes y jefes, y más quemas, asesinatos y talas, y finalmente, surgió en su imaginación atormentada la imagen de Pamplona, sin gente en las calles, cerradas las puertas y ventanas de sus casas, como de quienes pretenden sustraerse á la vista de una vergüenza ó á los miasmas de una peste, y vió que los Jurados y Alcaldes de la Ciudad entregaban humildemente las llaves de la misma á un guerrero de noble y severa fisonomía, á cuyo lado las gentes de su numeroso acompañamiento tremolaban el pendón morado y á quienes aclamaban millares de tercios de Castilla extendidos en formación de batalla por la llanura, con las relucientes armas al viento y las mechas de los cañones encendidas.

El Príncipe lanzó un alarido y se incorporó, sacudiendo el entorpecimiento que le embarazaba. La luna

asomando por la ventana iluminaba todos los objetos con su nivea claridad, pero aquella luz no le comunicó ningún consuelo, antes bien, parece que con su contraste sirvió de aumento al horror de la visión disipada.

—Gracias, Dios mío,—murmuró el Príncipe;—me has avisado y atenderé á lo que no puede menos de ser un consejo de tu infinita bondad.

Y salió del dormitorio y penetró en la cámara de la Reina, al par que la voz fresca de María pronunciaba estas palabras:

—Acaban de dar las tres menos cuarto; ahora iba á despertarte.

### III.

Tan trémulo, pálido y afligido estaba el Príncipe, que María, alarmada de verle en aquel estado, le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿qué te sucede? ¿por qué tiembblas?

—He visto en sueños el porvenir de Nabarra. La discordia que yo provo-

trae, á la postre, la conquista del Reino por los castellanos.

—Estás loco, Carlos. Tus temores toman cuerpo y luego los crees verdad. ¿Puede darse mayor miseria?

—Es un aviso del cielo; es la voz de Dios.

—Es la voz de la cobardía.

—Te olvidas á quien hablas.

—Te olvidas de quién eres.

—No pondré la luz.

—La pondrás.

—Te digo que no, María; así lo exige el patriotismo.

—El deber exige lo contrario; tú no te perteneces, Carlos, á tí mismo; perteneces á Navarra.

—Pues, por lo mismo, yo no puedo causar voluntariamente la ruina del pueblo que Dios me ha confiado.

—Es que tu inacción, tu prudencia, tu pusilanimidad,—llámale como quieras,—significa la abdicación de Navarra, y Navarra no sabe ceder. Tú eres un nombre, una bandera, pero el agraviado es el Reino. Si el Rey Juan cogiera un látigo y te cruzase la cara,

tú podrías, como hijo, besar la mano que te pega, pero Navarra la cortaría, porque abofeteaba á su Rey. Al retener una autoridad real que no le pertenece, don Juan II obra torpemente, como tirano, pisotea los Fueros, escarnece las leyes y eso no ha de consentirlo quien está hecho á romper cadenas y no á sufrirlas.

--María, no seas mi ángel malo; no tuerzas con plausibles pretextos mi vacilante voluntad. Además, somos pequeños para luchar contra tan inmenso poder.

—Menos eran los de Roncesvalles; el duro martillo que pulveriza el cristal, forja el acero.

—A pesar de todo, yo renuncio; darán las tres y esa ventana permanecerá oscura, oscura... como mi alma.

María de Armendáriz soltó una carcajada burlona, é irguiéndose altanera, dijo con vehemencia:

—Renuncia, en ese caso, á mi amor. Carlos, me das compasión; miento, me inspiras desprecio. Deja la espada de los caballeros y coge la rueca de las

mujeres. No llevarás la corona real de Nabarra, porque no la mereces. Enciérrate en tu cuarto, y rodeándote de astrólogos, observa el curso de las mentirosas estrellas, pasa tus noches en claro y quemándote las cejas sobre los libros de los sabios griegos; pulsa la lira, y ya que no vuelas como el águila, canta como el ruiseñor. Pon tu firma al pie de esa vergonzosa página que se llama abdicar. Vete á la corte del Rey don Juan y mendiga en ella una sonrisa de la castellana; sirve, según lo pretendió ésta en otros tiempos, de maestre hostel á su padre el Almirante don Fradrique. Ya verás cómo te lo agradece; ya verás cómo te lo entrega, para que lo cunes y mezas, á su hijo Fernando, para quien tal vez sueña con la corona de este Reino. Y cuando la Historia te vea repleto de ciencia y pacífico de carácter, cuando te contemple servidor de la loba y guardador de su lobezno, ella te llamará Carlos el Sabio, á menos que no te apellide Carlos el Simple.

La sangre se agolpó á la cabeza del



Príncipe; brotó un rayo de sus ojos, llevó la mano á la espada y se abalanzó sobre María; pero se detuvo repentinamente, exclamando:

—Eres mujer; puedes insultarme sin peligro.

María, entonces, clavó sus radiantes ojos en el Príncipe, y al verle conteniendo su cólera medio desbordada, cayó de rodillas, diciendo:

—Perdóname, Carlos de mi alma; el amor que te tengo me hace delirar. Nadie en este mundo se hará eco de mis infames palabras; todos saben que eres honra de tu patria y espejo de Príncipes. Yo deseo apartar de tu frente esa corona de espinas que villanas manos desean clavarte. Vengan sobre tí todos los prestigios, excepto el del martirio. Tus enemigos no quieren que reines porque eres grande, porque te tienen envidia.

Y María de Armendáriz rompió á llorar.

Don Carlos, conmovido también, se acercó á la hermosísima joven, y ten-

diéndole sus reales manos, la levantó del suelo.

En aquel instante el reloj del castillo dió tres campanadas, lentas y sonoras.

—Lo irrevocable suena,—murmuró el Príncipe estremeciéndose.

María, al oír la hora, dió un salto de leona, y cogiendo una de las luces de la estancia, la colocó en la ventana del norte.

—Mátame—exclamó—pero sé Rey.

—¡Desdichada!, ¿qué has hecho?—dijo el Príncipe con voz henchida de tristeza infinita, ¡que Dios y Navarra te perdonen!

Y sintiéndose desfallecer, se apoyó en la pared para no ir á tierra. Reinaron algunos instantes de silencio tan profundo, que permitía escuchar los latidos de los corazones de María y del Príncipe, pálidos ambos como muertos.

Pero aquel silencio duró muy poco; las campanas de la torre de San Pedro fueron echadas á vuelo; un estruendo resonó en el espacio, como

un llamamiento desesperado y supremo. Aquellas notas metálicas, apresuradas y resonantes, parecían caer como gotas de plomo fundido sobre la frente de don Carlos; en cambio, María las escuchaba con delirante júbilo.

A la vez que las campanas en la torre, se oían voces en los alrededores del Palacio y herraduras de caballos; eran los mensajeros que partían. Cuando el pálido crepúsculo matutino envió un reflejo de su grisieuta luz á la llanura, desembocaron de la parte de Tafalla compactas masas á pie y á caballo; en medio de las lanzas, de igual manera que las amapolas en los trigos, ondeaba el rojo pendón de Nabarra con las cadenas de oro y la corona real. Al llegar á la vista del castillo, los atambores y los clarines de las mesnadas tocaron, y las fuerzas se extendieron en batalla en la explanada del Palacio.

Por la parte de Olite se alzó entonces un gran estrépito de voces, y de una de sus calles desembocaron varios ca-

balleros montados en corceles de sangre, rodeados de inmensa muchedumbre popular. Uno de los caballeros, ricamente vestido y que revelaba en su apostura y porte ser gran señor, llevaba en la mano derecha el pendón rojo, pero con las armas del Príncipe. Era D. Juan de Beaumont, gran Prior de San Juan de Jerusalem, de la casa real de Nabarra, tío y consejero del de Viana; los caballeros que con él iban, principales también, pero con más aspecto de rudos guerreros que de finos cortesanos, eran Mosen León de Garro, señor de Zolina; Carlos de Ayanz, señor de Mendinueta; Gracián de Luxa, señor de Saint-Pe; Juan Martínez de Uriz, señor de Artieda, y Mosen Charles de Echauz, vizconde de Baiguer.

Los caballeros tenían que andar al paso para que la gente que por todas partes les circundaba no fuese atropellada. En aquella bullente aglomeración se veían viejos apoyados en nudosos *makilas*, con los escasos cabellos canos al aire y la cara trans-

figurada por el entusiasmo; robustos gañanes calzados de abarcas, levantando en alto los fornidos brazos, como quien aclama y toma por testigo, al cielo, de sus sentimientos; mujeres á medio vestir, aplaudiendo frenéticas y gritando enronquecidas; niños y muchachos brincando y riendo; viejas desdentadas y barbudas, con las grisientas y ásperas melenas sueltas por la espalda, con los ojos convertidos en ascuas y agitando las huesosas manos.

Aquella delirante multitud avanzaba á fuerza de empujones; de vez en cuando, alguna oleada de gente chocaba contra los caballos, y estos empezaban á cocear; tres ó cuatro personas caían á tierra y se levantaban luego como podían, medio magulladas, pero el apresuramiento y la confusión no cesaban. Así como el inmenso mar, en su flujo y reflujo tiene un mugido grandilocuente y sublime, aquel pueblo tenía también su grito: «¡Viva el Rey! ¡Vivan los Fueros!»

—¿Los oyes?—exclamó María vol-

viéndose hacia el Príncipe. Te aclaman, pero vitorean á sus libertades. Tu derecho lo puedes renunciar, pero no el de tu pueblo.

--Bien lo sabe Dios,—contestó el Príncipe poniendo la mano derecha sobre su magnánimo corazón,—si vacilo y dudo no es por mí, es por el Reino.

Resonaron en la antecámara pasos de gente apresurada, y la puerta principal del aposento se abrió, dando entrada á don Juan y don Carlos de Beaumont y á otros muchos caballeros de la principal nobleza. María apenas tuvo tiempo para ocultarse detrás de los tapices.

—¡Viva el Rey Carlos IV!—gritaron arrodillándose y rindiendo las armas.

—Por Dios, señores,—dijo el Príncipe;—no lancéis ese grito, que pudiera ser de rebeldes.

—Señor,—replicó D. Juan de Beaumont con voz entera,—el pueblo que defiende sus libertades, no es rebelde, es justiciero.

—Yo, señores, únicamente puedo ser Rey mediante las leyes del Reino, y os prohibo en cumplimiento de ellas que me déis ese nombre, mientras no haya jurado los Fueros y sido coronado en Santa María de Pamplona.

—Señor,—replicó D. Juan de Beaumont,—es tanta la confianza que al Reino comunica el alto nombre de V. A. que hasta las piedras le aclamarían, si voz tuviesen, sin esperar á verle ligado por la santidad del juramento. Oíd, señor.

Sobre la cabeza de los congregados resonó el sonido lleno y pausado de una gran campana; con su resonancia los vidrios de las ventanas temblaron.

—La campana de los Reyes!—exclamó el Príncipe encolerizado;—¿quién se ha atrevido.....

—El pueblo, señor; esa campana anuncia á Nabarra toda, que un nuevo Rey habita en los muros de Olite; esa campana proclama el derecho indisputable de V. A.; esa campana lleva á todos los corazones la esperanza; esa

campana profetiza días de ventura.....

—Callad, D. Juan, no pretendáis, temerario! descorrer el velo de lo futuro.—Vamos todos ahora á la capilla á pedirle á Dios misericordia, porque en verdad os digo, nobles, caballeros é infanzones, que estoy acongojado sobre toda ponderación. Esa campana anuncia la guerra civil: anuncia..... ¿quién sabe? la muerte de Nabarra.

El sol, aparecía en el horizonte, é inundaba el nuboso cielo de rojos resplandores. A su luz, el firmamento, la llanura y los montes se pusieron de color de sangre. La naturaleza, más sabia que los hombres, vislumbraba, acaso, los horrores y las desdichas de lo porvenir.

*Pamplona 30 de Junio de 1833.*

---



---

# OKENDOREN ERIOTZA

---

*«Euskal-erriaren alde.»*


Leyenda premiada con la corona de plata en las  
Fiestas Euskaras de San Sebastián, año 1883

---

*Ainbeste seme eman zituzan  
Ichasorako zoliak,  
Liorrerako ez giehago  
Gerrari bildurgarriak.*

ARRESE.

## I.

AMA María de Lazkano, leyoaren  
ondoan zegoen.

Mayatzak, zeláyak loraz eta arbó-  
lak ostoz estali izan zituen, baño  
oraindik ozcho egiten zuen; orregatik  
sukaldea zegoen egur igarrez eta lodiz  
ondo ornitua.

Egun artan asi zan goizean goiz  
euria, istan bat atertugabe. Ulia-men-

diko tontorretatik errékak amiltzen dira saltoka; zeru-goyean, argiya illtzen ari da; lurrean laño ubélak eta itzal béltzak ibarretatik eta ibai ertzetatik geldi geldi igotzendira, lureko osoaren zuritasun eta urdintasun guziyak borratu nayez. Gau eta egun, bata bestearen kontra gogorkiro jazartu dute noski, eta eguna, bere etsaiyak garaitu diolako, mundu onatetik ote badijoa, bere lots aundiya ezkutatzeko. Argi-guchitu hura, argitasunaren azken agúrrak dirudi; echea, aizeak erabillia dardaratzen dá, eta leyo zabaletatik sartzen dira gelará ichaso aserretuaren orroi izugarriyak.

Bat batetan, neskame gazte batek atea idikita, itz egin zuen onela:

—Andrea, andrea, berri ónak dakarzkít, berri ónak...

—Zer den, Praska, burutik jauziya aizan?

—Ez, andrea, ez; berri ónak dakarzkít...

—Noiz arte, emakumea, egongo aiz esanaz «berri ónak dakarzkít?»

Esan itzan, bein betiko, berri oriek, nik jakin ditzadan.

—Nagusiya eldu da; *La Capitana* eldu da; portua, jendez betea dago; ango deadañrak! ango chalóak eta pozgarritzko ojúak! dénak atsegiñez zoratuak, dirudite...

—Bai ote? Ene Andre Birjina María! nere senar maitea eldu da? Donostiyan dago? eta biotzak ez zidan ezer esaten! Zorionekoa milla eta milla aldiz gaurko eguna. Uste nuen, ez nuela iñoiz ikusiko! Urtétan aiñ aurre-ratua, eta ¡beti ichasoan! beti etsai amorratuen artean! Baño, egiya dá, Praska, aditu dedana? Nóla, noiz artu den berri maitagarri ori?

--Nik-neronek ikusi det, andrea. Joana nintzan Donostiara áurak eskolatik ekartzera, eta ikusi nuen gende asko Portu-alderontz joaten zala. Eskuadra Errealaren ontzi bat, jendearen iritziyan, abiatzen zan Portu-barrurá. — Goazen, esan nien aurrai, ikuszaletua, goazen ontzi ori ikusterá. —Gu portura eldu baño lenago, ontziyak aingúrak botarik zeuzkan. Ma-

riñel batzúek, áurak nór ziran ezaguturik, eskútik kendu zizkidaten, esanaz: — Oyen aitona orainche dator. Ots, eraman ditzagun ontzira; ongi-  
etorri obeagorik ezta izango segurki munduan On Antoniorentzat. — Ala egin zuten, eta jendeak ikusi zan. Ni berriz, etorri naiz echera berrori berri oyek emateko.

Bazirudien serbitzari leyalak demborarik bidean galdu etzuela. Bere kopeta izerdiz eta euriyaz arras bustiya, eta asnase estutua zeuzkan; gónak ura chirrian zeriotea, aztal eta oñ narrru-gorriyak loyaz zikindúak egon arren, zearó agertzen zuten. Praska echerà lembaitlen itzultzeko, naiz nekeari, naiz bide charrari etziola kaso-rik egin.

—Uste det, esan zuen Dama Mariak —nere biotza pozez lertzera dijoala. Diotenez, atsegiñak illtzen du; nóla ni, bada, orainche naiteke bizi? Baño... zer egin bear det? Porturá joango naiz? Ichedongo diot emen? Ichedoten badiot, zénbat oñaze, datorren bitartean! joaten banaiz, jende guziaren

aurrean laztanduko gera... Zer lots aundiya neretzat, atso gaiño bat naizelarik! Zer erbaltasun arentzat, human-ta bat dala... Emen gelditzen naiz; estutu zaite, biotza!

Gaba da; ódeitzárrak goyea, laño béltzak lurrean ikusten dira; illuntasuna alde guzietan. Leye zabaletatik sartzen dira barrura euri-jasoaren chismistak eta ichaso aserratuaren orroi izugarriyak!

Echeko andreak agindu zion neskamcari leyóak ichi eta argiyak piztu zitzala, baño eginbear ori bukatú baño lenago, Dama Mariak esan zuen:

—Ago isillik, Praska; ezten entzuten ost aundi bat urruti? Gizonen irrintzi, oju eta kántak dirudite. Begíra, Donosti-alderá, begíra!

Donosti-aldetik, argiera bizi ikusten zan; argiera hura geldi-geldika aurreratzen zan *Manteo-tolareko* base-rrirontz, eta argi-elkarrekin, oiezbezalako iskambilla bat zetorren; ala nola turmoya oñaztarrekín.

—Uste det,—esan zuen neskameak,

—nagusiya datorrela eta jendea atzetik darraikiola.

Bai, ori dá, Praska; ezten entzuten nóla oju egiten duten «bizi dedilla Okendo?»

¡Ikusgarri ustekabekoa! Emen, atso zimurtuak; ará, gizon azkárak; piska bat urrutiyago, neskach min-bérak. Zar eta gazte, chiki eta aundi, aberats eta pobre, arranzale, nekazari, alogerari, soldadu, ichas-gizón eta baserritárrak ibiltzen, mogitzen, aurretatzen, zabaltzen ari dira, ichaso osdun eta naspillatuaren antzean. Oyetako askók, argi-zuziyak dakarzkite; jendetaldearen erdiyan, gizon bat, adiñean chit aurreratua, illargia baño zuriago, auldua, nekatua, lurrerontz makurtua, illdakoaren antzekoa, zaldiz dator. Bere kaparen toles-artétan ume bat dakar. Aurrak, buru-gorrichoa estalkitik atereaz, esan eragiten dio gendeari: — Begíra, nolako kabia egin duen aritz ustelduan uso zuriyak! — Beste illobak, soldadu baten besoetik musúak eskuz igortzen dizkio in-

gurutukóai, eta jendea zalantzan dago, zeñi geyago dio maitatzen, edo zar beneragarriari, arratsalde bat aomenaren eguzkiyaz gorritua dalarik, edo áurrai, egunsenti bat inozenziaren (1) eta esperantzaren intzaz bustiya diralako.

## II.

Arras luze eta zabala dá *Manteo-  
tolareko* baserriaren sukaldea, baño ezin kabitut diragau onetan bildut diran jendeak.

Maya ongi ornitua dago janariz; ardo-napartarra zagietatik dario iturriaren ura bezala, eta ikustekoa zait bai! zenbat *Peralta-zale* bilduziran sukalde ortan.

Okendo, mayaren buruan eñeri da; ezkuyan, bere emaztea, ezkerrean bere illóbak baditu; dénak asetzen diraden bitartean, bi edo iru ogi-azal bustitzen ditut ardoan. Dama María izuturik, baño bere izuikarak beregan gordeta, tristiró ikusten ditut, nóla sena-

(1) Ogengabearen.

rraren aurpegiyan agertzen dira erio-tza berealakoren aztárnak.

Bat-batetan dénak isildu ziran, eta Miguel de Horma, Iruña-sume kapitan aomen aundiko batek, esan zuen:— Jakin nai dezute nóla gertatu zan jazarrik? Belarriyak idiki itzatzu ongi.

Zan egun bat eguzkirik gabea. Agertzen etziran Franzia eta Inglaterrako ichas-aldeák; euri-auts-erre bat botatzen ziguten lañoák; ipar-aldeko aize bizi batek aurpegi eta eskúak autsikitzen zizkigun minki. Gure *La Capitánaren* bela apúrrak aizeaz erabilliyak, arrano erituaren egóak bezela, dardaratzen ziraden; ontziaren soldadu eta mariñel guziyak aitonatuak giñirudien, gure buru eta aurpegiko illéak apar zuriz estaliyak giñituelako.

Bezperan, ogeita bat ontzi Españatar, eun eta amalau bajel Holandarren kontra, zortzi ordu eta geyago pelean izan ziran gogorkiró. Baño D. Lope de Hoces, bere jende geyenarekin, su eta garren artean biziya galdurik, eta etsayaren kupurua ain geyegia zalako, beste sei ontzi Españatar



errendatuta, gure Armada sakabanutu zan, etsayari kalte aundia egin arren, bada ordurako, Holandárrak galdu zitutzen ogei ontzi. Onela, laguntzarikgabe, geratu giñan ichaso genasi artan.

Bat-batean, isiltasuna urratu zuen boz batek:—Etsaya degu ezkerre-rontz!

Ichasoaren zabaltasun urdiña, mancha beltzaz estali zan. Ontzi holandárrak dira. Otso lapur, arrano arrapari, buzoka gosetien eran, belak aizez uanditurik, hereje madarikatu ayek datoz. ¡Gertaera arrigarriya! armada oso bat, ontzi baten kontra! Orduan, norbaitek esan zion On Antoniori, obeto zala Dunasko portura itzulzea. —Ez beza nai Jaungoikoa!—erantzun zuen On Antoniok,—nere aomena kutsutu dezadala billaukeri orrekin. Etsáyak ez dizkit ikusi nere bizkárak oraindikan. ¡Mutillak, emen ill bear degu!—Armada Holandarrak ausarze sinisteziñ ori ikustean, arritu zan lazki, eta asi zan bere sutunpadi guziarekin gure *La Capitanari* erasotzen.

Burniyak airea illunduta, ontziaren inguruan dinbi danba egiten zuten sutumpak; ura igotzen zan zeruetaraño; gu, aparraren odeyen erdian, itsu eta górrak genbiltzan. Soldadu eta ichas gizónak infernuko kazkarabar hura ikusita, asi ziran ikaratzen, eta jachi ziran eskotillapera. Okendok oju bat egin zuen, ichasoaren orroia gañez egin ziena, eta ezpata narrugorritua eskuiko ezkuian arturik, igeslarien ondoren oyen biótzak alaitzeagatik joan zan, eta asi zitzayen esaten onela:—Adiskide maiteak! zergatikan iges egiten dezute? Zuen zañak ez daramazkite ya Españatarren odolik? Ah! zein erbal eta lacho da zure go-go! Zortzi egun oraindik ez dira, etsai ori, agintari ori, bajel oriek berbérak, gure *La Capitanaren* aurrean, iges egin dutela. Begira, eztegu beste erremediorik peleatzea baizik, bada eguzkiya ichasoaren barrurá eroriko dá errazago, ni bizitzen naizen bitartean iges egitea baño. Ikaratzen zaituzte illtziak? Ilko gera gure Erreligio Santua eskudatzeko; illko gera gure

Errege eta Erreinuaren izen ondradua azken mallará igo-eratzitzeko. Asko gudari dirala diozute... Obe; onela, gure loriaren lekuko geyago izango ditugu. Utzi bildurra; ea, aurrera; nere mutillak!

Soldadu eta mariñelak itzaldi sututsu au aditu bezain láster, eskotilla-petik irtenda, itzuli ziran, nor bere tokiya betetzerá. Ikustekoa zan pesta hural Burniya airean, illuntasuna zerruan, apar-zuriya бага-ferdetan, mastillen sókak zart egiten, ontzi olak dardaratzen, berreun sutumpa sua botatzen, eta ichaso ezopeak bere orroi izugarriarekin esaten: «emen dauzkat ura, odol guziya garbitzeko, ondarra gorpuz dénak obiratzeko.» Baño alper alperrik ziran etsayaren kemen guziyak. Gure *La Capitana* garaituezgarriyak, Holandako Armadaren geyena alderatu zitzayozkan, ogei ontziak galdu zituen. Holandárrak ikusirik beren indar guztiyakin ezin azpiratu zuala gure bakarra erabaki zuan azken erasoá emateko, abordatu bear zuala Okendoren ontzia. Orretarako paratu

zituen ayen La Capitana, Almiranta eta beste bi buke holandárrak. Baño, ¿zer balio du beleakarranoaren parean? On Antoniok donario ederrean, bela apúrrak izaturik. esan zuen:

—Geldi bedi bakoitza bere lekuan; piztu itzatzute méchak.

Etsaya, alboratu zitzagun bezin prest, Okendok deader egin zuen:

—Sul eta deskarga lodi bat *La Capitana*k botaturik, Holandárrak ozka, ayezka, ojuka, birauka, muzinka, errenka, saungaka sakabanatu ziran ichas-lambro-tartetan.

Zenbat chalo egin zituen gende ark, Hormaren itzaldia aditu zuenean, ezin esan liteke. Dénak asi ziran deadarka:

—Bizi bedi Okendo! Bizi bedi Okendo! ¡Bizi bedi *La Capitana*! Gure erri-tar aundiya bizi dedilla beti betiko!

Agure batzúek samurtasunez negar egiten zuten zokoetan, beren malkóak lotsagatik ez agiri nayez.

On Antoniok, Aralarko eta Hernio-ko elúrrak baño aurpegi zuriago zeukan. Keñúak eskúakin egin zituen,

dénak isil zítezen; eta itz oyek esan zituen:

—Biotz biotzetik eskérrak ematen dizkizutet, oh lagun eta adiskide kutúnak! Nik ere, asko maitatzen zaituztet. Etorri naiz beste eginkizunikgabe, nere azken agúrrak zuei egitera. Ezdezute esan bear: »Bizi bedi Okendo;» itzala, autsa, ezereztasuna da gizona; aundiya izatea, Jaungoikotik dator. Ez nintzan izan ni, ez, Holandako eun ontzien garailariya, ezpada Jaunaren esku guzialduna: aren laguntzarikgabe, ordu onetan, ichasoko arrayen janariya izango giñan. Eskérrak eman dizazkiogun, bada Euskaldun baten bitartez ainbeste aomen Españari Jainkoak eman nai izan diolako.

Dénak belaunikatu ziran eta jayera irazekiarekin errezatu zituzten *Ailagure* eta *Ave María* bat. Bereala, Okendo jaiki zan eta esan zuen:

—Berandu dá; bigar goizean irten biar det Coruñarontz.

—¿Nóla? Dama Mariak galdetu zion;  
—Donostiatik alde egiteko asmóak dituzu? Ezin liteke; eriya zaude, argala

zaude, Geldi zaite emen, zure indar auldúak zuzperturean.

Emazte leyalaren eta jende danaren ondo-esának, erregúak, eta negárrak alper alperrik ziraden. On Antoniok erantzun zien leyatzen ziotenai:

—Agindu dit Erregek *La Capitana* eraman dezadala Coruñara, eta bear bada, nere obedienziya proगतuko det illaz. Baño uste det Jaungoikoak indárrak emango dizkidala, Coruñean sartu arteraño; gero... gero... ¡ay! Atoz nere besoeṭara, atoz nere biotzeko Mariya, nere bizitza osoaren lagun garbiya, nere argiya, nere eztiya, atoz! ¡Zenbat aldiz ichasoko ekaitz eta jazarretan zure oroitzak distiatu zuen neretzako, artizarra baño geyago! Atozte, zuek ere, áurak! Musu bat... eta beste bat... eta beste bat... eta milla, eta milla eman zayozute zuen aitonari... Euskaldun ónak izan zaitezte... ¡Ay enel nai nuke ill emen! Agur nere aragiaren eta ezúrren zatiyak!... Agur, Euskal-Erriya!

Itz oriek esanda gero, irten zan Okendo; bi malko lodi agitz begieta-

tik zeriotea, ezkutatu ziran aurpegiko ille zuri-zuri artétan. ¿Nork ikusi du leoi portitzak negar egiten?

—Ah gizajoa!—dio Dama Mariak;—eztet ikusiko sekulan.

—Aitona itzuli dedilla laster; eztegu nai joan dedin,—diote áurak.

Bitartean, Okendo abiatzen da portura; jendea dijoa bere ondoren; pozaren irrintz eta kántak mututu dira; benik bein, «*Viva Okendo!*» batek, gauaren isiltasuna austen du, On Antonio triste dijoa Portu-alderontz. Zerua, atertu dalarik, izarratua dago: izar ayek, Okendoren koroaren artur-giyak dira.

### III.

Illabete bat igaro zan.

*Corpus-Cristiren* eguna dá.

Coruñaako Ezkilldorreak errepikatzen daude. Echen balkoyetan ikusten dira damacho edérrak, aur aláyak, zaldun galántak, dénak lumaz, sedaz, urrez, terziopeloz eta beste asko gauza baliosoz ederki apainduak; karriketan,

emendik ará, beetik gorá, jira-bira-tzen ari dita baserritárrak, itzulamilka, bulzaka eta ipurkadaka leku on bat artu naye, prozesioa ondo ikusteko. Noizik bein, jende-taldéak kayaren ondoan zegoen eche aundi baten aurrean, gelditzen dira, eta goardia ematen duten ichas-soldadúai, zerbait galdetzen diete, eta erantzuera aditzean itzultzen dira zeruari begiratuaz eta aurpegi tristeákin.

Sart-gaitezen echera. Gela aundi bat, illuna; bazterrean, oe bat; oean, eri bat; oen gertuan, apaiz bat; eria-ren eta apaizaren urrutiyago, argi bat mai-gañean ipiñia; orra, zer topa-tzen degun echean.

Ezpañ zuriyak; sudur zorrotza; kopea izerdi otzaz bustiya; masállak igor eta ubeldúak; asnase estua ditu eriyak; eriotza berealasekoaren aztárnak agertzen ditu bere aurpegi ansiatuak. Illten dagoana, On Añtonio Okendokoa da; apaitza, Aita Gabriel de Henao, kondairatzalle famatsua.

On Antoniok begiyak idiki zituan, eta Aita Henaori galdetu zion:



—Zer esan dute sendagiñak?

Aita Henaok zizpuru bat egin zuen, baño itz bat erantzungaberikan.

—Esan zadazu, arren, egiya. Bada-kizu, Aita, eriotza asko aldiz ikusi dedala nik gertuan. Ez nau bada batere ikaratzen.

— Samiña da egiya, baño ona. Sendagiñak diotenez, láster ikusiko dezu Jaungoikoa; láster irtengo zera mundu negargarri onetatik.

—Ah! aiñ urrean dago eriotza... Nere Jaungoikoa, *zure naya, zeruan bezala, lurrean ere egin bedi.*

—Beti aundiya zera, On Antonio! Nik, gure salbatzallearen izenean, diotsut: *zorionekóak negar egiten dutenak, bada poztúak izango dira.*

—Aita, ez nago oraindik zenzurikgabe, eta nai det artu *azken-oleazioa* bereala. Aita, lagun nazazu Sakramentu konsolagarri orrekin.

Olio-santúak erakarri zituen Aita Henaok, eta Okendoren lagunak, *La Capitanaren* soldadu eta agintariyak, sartu ziran gelara; dénak zeramazkiten kandela irazekiyak eskuetan.

Ichas-gizon ayek, aizez, ekaitzez, eguzkiz eta perillez gogortuak egon arren, beren ezpañak autsikitu zituen ezsollozatzeko.

*Azken-oleazioa* artu oudoren On Antoniok ezan zuen:

—Aita, mesede audi bat eskatzen dizut. Urkamendira eramaten dutenai ere, beren azken gogoa egiten dieztee.

—Esan zazu nai dezuna. Guziyak emen gaude zu serbitzeko, ala arimaren gauzetan, nóla gorputzeneko etan.

--Badakizu, aita, ogeita bost egun oyetan sukarrak odola irakitzen egin didala. Egarriyak itotzen nau; barruneko suak kiskaltzen dizkit errayak. Agonia luze onetan, gogo bat baka-rrik izan det, gau eta egun; ur preskoa edatea. Sendagiñak debekatu zidaten, esanaz, ur preskoak kalte aundia egingo zidala. Orainche iltzera noa, eta ez urpreskorik eta ez beste gauzarik kalte auudirik ezin egin dizadake. Eman zadazu, arren, azken pozkida ori.

Aita Henaok, bertatik, eskeñi zion baso bat urez betea.

—Ah! zoratzen ari naiz! Ur-preskoa, ur garbiya!... Euskal mendietako ura dirudi. Uraren bitartez, mendi berdéak, baserri zuriyak, baso orritsúak, nere biotzeko *Manteo-tolareko* echea, dakuskit... Atoz, ur konsolarriya, ur opatua, ur benedikatua!

On Antoniok artu zuen edanontzia, eta alderatu zuen ezpañetara; baña edan baño lenago, eskua beeratu, eta esan zuen:

—¿Zer? gure Salbatzalleak kurutzean «egarri naiz» esanaz, Judu zatárrak eman zioten beazunez nastutako ozpiña edateko, eta pekatari aundi bat naizelarik, emango diot nere buruari zeru eta lurraren jabeak izan ez zuen atsegiñ au?

Eta botatu zuen edanontzia lurrera, non puskatu zan osotoro.

—Ah On Antonio! berriz eta berriz esango dizut Salbatzallearen aigntz eziya; zorionekoak negak egiten dutenak, bada poztúak izango dira.

Une onetan, prozesioa Elizatik sorturik, Flandesko Eskuadra Errealaren sutumpak asi ziraden disparatzen,

eta eche osoa dardaratu zan. On Antonio oean eseri zan, eta eriotzaren zotíñez ya larritua, deadar egin zuen:

—Etsaya dator... ¡ichas-gizónak, nigana!... *La Capitana* perillean dago... ez dizkio ezarriko bere atzaparrak... prest zaude... para itzatzu sutumpak... gure alde Jaungoikoa bádegu... aurréra mutillak... Biyi dedilla España... aurrerá... aurre...

Baño ezin zezakean bukatu: azken ansiyak estutu zuen eta erori zan burupe-gañera. Jesu-Cristoren gurutziltzatuaren imajiña bat alboratu zion Henaok. Musu eman zion, eta ill zan.

—Jaúnak On Antonio Okendokoa ill da—esan zien gelakóai Aita Henako. Ill da Santuen gisan ¡zorion aundi bat gerrari baterako!

.....  
 .....  
 .....  
 .....

Orra, *Jaungoikoaaren eta Fueroen* arbolaren azpian jayo zan baten bizi-tza eta eriotza.

¿Zeiñ izango dira guréak, Euskaldun-gaztelatutako?

(Iruñan 1883-garren urteko Azülaren 18-ekoan.)

## LA MUERTE DE OQUENDO

(TRADUCCIÓN)

EUSKAL-ERRIAREN ALDE.

### I.

Doña María de Lazcano estaba sentada junto á la ventana. El mes de Mayo había cubierto de flores los campos y de hojas los árboles, pero todavía el tiempo estaba muy frío; por ese motivo, habían abastecido el hogar de troncos gruesos y secos.

Aquel día, desde muy de mañana, comenzó la lluvia, sin que cesara un instante de caer. Desde las cumbres de *Ulia* los arroyuelos se precipitan saltando; en el alto cielo, la luz agoniza; en la tierra, las pálidas nieblas y las negras sombras, desde los valles y desde las orillas de los ríos suben lentamente como queriendo borrar toda la claridad y el azulado todo de la tierra. Tal vez el día y la noche han peleado réciamente entre sí, y el día,

vencido por su enemigo, acaso huye de este mundo para ocultar su gran vergüenza; aquel disminuir de la luz parece su adiós supremo; la casa, á la que el viento sacude, tiembla, y por las anchas ventanas penetran á la habitación los espantosos rugidos del encolerizado mar.

De pronto una criada joven, abriendo la puerta grita:

—Señora, señora, traigo buenas noticias, buenas noticias.....

—Qué eso, Francisca, tienes trastornada la cabeza?

—No, señora, no; traigo buenas noticias.....

—Hasta cuando, mujer, vas á estar diciendo «traigo buenas noticias?» Dilas de una vez, para que yo las sepa.

—El amo ha llegado; *La Capitana*, ha llegado; el puerto está lleno de gente; cuántos aplausos! cuántas aclamaciones! cuántos gritos de júbilo! parece que todo el mundo se ha vuelto loco.....

—Es cierto? Virgen Sentísima! mi adorado esposo llegó? está en San Sebastián? y nada me ha dicho el corazón? Feliz, mil y mil veces el día de hoy! Pensaba que ya no le volvería á ver. Tan anciano, ¡y siempre en el mar! siempre entre rabiosos enemigos! Pero es verdad, Francisca, lo que he oído? Cómo,

cuándo, has tenido noticia de esas enloquecedoras nuevas?

—Yo misma lo he visto, señora. Fui á San Sebastián á traer los niños de la escuela y reparé en que mucha gente se dirigia hacia el puerto. Un navío de la Escuadra Real, según opinión de la gente, se preparaba á entrar.—Vamos,—les dije á los niños, incitada por la curiosidad—vamos á ver ese navío.—Antes de que nosotros llegásemos al puerto, el buque había anclado ya. Algunos marineros, conociendo quienes eran los niños, me los quitaron de las manos, diciendo:—Ahora mismo acaba de llegar su abuelo; llevémoselos al barco; en el mundo, seguramente, no habrá mejor bienvenida para D. Antonio.—Así lo hicieron, y cuando la gente vió cómo entraban los niños en el navío, prorrumpió en aplausos y aclamaciones. Yo, por mi parte, he venido á casa para comunicaros estas noticias.

Bien se veía que la leal servidora no había perdido tiempo en el camino. Su frente, empapada en lluvia y en sudor, sus sayas que chorreaban agua, su aliento corto, sus piés y piernas desnudos, enlodados, demostraban clarísimamente que para volver cuanto antes á casa, Francisca no había reparado ni en el cansancio ni en el mal tiempo.

—Pienso,—exclamó doña María,—que mi

pecho va á reventar de júbilo; dicen que mata la alegría, cómo, pues, vivo yo aún? Pero..... qué haré? Lo esperaré aquí? Iré al puerto? Si lo espero, cuántos tormentos, mientras viene!.... si voy, nos abrazaremos delante de mucha gente..... qué vergüenza, para mí, que soy una pobre vieja! qué debilidad, para él, que es un héroe!.... Me quedo; retuércete, corazón!

Es de noche; se ven nubarrones en el cielo y pardas nieblas en la tierra; en todas partes, la oscuridad; por las anchas ventanas penetran adentro las gotas de la borrasca y los espantosos rugidos del encolerizado mar.

La señora de la casa mandó á la muchacha que cerrase las ventanas y encendiese las luces, pero antes de que terminase esos quehaceres, doña María dijo:

—Cállate, Francisca; no oyes un gran estruendo lejano? Se oye á manera de *irrinzis*, de gritos y de cánticos. Mira hacia San Sebastián, mira!

En dirección á la ciudad se descubre una gran claridad; aquella claridad se acerca lentamente al caserío de *Manteo-tolare* y con la claridad un extraordinario tumulto avanza de igual modo que el trueno con el rayo.

—Se me figura—dijo la criada—que llega el amo y que la gente le acompaña.



—Sí, eso es, Francisca; no oyes como gritan «*Viva Oquendo?*»

Espectáculo impensado! Aquí, viejas arrugadas; allá, hombres fornidos; un poco más lejos, tiernas doncellas. Viejos y jóvenes, grandes y pequeños, ricos y pobres, pescadores, jornaleros, soldados, marinos, labradores, andan, se mueven, se acercan, se esparcen como el sonoro y revuelto mar. Muchos de ellos traen antorchas en las manos. En medio de la muchedumbre un hombre muy entrado en años, más blanco que la luna, debilitado, cansado, hacia la tierra inclinado, imagen verdadera de la muerte, viene á caballo. Entre los pliegues de su capa, trae un niño. Este saca su cabecita rubia y sonríe á la gente que exclama: «mirad cómo anida la blanca paloma en el tronco carcomido.» Otro niño, desde los brazos de un soldado, envía con la mano besos á los que le rodean y la gente está indecisa, sin poder decidir, á quién ama más, si al viejo venerable que es una tarde enrojecida por el sol de la gloria, ó á los niños, que son una aurora humedecida por el rocío de la inocencia y de la esperanza.

## II.

Grande, sí, muy grande es la cocina del caserío de *Manteo-tolare*, pero no lo suficiente

para los que allí estaban reunidos aquella noche.

La mesa está atestada de manjares; el vino nabarro mana de los odres como el agua de la fuente, y es de ver cuanto aficionado al *Peralta* se ha reunido en tan breve momento.

Oquendo está sentado á la cabecera de la mesa; á la derecha tiene á su esposa. á la izquierda á sus nietos; mientras todos se hartan, él moja en vino dos ó tres cortezas de pan, Doña María, espantada, pero reservando para sí sus temores, contempla tristemente cómo aparecen en el rostro de su esposo las señales de la próxima muerte.

De pronto, todos se callaron y Miguel de Horma, capitán pamplonés de gran renombre, dijo:

—Queréis saber cómo tuvo lugar el combate? Oid, pues, con atención.

«Aquel día no se mostró el sol; el mar, el cielo y las costas de Francia y de Inglaterra estaban de color gris; las nubes cercanas nos enviaban una especie de lluvia de ceniza; un viento norte vivo nos mordía ásperamente las caras y las manos; los girones de las velas de nuestra nave *La Capitana* temblaban á compás del aire, como las alas de un águila herida; todos los soldados y marineros del navío parecíamos hombres viejos á consecuencia de la

blanca espuma que recubría nuestros cabellos y barbas.

»La víspera, veintiún barcos españoles habían combatido rudamente más de ocho horas contra ciento catorce navíos holandeses; pero habiendo perdido la vida entre las llamas de un incendio D. Lope de Hocés con la mayor parte de su gente, y estando el número de los enemigos en demasiada desproporción, después de haberse rendido otras seis naves españolas, nuestra armada se dispersó, mas no sin causar un gran daño al enemigo, pues para entonces el holandés perdió seis navíos. De esta manera nos quedamos sin ayuda en aquel tempestuoso mar.

»Inesperadamente, una voz rompió el silencio:

»—Tenemos el enemigo á estribor!

»La azul anchura del mar se cubrió de manchas negras. Son las naves holandesas. Aquellos malditos herejes avanzan con las velas hinchidas de aire, á manera de lobos ladrones, de águilas raptoras, de buitres hambrientos. ¡Suceso admirable! toda una Armada contra un sólo navío! Entonces un capitán le dijo á D. Antonio que era mejor volver al puerto de las Dunas.—«Dios no quiera,—replicó D. Antonio—que manche mi reputación con semejante villanía. Hasta hoy, jamás el enemigo vió mis espaldas. Arriad las velas,

muchachos; aquí hemos de morir.»—La Armada holandesa al ver tan increíble arrojó, se maravilló sobremanera y comenzó el ataque de nuestra *La Capitana*, con toda la artillería. El hierro oscureció el aire; hasta el cielo saltaba el agua; las tablas del navío temblaban con el estruendo como la tapa de una caldera al hervir del agua. Los soldados y marineros viendo aquella granizada de los infiernos, se llenaron de miedo y bajaron á debajo de las escotillas. Oquendo lanzó un grito que dominó el mugido del mar; y con la espada desnuda en la mano se fué tras los fugitivos hablándoles de esta manera para reconfortarles el corazón:—«Queridos amigos, por qué huís? ya no llevan vuestras venas sangre española? Ah! cuán enflaquecido y debilitado está vuestro ánimo. Todavía no hace hoy ocho días que ese enemigo, ese general, esos mismos bajeles nos enseñaron cobardemente las espaldas, á pesar de contarse diez y siete navíos contra nuestra sólo *La Capitana*. Mirad, no nos queda otro remedio que pelear, porque más fácil ha de ser que el sol caiga al fondo de los mares, que el que yo, mientras viva, huya. Qué importa morir! Aquí sucumbiremos en defensa de nuestra Santa Religión, elevando hasta el más alto grado los nombres de nuestro Rey y de nuestra Patria. Qué son muchos los enemigos?.... Mejor;

así habrá más testigos de nuestra gloria. Dejad el miedo; adelante, muchachos.»—Tan pronto como los marineros y soldados oyeron estas palabras de fuego, salieron de las escotillas y volvieron á ocupar sus respectivos puestos. ¡Aquella si que fué hermosa fiesta! En el aire, hierro; en el cielo, oscuridad; en las verdes olas, espuma; las cuerdas de los mástiles rechinando, el maderamen del buque retemblando, doscientos cañones haciendo fuego y el tremendo mar diciendo con sus espantables mugidos:—«Aquí tengo agua para lavar toda la sangre y arena para enterrar todos los cadáveres.»—Pero fueron inútiles los esfuerzos del enemigo. Nuestra *La Capitana* invencible echó á pique á los primeros veinte navíos holandeses que se le armaron demasiado. El holandés conociendo que con todas sus fuerzas no podía rendir á una nave sola, resolvió que era preciso practicar el abordaje con su Capitana, Almiranta, y dos navíos más. Pero ¿qué puede el cuervo al lado del águila? D. Antonio con gran gentileza, haciendo arriar las destrozadas velas, dijo:—«Que cada cual permanezca en su puesto; encended las mechas.»—Tan pronto como el enemigo se nos acercó, gritó Oquendo:—«Fuego!», *La Capitana* lanzó una descarga cerrada y los holandeses gesticulando, rechinando los dientes, profiriendo gritos, blasfe-

mando, cojeando, ladrando se dispersaron entre las nieblas.»

No es fácil decir los aplausos y vítores que siguieron á esta narración. Todos comenzaron á gritar:—«Viva Oquendo! Viva *La Capitana*! Viva eternamente nuestro gran compatriota!»—Algunos ancianos lloraban enternecidos en los rincones, para no mostrar sus lágrimas.

Don Antonio tenía el rostro más blanco que las nieves de Aralar y de Hernio. Hizo una señal con las manos para que todos se callasen y pronunció las siguientes palabras:

—Queridos amigos y compañeros! Desde el fondo del corazón os doy las gracias. Yo también os amo mucho. He venido, sin otro quehacer, á daros mi último adios. Pero no debéis decir:—«Viva Oquendo;»—sombra, ceniza, nada, es el hombre; todo lo grande procede de Dios. No he sido yo, no, el vencedor de las cien naves holandesas, sino la diestra omnipotente del Señor; sin su ayuda, á estas horas seríamos pasto de los peces del mar. Démosle las gracias porque ha querido conceder á España tanta gloria por medio de un baskongado.

Los circunstantes se arrodillaron, y con ardiente devoción rezaron un *Padre nuestro* y

un *Ave-María*. Enseguida Oquendo se levantó y dijo:

—Es tarde; mañana de madrugada he de partir hacia la Coruña.

—Cómo?—dijo doña María,—piensas salir de aquí? No es posible; estás enfermo, estás débil. Aquí debes de permanecer hasta que se te restablezcan las fuerzas.

Inútiles fueron los consejos, las súplicas, los ruegos de la fiel esposa y de la gente congregada. Don Antonio respondió á los que le instaban:

—El Rey me ha mandado que lleve *La Capitana* á la Coruña, y si es preciso, probaré mi obediencia con la muerte. Yo espero que Dios me concederá las fuerzas necesarias para llegar allí; después..... después..... Ven á mis brazos, ven, María de mi corazón! Ven pura compañera de toda vida, luz mía, miel mía ven! Cuántas veces brilló para mí tu recuerdo entre los combates y las tormentas del mar, más que el lucero de la mañana! Venid vosotros también, niños de mi alma!... Un beso!... y otro..... y otro..... y mil más..... Sed buenos. baskongados..... Ay de mí! quisiera morir aquí! Adios, pedazos de mi carne y de mis huesos! Adios tierra baskonganda!

Después de pronunciar estas palabras, Oquendo tomó el camino de la puerta; dos muy gruesas lágrimas, saliendo de sus ojos,

se perdieron entre los blancos pelos de la barba. ¿Quién ha visto llorar al león?

—Ah infeliz!—exclamó doña María;—no te veré jamás.

—Que vuelva pronto el abuelo; no queremos que se vaya.—gemían los niños.

Mientras tanto, Oquendo se encamina al puerto; la gente le sigue; los *irrinzis* y los cánticos han enmudecido; de cuando en cuando un—«viva Oquendo»—desgarra el silencio de la noche; D. Antonio se dirige triste hacia el embarcadero; el cielo, limpio ya, luce sus estrellas. Aquellas estrellas son los diamantes de la corona de Oquendo.

### III.

Ha trascurrido un mes.

Es el día de *Corpus-Cristi*.

Los campanarios de la Coruña están repicando. En los balcones de las casas se ven damas hermosas, niños lozanos, apuestos caballeros ricamente ataviados con plumas, sedas, oro, terciopelos y otros muchos objetos de gran valor. De aquí allá, de arriba abajo, circulan en las calles los aldeanos abriéndose camino á brincos y á empujones, con ánimo de coger un buen punto para ver la procesión. De cuando en cuando los grupos de gentes se detienen delante de una gran casa



situada junto al muelle, y á los marineros que están de centinela les dirigen alguna pregunta. Oyen la respuesta, vuelven los ojos al cielo y con fisonomía entristecida prosiguen su camino.

Penetremos en la casa. Una sala grande-sombria; en un ángulo, una cama; en la cama, un enfermo; junto al enfermo, un sacerdote; junto al sacerdote y al enfermo, una luz puesta sobre la mesa; he aquí lo que encontramos en la casa.

El enfermo tiene los labios blanquecinos, la nariz afilada, la frente húmeda de frío sudor, la respiración oprimida; el rostro acongojado ostenta todas las señales de la inmediata muerte. El moribundo es D. Antonio de Oquendo: el sacerdote, el Padre Gabriel de Henao, famoso historiador.

Don Antonio abrió los ojos y preguntó al Padre Henao:

—¿Qué han dicho los médicos?

El Padre Henao lanzó un suspiro, pero no replicó palabra.

—Decidme, por favor, la verdad. Ya sabéis, padre, que he visto muchas veces y de cerca la muerte. No la temo.

—La verdad es amarga, pero buena, y es el pan de los justos. Los médicos dicen que pronto veréis á Dios, que pronto saldréis de este mundo lamentable.

—Ah! tan próxima está la muerte?... Señor Dios, *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

—Siempre magnánimo, D. Antonio! yo, en nombre del Salvador, os digo: *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

—Todavía no he perdido la cabeza, y quiero recibir inmediatamente la *Santa Unción*. Padre, reconfortadme con ese Sacramento consolador.

El Padre Henao hizo traer los santos óleos, y los compañeros de Oquendo, los soldados y jefes de *La Capitana* penetraron en el cuarto; todos traían velas encendidas. Aquellos marinos, curtidos por el aire, por la tempestad, por el sol, y por los peligros se mordían los labios para no sollozar.

Recibida la *Extrema-Unción*, D. Antonio dijo:

—Padre, os pido una gran merced; aun á los que llevan á la horca les cumplen sus últimos deseos.....

—Decid lo que queréis; aquí estamos todos para vuestro servicio, así en las cosas del alma como en las del cuerpo.

—Ya sabéis, padre, que hace ya veinticinco días que la calentura me está quemando la sangre. La sed me ahoga, el fuego interior me tuesta las entrañas. Día y noche sólo un

deseo he tenido; beber agua fría. Los médicos me lo prohibieron diciendo que me podría causar sumo daño. Ahora voy á morir, y ni el agua, ni ninguna otra cosa me puede perjudicar. Concédame, padre, ese último placer.

El Padre Henao le presentó inmediatamente un vaso de agua.

—Ah! me vuelvo loco! Agua fresca, agua cristalina! parece agua de las montañas bascas. A través del agua veo montes verdes, blancos caseríos, bosques frondosos, *Manteotolare*, la casa de mi corazón..... Ven, agua consoladora, agua deseada, agua bendita!

Don Antonio tomó el vaso y lo acercó á los labios; pero antes de beber detuvo la mano y añadió:

—Cómo? nuestro Salvador dijo en la cruz «tengo sed» y los infames judíos le dieron á beber vinagre, y yo que soy tan gran pecador he de alcanzar el placer que no obtuvo el Señor de los cielos y de la tierra? No, no.

Y arrojó al suelo el vaso que se rompió en mil pedazos.

—Nuevamente os repito, D. Antonio, las palabras del Salvador; *bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados*.

En el mismo instante salía de la iglesia la procesión, y los cañones de la escuadra de Flandes comenzaron á disparar; toda la casa

se conmovió. Don Antonio se sentó en la cama y exclamó:

—El enemigo viene..... á mí, soldados! *La Capitana* está en peligro..... no le echarán encima sus garras..... acudid!.... preparad los cañones..... adelante, muchachos..... Viva España!.... adelante..... adelante.....

Mas no pudo terminar; las últimas congojas le acometieron y cayó sobre la almohada. Henao le puso sobre los labios un Crucifijo lo besó, y murió.

—Señores, D. Antonio de Oquendo ha muerto,—dijo á los circunstantes el Padre; Henao,—y ha muerto como mueren los Santos; ventura inmensa para un guerrero!

.....  
.....  
.....

He aquí la vida y muerte de los nacidos so el árbol de *Dios y Fueros*. Ay! cómo serán las nuestras euskaros castellanizados? (1)

*Pamplona 7 de Diciembre de 1883.*



(1) Esta traducción, extrictamente ceñida al texto la he hecho sobre el borrador de la leyenda, por hallarse el original en poder del *Consistorio de Juegos Florales de San Sebastián*, y no conservar copia de él. Al poner en limpio el manuscrito enviado al concurso introduje algunas pequeñas modificaciones. Esta es la causa de las ligerísimas variantes que se encontrarán al comparar el texto bascongado y el castellano; dichas variantes son muy pocas y de mera forma.

# EUSKARIANA

## 1.<sup>a</sup> PARTE

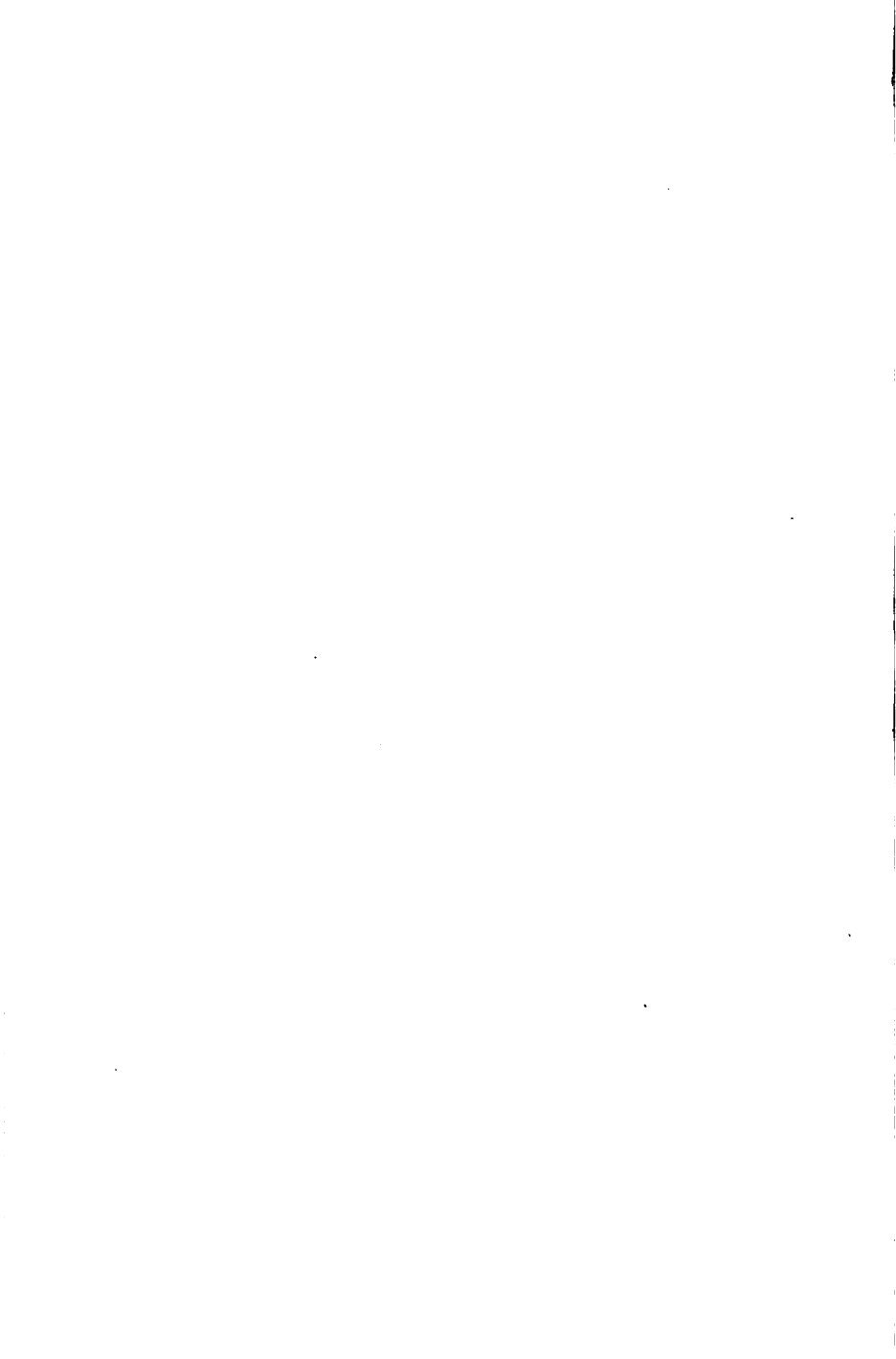
### HISTORIA Á TRAVÉS DE LA LEYENDA

---

## ÍNDICE

|                                                              | <u>PÁGINAS.</u> |
|--------------------------------------------------------------|-----------------|
| <i>Agintza</i> , vascuence .....                             | 5               |
| <i>La promesa</i> (traducción)...                            | 9               |
| <i>Orreaga</i> , vascuence.....                              | 13              |
| <i>Roncesvalles</i> (traducción) ..                          | 16              |
| <i>Gastón de Belsunze</i> .....                              | 19              |
| <i>El Coronel Villalba</i> .....                             | 89              |
| <i>Los hermanos Gamio</i> . ....                             | 105             |
| <i>Denbora anchiñakoen ondo-esanak</i> , vascuence.....      | 125             |
| <i>Dos Consejos de los tiempos pasados</i> (traducción)..... | 144             |
| <i>La visión de D. Carlos</i> .....                          | 159             |
| <i>Okendoren eriotza</i> , vascuence.                        | 193             |
| <i>La muerte de Oquendo</i> (traducción).....                | 213             |

---



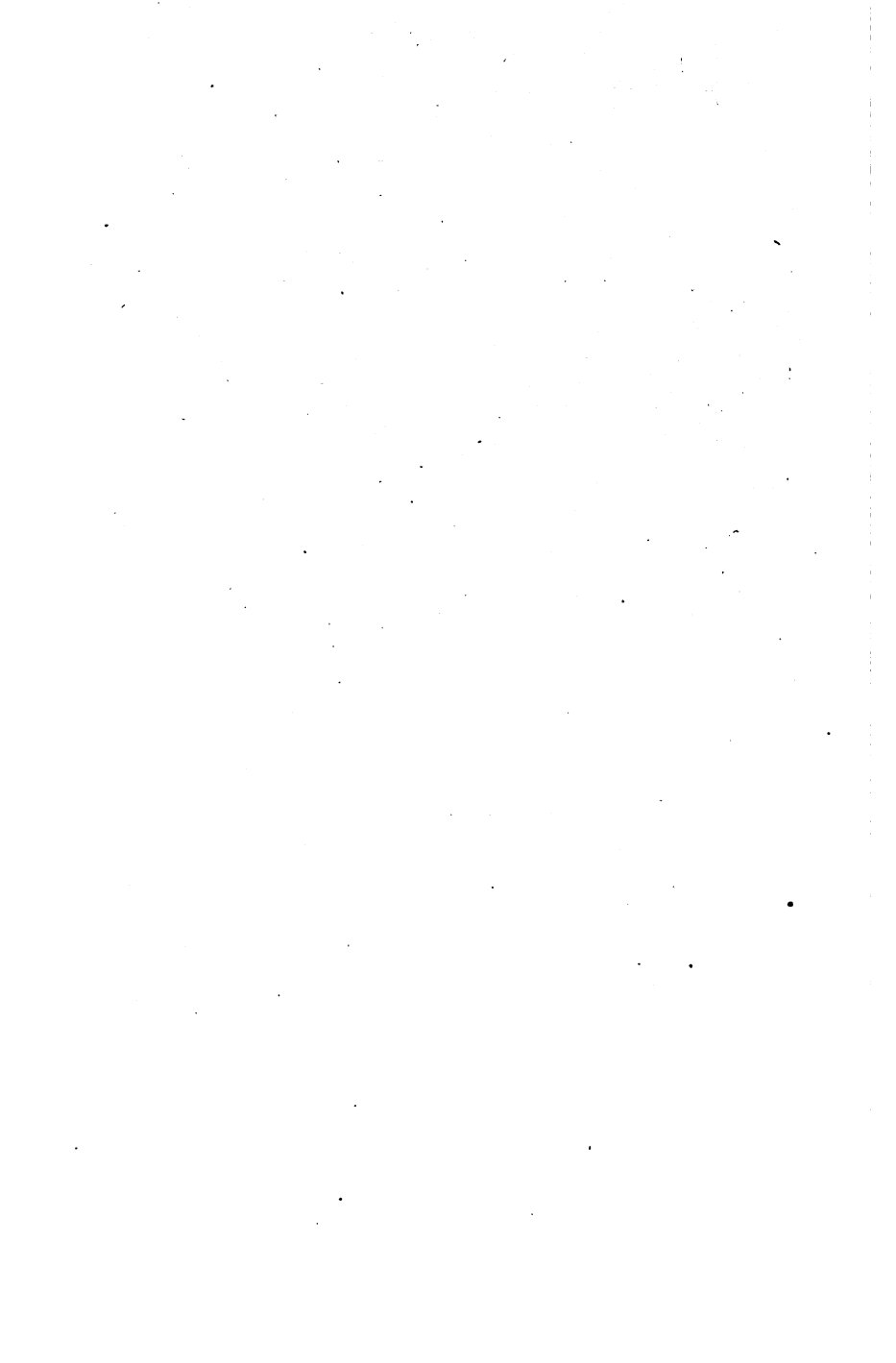














U.C. BERKELEY LIBRARIES

YB 43318



8003009144

237771

